

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



“BEAUMARCHAIS”

EL HOMBRE Y  
EL ESCRITOR



TESIS

QUE PRESENTA LA SEÑORITA  
CONCEPCION FRANCO LOPEZ  
PARA OBTENER EL GRADO DE  
MAESTRA EN LETRAS  
(Especializada en Lenguas y Literatura Modernas)

FILOSOFIA

MEXICO, D. F.—1949  
FRANCO Impresor. EMPARAN 10





Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



**r inmenso cariño y gratitud a mis padres,  
a quienes debo todo lo que soy.**

7

**A mis hermanos.**

profesor René Marchand, con grande estimación  
y agradecimiento por su valiosa ayuda.

Al insigne Jurado

■ mis queridas Maestras del Colegio Francés "Mayorazgo" que  
tan sabia y desinteresadamente supieron inculcar  
en mí sus enseñanzas.

A mis maestros.



*Beaumarchais*

## ASPECTO GENERAL DEL SIGLO XVIII

Basta con evocar el nombre de este siglo, para que se agolpen en nuestra imaginación las ideas del refinamiento en su más alto grado y del lujo y belleza que le son característicos. Muchísimas de las obras de arte que ora admiramos en los Museos, o que suelen adquirir a precios elevadísimos algunos afortunados coleccionistas de antigüedades, se encontraban casi todas las casas elegantes del Siglo XVIII.

### LA ARQUITECTURA

Aun en nuestros días podemos contemplar, tanto en París, como en otras ciudades francesas, aquellos magníficos palacios que fueron considerados por las opulentas familias de entonces. Todavía se conservan intactos algunos edificios cuyo aspecto exterior nos recuerda la maravillosa arquitectura del Siglo XVIII. La música y la pintura llegaron a alcanzar en esta época una perfección admirable.

Algunos de los grandes señores, siguieron en los albores de este Siglo, la costumbre de construir bellísimos palacios, dignos de ellos, en las ~~casas tanto como en esa época, del placer de la conversación, ni tantas~~ arcanías de los vetustos castillos feudales.

### LAS FIESTAS

El Siglo XVIII, se distingue sobre todo al principio, por el fausto y derroche del lujo de sus fiestas. Mujeres bellas y ricamente ataviadas, placeres y diversiones de todas clases, trajes deslumbradores y orgías sin cuento lo caracterizan. Diríase que en medio de esa Corte alegre y brillantísima, llena de refinamiento del arte; la Monarquía francesa lanzaba los últimos rayos de su esplendor, antes de extinguirse para siempre.

### LOS SALONES

Los salones nos presentan también un magnífico cuadro de las cos-

tumbres y nos introducen en medio de la sociedad del Siglo XVIII que provocó tantos cambios y que hizo evolucionar las ideas: Nunca se hallaron hombres de gran mérito y mujeres de espíritu finísimo sostuvieron charlas más amenas e interesantes. Allí se daban cita los filósofos, que discutían desde luego, cortesmente pero con gran firmeza en sus ideas.

## LA FILOSOFIA

Al Siglo XVIII se le ha llamado de la filosofía. En este tiempo entendía por filosofía la independencia de la razón de cada individuo. Se criticaban las ideas políticas o religiosas y había decididos partidarios de la libertad de pensamiento. A través de casi todas las obras que por entonces se escribieron se percibe clarísimamente la gran lucha filosófica que se desarrollaba. El filósofo del Siglo XVIII se ocupa intensamente de las cuestiones sociales, y sólo anhela el progreso. Voltaire y Rousseau dominaron principalmente en esta época y sufrieron duras luchas y persecuciones, antes de conquistar la admiración del público. Defendieron valientemente hasta el último, sus propias ideas, a través de sus escritos múltiples y diversos. Cada uno de estos filósofos, deseaba ardientemente la libertad de pensamiento humano, y son espíritus universales.

## LA CIENCIA

También el Siglo XVIII ha sido llamado de la Ciencia, que alcanzó ciertamente un desarrollo sorprendente hacia esta época. El movimiento científico, que constituye otra de las características de este Siglo, es maravilloso. D'Alembert, Laplace y Monge, se distinguieron principalmente en las Ciencias Matemáticas. Herschel, Clairaut y Cassini en la Astronomía; Dufay, Nollet, Franklin, Priestley, Lavoisier, Berthollet y Fourcroy, en Física y Química. Buffon, Daubenton, Lacépède, Linneo, Jussieu y Haüy en las Ciencias Naturales. Sin duda este gran movimiento de la ciencia fue favorecido por el interés extraordinario que por él tomaron los Príncipes y nobles de ese tiempo, especialmente en el Extranjero. Este gran progreso científico ejerció una tremenda reacción contra la utopía filosófica y transformó completamente la Crítica y la Historia. Tuvo desgraciadamente algunos graves inconvenientes, como el desarrollo del positivismo con gran detrimento de la moral y el arte.



## LA REVOLUCION

Es el Siglo XVIII, revolucionario, porque sin duda alguna en todas las cosas destruyó el principio de autoridad. Durante este Siglo, la autoridad de cualquier índole que fuese: política, social o religiosa, descansaba siempre sobre el dogma del pecado original, es decir que: "El hombre co-mpido y débil necesita forzosamente leyes que lo rijan y guías que le indiquen lo que debe hacer". En el Siglo XVIII en cambio, se creyó des-cribir: "Que el hombre es bueno por sí mismo, y que la organización so-cial lo deprava y pervierte". Tiene como máxima, la destrucción total de toda autoridad y coloca en cada espíritu la idea de cuidar, por sí mismo de su propia conducta. Es este carácter revolucionario, el que distingue clara-mente la crítica moral del Siglo XVII, de la del Siglo XVIII.

## EL COSMOPOLITISMO

Es también el Siglo del Cosmopolitismo, puesto que los escritores fran-ceses iban a buscar nuevas ideas más allá de sus fronteras. De Inglaterra sobre todo, muchos de ellos sacaron la afición científica, el anhelo pro-fundo de libertad política y el excepticismo religioso. Un sinnúmero de sus obras fueron traducidas y leídas en Rusia, Inglaterra, Italia, Alemania y muchos otros países, y poco a poco se fué formando una especie de nuevo pensamiento europeo, alimentado por la asidua lectura de libros france-ses. Escritores celebérrimos, como Montesquieu, Voltaire y Rousseau es-cribían para toda Europa y al mismo tiempo recibían del Continente ente-ra una nueva excitación intelectual e ideas distintas.

## LA OPINION PUBLICA

Los escritores del Siglo XVIII son filósofos prácticos y hábiles, que sólo piensan en conquistarse el favor de la opinión pública. Esto constitu-ye una fuerza nueva y desconocida, que crecerá más y más, a medida que el tiempo pase y sus obras y escritos penetren en las masas y que sus pe-riódicos se multipliquen. Ya esta opinión no es la del soberano, ni la de la élite de la aristocracia, ni de los grandes literatos, como acontecía en el Siglo XVII. Es ahora la opinión popular, que por cierto no piensa, la de las gentes de espíritu libre y de los burgueses instruidos. Esta fuerza es enorme y avasalladora. La mayor parte de la obra de Voltaire, está do-

minada por este deseo de adular y atraer, a su favor la opinión del público y del temor de desagradarlo.

## FUERZAS QUE DECLINARON

Todas las fuerzas que constituyeron la mayor grandeza y esplendor del Siglo XVII, declinaron completamente y perdieron el favor de la opinión pública durante el Siglo XVIII. La Monarquía, lejos de corregir sus grandes abusos los agravaba cada vez más y más. Los aristócratas se mofaba y trataban de conservar todas las prerrogativas y beneficios de una organización social, basada en una moral, que no practicaban. Casi ninguna de las obras emprendidas por la Iglesia, parecía inspirada por el verdadero auténtico sentimiento cristiano. Hasta el arte clásico que tan maravillosamente floreciera durante el Siglo XVII, no podía renovarse, antes bien al contrario, perpetuaba en forma increíble fórmulas muertas y completamente vacías.

## DIVISION DEL SIGLO XVIII

El período llamado Siglo XVIII en la Literatura Francesa, empieza contarse, poco más o menos en 1715 o sea el año en que falleció Luis XIV y se puede dar por terminado hacia 1802.

Su Historia Literaria puede dividirse en tres épocas o períodos como sigue: 1o.—Desde la muerte del Rey Luis XIV (1715) hasta la publicación de "L'Esprit des Lois" de Montesquieu (1748). 2o.—Desde 1748 o sea a partir de la aparición de "L'Esprit des Lois" hasta la Revolución (1789) 3o.—Desde 1789, en que se empieza a perfilar el movimiento revolucionario, hasta la publicación de "Le Génie du Christianismo" de Chateaubriand (1789-1802).

El primero de estos tres períodos se caracteriza principalmente, por la frivolidad, la elegancia y la libertad y relajamiento de las costumbres. Sin embargo, en medio de todo esto, ideas nuevas nacen y se desarrollan, extendiéndose más y más cada vez.

El segundo de estos períodos es una época de enconada lucha filosófica. Los Filósofos combatían sin cesar en contra de sus adversarios y los ridiculizaban y cubrían de ultrajes. Entre ellos, Voltaire es el que ocupa

primer lugar. La Enciclopedia es el resumen y la síntesis de todos los esfuerzos, y los pensamientos y propósitos de ese importante grupo, que al fin y al cabo logra obtener un triunfo decisivo sobre los espíritus. Al estallar la Revolución Política, se manifestará plenamente la transformación de las mentes y de las ideas en cada individuo.

El tercer período, es verdaderamente notable sobre todo, por su po-  
sísima fecundidad literaria. El momento es tan terrible y álgido, que el arte y la Literatura no pueden elevarse. Más tarde solamente, algunos testigos de estos sucesos dolorosos, podrán expresar sus ideas, en una forma literaria, enteramente nueva y diferente.

### ORIGINALIDAD DE LA LITERATURA DEL SIGLO XVIII

Los más grandes escritores de este Siglo, no tienen desde luego ni la belleza del estilo, ni la solidez profunda que caracteriza a los del Siglo precedente; sin embargo, son sumamente interesantes. Casi todas sus obras constituyen verdaderas tesis filosóficas y estudios sociales. La grandeza y originalidad de la Literatura del Siglo XVIII, están encerradas en algunas obras en prosa que no pueden ciertamente catalogarse en las del heroico estilo. Entre ellas citaré: "L'Esprit des Lois" de Montesquieu, "Le Siècle de Louis XIV" de Voltaire, "L'Emile" de Rousseau, "L'Histoire Naturelle" de Buffon y muchas otras.

La Literatura de este Siglo, contiene magníficas y excelentes lecciones de ideas nuevas, justas y llenas de fecundidad.

El arte de este Siglo XVIII, no puede, ni con mucho compararse al del XVII, en lo que se refiere a la educación del espíritu. En la mayor parte de las ideas que expresa, se entienden el odio y la discordia. Casi todas las grandes obras que datan de esta época, contienen páginas inconvenientes y partidarias del libertinaje. Escritores notables como Voltaire, Rousseau, que ya he citado y Diderot, en ocasiones sacrifican el buen gusto y el bello estilo, persiguiendo sus ideas de educación popular. El Siglo que verdaderamente contribuyó a educar y elevar los espíritus hacia lo más noble y bello que existe, fué sin duda alguna el Siglo XVII.

### EL TEATRO EN EL SIGLO XVIII

#### Movimiento General.

Siguiendo sendas diversas, la Comedia y la Tragedia trataban de se-



guir nuevos derroteros hacia 1750. A partir de esta fecha, el Teatro que definitivamente dominado por la Enciclopedia, y llegó a ser un auténtico medio propagador de la Filosofía. La Tragedia, que hasta entonces se había basado siempre en temas históricos, se iba alejando de ellos paulatinamente y se acercaba más y más a la realidad predominante, es decir: burguesía y el pueblo. La Comedia, a su vez, se desprendía poco a poco de la farsa y de la comicidad que siempre la caracterizaron e iba en pos de temas serios y profundos, procurando, al mismo tiempo educar e instruir deleitando al público. Llegó al fin el momento decisivo en que la Tragedia y la Comedia se unieron y confundieron en forma tal, que dieron origen a un nuevo género teatral que se llama "El Drama Burgués" y que constituye una de las características más salientes del Teatro Francés de este Siglo.

En estos tiempos, en que casi no se conocía la libertad de prensa, el Teatro era uno de los medios más acostumbrados y preciosos para transmitir el pensamiento y para conocer a la sociedad.

### LA TRAGEDIA

A través de todo el Siglo XVIII, la Tragedia conservó su clasicismo íntegramente, es decir que siempre siguió las admirables reglas trazadas por Corneille y Racine. Sin embargo, este género, no permaneció siempre igual e inmóvil. Muy al contrario, si su estilo fué tradicionalista, los temas variaban constantemente y el espíritu también. Esto se nota inmediatamente si seguimos a algunos de los autores teatrales más notables de esa época.

Crebillon (1675-1762), fué sin duda un innovador del Arte Teatral pues trató incansablemente de dar vida a la Tragedia, luchando por excitar la piedad por medio del pánico y del horror. El Gran error que cometió, fué el de buscar cosas más artificiosas que trágicas. Su estilo es muy confuso y cansado. Su mejor tragedia es: "Rhadamiste et Zénobie", que acabó de escribir hacia 1771.

Voltaire, cuyo teatro ha sido muy olvidado en los últimos tiempos. Compuso varias tragedias, dentro de las cuales procuró introducir elementos interesantes, que le acercan en cierto modo a la Novela. Su especialidad son las escenas y desenlaces imprevistos, los tiernos sentimientos y las decoraciones sugestivas y variadas. Produjo: "Zaire", que obtuvo gran éxito. Mas, después de 1750, cuando la lucha filosófica, lo absorbía por com-

leto, buscó infatigablemente temas que pudieran dar sublimes lecciones, en lugar de los personajes llenos de vida que usara anteriormente. Este fué el Teatro de Ideas, que no duró tanto como el de Caracteres pero que en cambio, hizo pasar las ideas en las costumbres, lo que constituye un triunfo enorme y decisivo de Voltaire. Su otra obra "Brutus", está saturada de liberalismo político y "Mahomet" inspira un verdadero horror al fanatismo religioso.

Este insigne autor, que trató todos los géneros literarios, fué bien pronto imitado en su estilo trágico, por un gran número de escritores, a cual más mediocres, que multiplicaron sus piezas Filosófico-Teatrales. Entre ellos citaré: Marmontel, que escribió: "Aristomène" y Saurin, con su obra titulada "Spartacus" "Du Belley con "Siege de Calais" y La Harpe con "Phocete"

## LA COMEDIA

Al principio, este género teatral se basó en la imitación de Molière. Entre los discípulos de este sin par comediógrafo, ocupa el primer lugar: Regnard (1655-1709) que constituye una de las principales glorias del Teatro de Francia. Escribió varias piezas, a través de las cuales se traduce namente la psicología y estilo de Molière. Citaré entre ellas: "Le Joueur", "Le Distrait", "Les Folies Amoureuses" y "Le Légataire Universel" que son in duda sus principales obras maestras. Son modelos preciosísimos e imitables de comedia novedosa, alegre, y movida. Al lado de este escritor parecen como fieles discípulos de Molière: Gresset (1709-1777), que escribió "Le Méchant" y "Dufresny (1648-1724) con "La Noche Interrompue" y "L'Esprit de Contradiction".

Marivaux (1668-1763). Que fué a la vez novelista, moralista y escritor cómico. Es el iniciador de la Comedia Psicológica, que vino en cierto modo a renovar la Comedia de Molière. Su obra es finísima y delicada; analiza hasta los más ínfimos detalles, los sentimientos y los momentos ridículos, aun los más sutiles. Proporcionó al Teatro una nueva y exquisita originalidad. Sabía conocer perfectamente la psicología humana y distinguía hábilmente hasta los más ténues matices. Supo elegir con precisión admirable los grandes momentos del alma y su penetración no tuvo límites sobre todo en el espíritu femenino, que en su obra forma una especie de galería de interesantes mujeres; llena de armonía y exquisita variedad.

Citaré entre sus principales piezas: "La Surprise de l'amour" (1722) "Double Inconstance" (1723), "La Seconde Surprise de l'amour" (1727), "Le Jeu de l'amour et du Hasard" (1730), "Le Legs" (1733), "Les Fausse Confidences" (1737) y "L'Épreuve" (1740), que son sin duda otras tantas obras maestras y que representan a todo un Siglo. Supo Marivaux, emplear su gran perspicacia en el estudio del amor. A veces le falta consistencia, pero en cambio, su solidez y penetración espiritual nos recuerdan a menudo la tragedia de Racine.

## EL DRAMA

El drama, como ya dije antes, nació de la fusión de la Tragedia y Comedia y fué creado por el partido filosófico, con el fin de moralizar al pueblo y de conmover a la burguesía presentándole el cuadro de su propio medio y aventuras.

El creador de este género es Diderot (1713 - 1784) Director y Redactor de la Enciclopedia. Sus ideas son siempre en extremo originales y atrevidas. Su tendencia es, no de pintar a lo vivo los caracteres, sino, de investigar hasta lo más hondo y profundo las causas que producen los conflictos que nacen precisamente entre la condición y el individuo. Para él, el Teatro debía ser una clara y viviente imagen de la realidad; suprimió en su obra los largos discursos y demasiadas palabras y dió siempre una preferencia muy particular a los ademanes. Según la opinión de este literato, el Teatro debía ser un instrumento y un medio para elevar el nivel cultural del pueblo, que reemplace la predicación de la moral enseñada desde el púlpito. Siguiendo esta doctrina, Diderot escribió dos piezas: "Le Fils Naturel" y "Le Père de Famille"

El estilo de este escritor es poderoso y vigorosísimo; a veces indiscreto y siempre apasionado. Todo le entusiasma: las Artes, las Ciencias, la Poesía, las Letras, la Mecánica, la Geología, la Historia, etcétera. Su temperamento ardiente se traduce plenamente a través de su obra. Sus piezas teatrales que antes cité, son mediocres, aunque con ellas, nació sin duda un nuevo género.

Sedaine (1719 - 1797). Logró realizar esa obra maestra, que a pesar de sus esfuerzos no llegó a ver terminada Diderot. Convirtió el Drama en una auténtica y verdadera tragedia doméstica, que tiene gran semejanza con el drama moderno. Su pieza: "Le Philosophe sans le savoir" es un-

→ hondamente conmovedora, que se caracteriza por su sencillez y claridad, fondo muy sano y perfección en el estilo.

Beaumarchais (1732 - 1799). Es el iniciador de la Comedia Revolucionaria. Su estilo es vigoroso y profundamente irónico. Su existencia de aventuras de todas clases, pudo proporcionarle los temas de sus principales piezas teatrales, en las cuales, su propia personalidad desempeña siempre el papel principal. Entre ellas hay dos obras maestras: "Le Barbier de Séville" (1775) "Le Mariage de Figaro" (1784). En la primera de estas piezas, Beaumarchais desarrolla un tema ya tratado anteriormente por Molière en "La Critique de l'Ecole des Femmes", pero lo renueva con su verba inigualable, su estilo característico, su espíritu inquietísimo e increíble movimiento. La segunda pieza: "Le Mariage de Figaro" es una verdadera innovación en el teatro Francés. Figaro, es el hombre, salido del pueblo; el Barbero que conoce perfectamente el mundo aristócrata y que se coloca frente al Conde navivando retándolo valientemente, porque se siente seguro de tener la razón. A través del Conde, se puede ver claramente la intención del escritor, al atacar a la nobleza y a la sociedad elegante, por medio de frases irónicas y profundamente hirientes. Figaro, en un largo monólogo, hace una confesión satírica y mordaz de su vida miserable y declara como causante principal de sus desgracias a la Institución Social. Desde luego se comprende, por qué la censura prohibió durante largos años la representación de esta obra, que constituye, como dije antes, una perfecta obra maestra.

El 27 de abril de 1784, es el primer día verdaderamente revolucionario el gran drama se inicia por medio de cantos. Desde Molière, el Teatro Francés había ido evolucionando poco a poco y había sido constantemente una fuerza arrolladora y una tribuna de destrucción social. Con Beaumarchais, llega a su término esta evolución de la Comedia y la forma del Teatro Moderno, quedando constituida en forma definitiva y estable.

Más tarde, durante el Siglo XIX aparecerán insignes dramaturgos, como Mile Auggier, Alexandre Dumas hijo, y otros que introducirán en el Drama sus vehementes ideas, sus propias pasiones y estilo personal; pero que pesar de todo se verán obligados a encerrar todas esas cualidades originales que les son características en ese inmenso cuadro trazado anteriormente por Sédaine y Beaumarchais.

## BEAUMARCHAIS, EL HOMBRE Y EL ESCRITOR

PIERRE -AUGUSTIN CARON, vió la luz primera el 24 de enero de

1732, en una modesta casa de la calle Saint-Denis en París; siendo el menor de diez hermanos. Su padre, era un maestro relojero, emprendedor, culto e inteligente; que ejerció siempre una influencia decisiva sobre su hijo menor. El señor Caron perteneció a una familia protestante. Habiendo seguido carrera militar, sirvió durante largo tiempo a su patria como Dragón, siendo por entonces conocido con el nombre de Caron d'Ailly. Cansado al fin de aquella vida agitada, determinó establecerse en París para dedicarse a su oficio, instalando un pequeño taller de relojería, en la antes citada calle Saint Denis. Abjuró el protestantismo y contrajo matrimonio con una buena mujer, Louise-Nicole Pichon, quien debía ser más tarde la madre de Beaumarchais. De este matrimonio nacieron diez hijos, de los cuales tres niños y una niña murieron siendo aun muy pequeños. De los seis restantes, Pierre Augustin fué el último y único varón.

Marie-Thérèse Joséphe, fué la mayor de sus hermanas, las cuales contaban buyeron grandemente en la educación de su hermanito. Esta joven fué después esposa de un maestro albañil apellidado Guilbert, por lo cual nuestro escritor la llamaba familiarmente "La Guilbert", recién casada, se fué a radicar a la Ciudad de Madrid, trabajando como modista. Su vida matrimonial no tuvo ningún éxito, pues Guilbert, que era un vicioso, golpeaba constantemente y la hacía padecer mucho con sus malos tratamientos. Se sabe que este hombre acabó sus días en un manicomio, en 1772.

Marie-Louise, a quien designaba Beaumarchais con el diminutivo de Lisette, acompañó a su hermana mayor y a su cuñado cuando partieron para España. Más adelante hablaremos de ella detenidamente, al tratar el conocido y escandaloso asunto de Clavijo. Después de la muerte del albañil Guilbert, las dos hermanas regresaron a Francia.

Marie-Marguerite, más bien conocida por el nombre de familia de Fanchon, mujer de carácter sincero y muy alegre, se casó con un relojero apellidado Lépine.

Marie-Julie, fué sin duda la hermana preferida de Beaumarchais. Siendo aun muy niño la llamaba con gran ternura "la Bécasse". Esta joven se distinguió siempre por su buen juicio y exquisito trato. Nunca llegó a casarse, permaneciendo siempre al lado de su hermano como su confidente, mejor amiga y consejera.

La menor fué Jeanne-Marguerite, muchacha inteligente y bien dotada, quien contrajo matrimonio con un abogado de apellido Miron.



En este medio dulce y tranquilo, rodeado de sus padres y hermanitas nació Pierre-Agustín.

Se han encontrado algunas cartas que nos revelan el gran amor filial y dulce intimidad que existieron siempre entre nuestro insigne escritor y su madre. Constantemente se notan a través de la historia de Beaumarchais, los rasgos que de él heredó, como: la voluntad férrea e indomable y la obstinación que siempre lo caracterizaron; la afición a la buena música, la increíble habilidad para improvisar versos galantes y el carácter siempre alegre y optimista.

La familia Caron, vivía apaciblemente bajo la sabia autoridad del padre, que trabajaba en su taller de relojería, obteniendo cuantiosas ganancias inculcando en su hijo, preciosas enseñanzas sobre este arte complicado. No cabe duda que esta honorable familia, era el tipo acabado de la burguesía francesa en el siglo XVIII. La madre, dulce y bondadosa, solamente se preocupaba por cuidar a sus numerosos hijos y atender los penosos quehaceres de su hogar. Las hijas trataban de encontrar buenos maridos, trabajadores honrados. Todos deseaban tener éxito en la vida y se afanaban en hallar la forma de conseguirlo.

Fue Pierre-Agustín Caron, extraordinariamente precoz, pues a la temprana edad de trece años, se enamoró perdidamente de una joven de la clase humilde, que vivía en una casita próxima a la suya; la cual no sólo correspondió al desesperado amor del adolescente, sino que riéndose de él, se casó con un joven de 26 años, no volviendo después a pensar más en su rendido enamorado. Este decidió matarse, decepcionado y en el colmo de la desesperación; reflexionó sin embargo, y pensó que lo mejor era seguir conservando la existencia.

Hasta entonces Beaumarchais, había asistido regularmente a la Escuela Rural de Alfort, donde hizo muy buenos estudios y aprendió algo de francés. Pero cerca de la casa de sus padres, es decir, de la calle Saint-Denis se encuentran unos cabarets a los que nuestro joven inexperto y deseoso de conocer la vida, empezó a concurrir con sus amigos. Se aficionó a la bebida, y como para beber es preciso tener dinero, Pierre-Agustín, encontró el medio indigno de procurárselo, robando unos relojes a su padre, así como algo de dinero. No contento con esto, le respondió con gran altanería cuando éste le preguntó dónde pasaba las noches y tanto tiempo fuera de su casa. Al fin el señor Caron cansado de esta pésima conducta, lo echó de su domicilio, prohibiéndole que volviera a él.

Mientras tanto el joven Caron no pudiendo ejercer el oficio de relojero porque en todas las relojerías su padre era ampliamente conocido y a él le admitían; le suplicaba insistentemente por medio de sus amigos y conocidos, lo perdonase y recibiese de nuevo. El señor Caron resistió largo tiempo a estas súplicas a las que cedió al fin gracias a las influencias y ruegos de su esposa. Puso a su hijo algunas duras condiciones antes de admitirlo otra vez en la casa paterna, como: levantarse a las seis de la mañana en verano y a las siete en invierno, y trabajar el día entero. No frecuentaba en lo absoluto los cabarets ni los paseos de antaño, ni siquiera tocar la hermosa música. Sus honorarios serían únicamente de dieciocho francos al mes. Pierre-Augustin se sometió humildemente al estricto reglamento reflexionando seriamente sobre el mal camino que llevaba, comprendió que esa vida no lo conduciría a nada bueno, se arrepintió sinceramente y prometió enmendarse. Cumplió tan fielmente esta promesa, que es notable verlo a los 20 años de edad, convertido en un hábil y diestro relojero. En 1751 inventó un sistema de escape sumamente ingenioso que le permitió desde entonces regular la marcha de los relojes. En esa época todos se adelantaban, porque no existía procedimiento alguno que detuviera el desenvolvimiento de los resortes. Después de incontables tentativas infructuosas, lo terminó con gran éxito el 23 de julio de 1752, y lo mostró triunfante a un relojero muy amigo de su padre que se apellidaba Lepaute, el cual lo felicitó calurosamente y con gran hipocresía, mientras que en su imaginación urdía el plan de robarle su magnífica idea. Unos cuantos días después el caballero Lepaute presentó a l'Académie des Sciences, un sistema de escape copiado al del joven Caron y anunció su descubrimiento en un largo artículo que se publicó en "Le Mercure de France" de septiembre de 1753. Para el joven Pierre-Augustin era muy difícil defenderse ¿quién puede hacer un muchacho tan joven y poco conocido, contra un viejo y autoritario relojero establecido en París desde tantos años antes? Sin embargo, sin vacilar, lleno de indignación, tomó la pluma por primera vez en su vida en defensa propia, y escribió una serie de protestas llenas de pasión e irrefutable lógica. Primero dirigió una carta al "Mercure", en la que denunciaba con justa indignación el plagio de que había sido víctima por parte de Lepaute. Este se defendió a su vez protestando ser inocente y presentó gran número de testimonios y de firmas de distintos personajes y gentes adineradas que aseguraban falsamente ser testigos de que el señor Lepaute había sido el primero en descubrir el sistema de escape. Ante tanta injusticia Caron no sólo no se desanimó, sino que envió una segunda carta al "Mer

—re” y llevó su asunto hasta l’Académie des Sciences, que era por entonces principal tribunal, cuando se trataba de la propiedad científica. Entre también un cofrecillo que contenía todos los escapes que inventó antes de llegar a aquél que lo dejó completamente satisfecho. Esta era sin duda, una prueba clarísima de que el invento era suyo. El 16 de febrero de 1754 l’Académie des Sciences dictó su fallo definitivo a favor del inteligente joven Pierre-Augustin Caron, el cual se apresuró a publicar su enorme triunfo en “Le Mercure”.

Esta es la primera vez en que este gran autor dramático, se da a conocer al público. Este suceso ruidoso le conquistó una amplísima reputación y estima entre la sociedad selecta de aquel tiempo y llegó a oídos del Rey Luis XV.

En cierta ocasión tuvo la buena suerte de que un hermoso relojito de bricación suya fuese visto y admirado por Madame de Pompadour, la cual, maravillada exigió al Rey uno semejante, y éste deseoso de complacer su favorita mandó llamar al famoso relojero de la calle Saint-Denis para que fabricase. Así es como este joven afortunado fué introducido en la Corte, satisfaciendo en parte sus aspiraciones que eran muy elevadas. Deseaba con vehemencia ser conocido, aplaudido y sobre todo rico. Anhelaba la gloria y a fortuna y muy especialmente la amistad de las distinguidas señoras que frecuentaban el Palacio Real, pues este gran literato se caracterizó siempre como un gran admirador del bello sexo, y las aventuras amorosas abundan en la historia de su existencia movida y turbulenta.

El deseo de su Majestad fué pronto satisfecho, con aquel lindo y diminuto relojillo de oro que no tenía más que un centímetro de diámetro y unos dos milímetros de grueso. Poco tiempo después Madame Victoire, una de las hijas de Luis XV le mandó hacer un reloj de péndulo, con el que quedó verdaderamente complacida. Así nuestro apuesto caballero bien pronto trabó amistad con las hijas del Rey. Todos los cortesanos lo admiraban y querían poseer relojes fabricados por él. En donde quiera el joven Caron era muy bien acogido por su excepcional ingenio y arrogantisíma presencia; sobre todo por las damas. Era hermoso, fuerte y galante, sus ojos vivos y penetrantes no temían nada ni a nadie. Miraba y acariciaba a aquellas mujeres bellísimas y elegantes que caían rendidas ante él.

Un día tuvo la fortuna de conocer en Versalles a una encantadora señora llamada Madame Francquet que hizo buena amistad con él desde

luego y le encargó le llevase a su casa varios modelos de relojes pues seaba vivamente quedarse con alguno. Accedió el relojero que siguió de entonces visitando con frecuencia a madame de Francquet, que estaba sada desde hacía diecisiete años con un anciano achacoso y reumático, c desempeñaba un alto cargo en el Gobierno, "Contrôleur de la Bouch puesto que cedió gustoso a Caron, al retirarse a descansar definitivame— en su casa a causa de su mal estado de salud. El nuevo cargo no le prop— cionó al joven grandes beneficios materiales, pero en cambio éste pu colocarse garbosamente una magnífica espada al cinto, y además tuvo alto honor de controlar la carne que entraba al palacio del Rey. En ene de 1756 murió del señor de Francquet, víctima de un ataque de apopleg cuando se hallaba en el campo tratando de atender su quebrantada salu Caron se apresuró a casarse con la viuda de la que estaba locamente er morado desde que la conoció, quedándose pues en un momento dueño su cuantiosa fortuna y en un elevado puesto, que como hemos visto obtu sin ningún trabajo.

El 27 de noviembre de 1756 contrajo matrimonio con Madame. Francquet. Por el solo contrato matrimonial quedaba como poseedor a— soluto de la gran fortuna de su esposa. Entre estos bienes se contaba u propiedad pequeña denominada le Bois-Marchais o Beaumarchais. A l tres meses de casado, el relojero cambió su nombre por el de Caron c Beaumarchais, que debía inmortalizarlo. Este matrimonio fué sin embz go poco afortunado, pues antes de diez meses Beaumarchais perdía a compañera, quedándose otra vez solo y sin el menor deseo de seguir t— bajando en su taller.

Madame de Beaumarchais falleció el 29 de septiembre de 1757. N faltaron gentes perversas que lo calumniaran diciendo que él había env— nenado a su mujer, para quedarse como único heredero de sus propied— des. Parece increíble, pero como el contrato matrimonial no había sic formulado debidamente, Beaumarchais, no recibió absolutamente nad— con excepción de su nuevo apellido y muchas injustas calumnias. Hizo v rias tentativas para obtener la herencia y consiguió tras no pocas fatiga la firma de su suegra, Madame Aubertin, quien a pesar de todo se retract— algunos días más tarde, influída por algunos familiares que no veían co— buenos ojos a Beaumarchais. Este fué envuelto en un largo y penoso pr— ceso por los hermanos de su mujer.

Para divagarse un poco el gran literato, se dedicó en cuerpo y alma

—Activar la música, consagrándole todo su tiempo y energías. Tocaba maravillosamente el arpa, así como la flauta, de la que sacaba melodías dulcísimas. En las suntuosas fiestas de la Corte y en los banquetes palaciegos, Beaumarchais interpretaba magistralmente bellos trozos musicales, seduciendo e impresionando hondamente a las señoras y provocando una secreta envidia entre los caballeros.

Visitaba frecuentemente la casa de un señor apellidado Lenormand, marido de Madame de Pompadour en Etioles, donde se hizo de relaciones valiosísimas que le ayudaron a introducirse más y más en la Corte.

Su genio reunía las aptitudes más variadas y notables, y así como demostró ante su Majestad tener una gran destreza e inventiva en el difícil arte de la relojería, pudo hacerse conocer como un insigne músico de este delicado y gran talento. Luis XV no vaciló pues en confiarle la educación musical de sus hijas, que eran cuatro: Madame Adelaïde, joven cultísima y muy inteligente; madame Victoire, dulce y afectuosa; madame Sophie, tímida, callada y sumamente reservada, y madame Louise, niña tímida y muy piadosa la que más tarde profesó en un convento de religiosas Carmelitas. Ninguna de ellas era hermosa, pero su simpatía era muy grande y su afición por la buena música no tenía límite.

Desde entonces el señor de Beaumarchais gozó de un gran favor en la Corte de Versalles; muchos de los aristócratas cortesanos le odiaban por este motivo, y sentían grandes celos hacia él; mofándose continuamente y asediándolo con frases duras e impertinentes, a las que respondía siempre el inteligente músico, con sin igual desdén y donaire, y no pocas veces daba contestaciones mordaces que servían de dura lección a los que trataban de importunarlo.

En el Palacio Real cada día se hacía más indispensable su presencia, daba lecciones de música, organizaba bellos conciertos, componía piezas y tonadas nuevas y originales y, de vez en cuando salía de paseo acompañando a las princesas. Nunca recibía dinero, pues consideraba eso como indigno de un buen cortesano. Su Majestad Luis XV asistía a menudo a estas reuniones y hablaba familiar y cariñosamente al joven y puesto Beaumarchais. Se cuenta que un día lo obligó a ocupar su propio asiento, ante los ojos atónitos y envidiosos de los cortesanos; con tal de oír de cerca, la música que tocaba el afortunado caballero.

Muchísimo tiempo dedicó también el señor de Beaumarchais a la

lectura de buenos libros, pues quería, a toda costa, ampliar su cultura. Estudió con pasión la gramática, la geografía, la historia y el latín, lea a muchos autores antiguos entre los que podremos citar a Montaigne, M-rot, La Fontaine, Pascal, Voltaire, Diderot, Richardson, Molière, Montesquieu, Régnier, Nicole, Tibulo, Lucrecio, Séneca, Horacio, Ovidio, ■belais, y muchos otros más.

En casa del antes citado señor Lenormand, en Etioles, componía— tocaba lindas piezas musicales y debutó con gran éxito en el arte drar tico con algunas obras pequeñas y atrevidas. Ahí conoció a un riquisibanquero apellidado Paris-Duverney, que no vacilaba en gastar su dinero a manos llenas y en despilfarrar su inmensa fortuna, con tal de adulado y respetado por todo el mundo. Sin embargo, este gran financiero veía con mucho pesar que su influencia declinaba de día en día con los reveses causados por la Guerra de Cien Años. Hizo construir a expensas “l’Ecole Militaire de Paris” para la instrucción de Oficiales. construyó tratando de complacer a Madame de Pompadour que así lo había pedido, pero habiendo perdido el favor de ésta, no había podido conseguir en ninguna forma que su Majestad se dignara visitar el nuevo plantel. Era éste un vasto y magnífico edificio construido por el arquitecto Gabriel, y en el cual unos quinientos jóvenes podían dedicarse a la honorable carrera de las armas. El señor Paris-Duverney, no se sentía satisfecho no esperaba ningún éxito, mientras el Rey no honrara la escuela con su visita; pero éste, lejos de responder a esta amable invitación, la veía cada vez más fríamente y con desprecio. Así es que al conocer al extraordinario señor de Beaumarchais no titubeó ni por un momento en suplicarle le consiguiera este insigne favor de su Majestad; empleando para esto palabras más dulces y persuasivas que pudo encontrar.

Caron de Beaumarchais encantado de poder prestar un servicio a un anciano financiero, invitó a las princesitas para que visitasen “l’Ecole Militaire de Paris”, de la que salieron encantadas y suplicaron a su padre que se visitase también. Luis XV accedió al fin y honró la escuela con su Real presencia, Paris-Duverney quedó profundamente reconocido así a su joven amigo, y desde entonces se convirtió en su generoso y manánimo protector. El mejor medio que encontró para demostrarle su gratitud, fué el dinero. Le otorgó una pensión de seis libras, lo asoció a sus especulaciones y en corto tiempo lo enriqueció considerablemente. Desde entonces Beaumarchais se sintió completamente feliz, pues durante muchísimo

—mpo había sufrido intensamente al ver que su envidiable situación oficial, no correspondía a la situación de su fortuna. Esa gran desproporción entre las muchas necesidades que él mismo se había creado y los escasos recursos de que disponía, lo ponían a menudo en graves aprietos y comisos y para evitarlos, trató de hacer algunos negocios. Fué precisamente en esta época, cuando tuvo la fortuna, como antes dije de conocer rico financiero Paris-Duverney y gracias a esto en breve tiempo fué dueño de un inmenso capital.

A partir de este tiempo existió una verdadera y dulce amistad entre el viejecito incansable y dadivoso Paris-Duverney, que contaba a la sazón unos 76 años de edad, y el joven y ambicioso señor de Beaumarchais. Existen unas seiscientas cartas que se escribieron, tienen un estilo raro pseudo-oriental, lo que las hace sumamente difíciles de descifrar.

Paris-Duverney le compró además un título de Secretario del Rey, con el fin de volverlo noble, este magnífico documento importó la enorme suma de 85,000.00 francos, por entonces había un puesto de “Grand maître d'Eaux et de Fôrets” que se hallaba vacante, Paris Duverney, aconsejó a su querido amigo Beaumarchais que lo comprara, y le proporcionó para ello la cantidad de 560.000 Libras; este nuevo cargo dió al escritor grandes entradas y una gran reputación, pues por entonces eran poquísimas las personas que lo desempeñaban. No faltaron como de costumbre los envidiosos que lo atacaron, entre ellos se contaba el hijo de un conocido relojero. Beaumarchais sin inmutarse, tomó de nuevo la pluma y les contestó con garbo e insolencia. Vióse obligado al fin, a abandonar su puesto tan alto, pero continuó siendo un noble. Poco tiempo más tarde pudo comprar por 44,000.00 Libras una bella residencia de tres pisos, en la que instaló con todos los miembros de su familia, que eran once. Su inseparable hermana Tonton que cambió su nombre por el de Mademoiselle de Bois-Garnier, que le pareció más distinguido, se hizo cargo de la casa; su hermana Julie se llamó a partir de entonces, Mademoiselle de Beaumarchais.

Pero este hombre incansable volvió a enamorarse locamente de una joven amiga de sus hermanas llamada Pauline Le Breton. En 1763 decidió tomarla por esposa; pero antes de casarse quiso darse cuenta de la fortuna de su prometida y con este objeto envió a un tío suyo el señor Pichon, para que lo averiguase, la propiedad de Pauline Le Breton estaba en Santo Domingo, de donde era ella originaria. Durante largo tiempo

sostuvieron los dos enamorados una correspondencia, en la que podía verse mucho interés y poco amor. Más tarde el señor Pichon falleció en las Antillas, no sin antes haber informado a su sobrino que la propiedad no valía absolutamente nada. Después Pauline cansada y aburrida de perderlo durante seis años, contrajo matrimonio con un caballero apodado de Séguirand, en 1767.

Disgustado Beaumarchais la acusó de mala fe y engaño, pero Pauline a su vez se defendió. El señor de Séguirand murió un año después de casado. El noble escritor a pesar de todo, trató de olvidar sus antiguos reproches y ayudó en forma generosa a su antigua novia.

Hacia 1763, Beaumarchais compró el título "Lieutenant Général aux Bailliages et Capitaineries Royales des Chases de la Verenne du Louvre". En calidad de Juez, juzgaba los delitos cometidos sobre los dominios del Rey. Su conducta fué siempre ejemplar, presidía las audiencias y siempre tomaba parte en los Consejos. Cada martes se presentaba puntualmente portando toga y birrete. Continuó en este ejercicio hasta la época revolucionaria en que le fueron retirados sus derechos cívicos.

Cansado ya de la Corte y de su agitada vida en París, Beaumarchais decidió viajar. Atravesó los Pirineos, y se dirigió a España donde pensaba arreglar varios asuntos, algunos de Paris-Duverney; quería también cobrar unas antiguas cuentas de su padre que los clientes parecían haber olvidado completamente, y además iba en ayuda de su hermana Lisette que llamaba con mucha urgencia. Allí tuvo Beaumarchais nuevo campo para demostrar esa pasmosa actividad que siempre lo caracterizó. El Clavijo, un alto empleado y literato español que se negaba obstinadamente a cumplir la promesa formal de casamiento que había hecho a Lisette; que contaba en aquella época, unos 34 años de edad, y que había pasado 6 de noviazgo. En febrero de 1764, el famoso literato Beaumarchais recibió una carta, en la cual su querida hermana le relataba detalladamente todos sus sufrimientos. Antes de llegar hasta ella, tuvo que detenerse en Tours, Bordeaux, Bayonne, donde tuvo que arreglar diversos asuntos. Llegó por fin a Madrid el 18 de mayo de 1764, provisto de más de 2000,00 francos que Paris-Duverney le dió para su viaje. Pudo triunfar hábilmente de las intrigas de su enemigo y logró arrancarle una declaración escrita y muy honrosa para su hermana Lisette. Clavijo se ganó con falsedad e hipocresía la amistad de Beaumarchais, pero ocultamente obligó a una mujercilla que



El mismo había seducido nueve años antes, para que le exigiera el matrimonio, acusando al mismo tiempo a Beaumarchais de haberlo hecho firmar la declaración bajo amenaza de asesinarlo.

En cierta ocasión en que Beaumarchais se encontraba descansando tranquilamente en su domicilio, recibió la inesperada noticia de que al día siguiente sería encarcelado. Inmediatamente escribió como era su costumbre una memoria y se dirigió a Aranjuez para solicitar la ayuda del Embajador de Francia, el cual le aconsejó que huyese inmediatamente. El escritor en vez de desanimarse, tuvo la osadía de pedir auxilio al protector del infame Clavijo. Este convencido por los inteligentes y hábiles argumentos que Beaumarchais le presentó, lo condujo ante el Rey Carlos III, el cual también se convenció a su vez, y prometió favorecer la causa del pobre literato. En esta forma Beaumarchais, consiguió fácilmente el destierro de Clavijo, y contó otro nuevo y enorme triunfo de su pluma y de su palabra persuasiva.

Desde el 18 de mayo de 1764 hasta el 23 de marzo de 1765, Beaumarchais trató importantísimos asuntos en España, entre los cuales, citaremos: una concesión de la Luisiana por 20 años; el envío de negros a todas las colonias españolas; comercio de semillas con Turquía; envío de viveres para el Ejército; colonización de la Sierra Morena; y renovación de manufacturas españolas. No está por demás decir, que todos estos importantísimos negocios, al fin fracasaron, pero en medio de tantas ocupaciones Beaumarchais se divirtió bastante; asistía constantemente a toda clase de fiestas y conoció sin excepción ninguna los placeres de la Corte española. Concurría a los grandes salones, y como era su costumbre admiraba a las damas. Presenció infinidad de comedias y se hizo íntimo amigo de los Embajadores de Rusia e Inglaterra. La música española lo atraía sobre manera; compuso bellas tonadillas acompañándose de la guitarra y desde luego vestido a la usanza de ese País. Sin embargo el temperamento español le parecía demasiado lento comparado con el suyo.

Tiempo aún le sobró para dedicarse a varias empresas industriales. Tuvo por amante a la marquesa de La Croix, que le hizo leer algunos clásicos españoles que Beaumarchais decía no conocer, tales como: El Rancero, Cervantes y otros. Notando que el Rey había puesto los ojos en la marquesa, y combinando con su acostumbrada habilidad el amor y la diplomacia, se la cedió galantemente, diciendo que sería para él una

compañera ideal, convenció a un admirador suyo, mozo de cámara de la corte y de nacionalidad italiana del palacio del Rey, para que presentara a la marquesa, ante éste; Pini, que así era su nombre, obtuvo éxito en esta empresa. El marqués de La Croix obtuvo en cambio la Cruz de Santiago y una pensión. A pesar de todo esta intriga no produjo a Beaumarchais las ganancias y ventajas que él esperaba.

A su regreso a España Beaumarchais hizo uno de los grandes negocios de su vida. El 10. de diciembre de 1776 compró al Rey por la cuantiosa suma de 600,000.00 francos, una gran extensión de la Selva de Chillon. Naturalmente según era costumbre el riquísimo Paris-Duverney proporcionó el capital. Beaumarchais encontró en esta transacción muchas dificultades. No tenía ningún derecho de adquirir una propiedad real y tuvo que emplear para que le ayudase a un hombre llamado Charles César Le Sueur. En febrero de 1767 reconoció que no era sino un representante de Beaumarchais e inmediatamente le exigió que le entregara una suma de 2,000.00 francos. El escritor disgustado se los rehusó y lo obligó amenazándolo con una enorme pistola, a que firmara otro contrato en el cual renunciaba decididamente a todas sus pretensiones. César firmó obligado por la fuerza, pero juró vengarse.

Beaumarchais tuvo que enviar a un Ingeniero que había sido encargado para la explotación, que respondía al apellido Groult, hombre inteligente y competente y de pésimas intenciones; habiéndose hecho muy amigo de Charles César, se pusieron de común acuerdo para decir que éste último no representaba a Beaumarchais sino al Ingeniero Groult. Estos hombres con mala fe, introdujeron al famoso escritor en una serie de procesos interminables que sólo terminaron en 1770. Los archivos de la Selva de Chillon habiéndose extraviado no se supo al fin cómo terminó el asunto, pero con seguridad no tuvo ningún éxito.

En la época en que Beaumarchais estudiaba todavía, escribió una sencilla comedia de intriga que se inspiró en la representación del "Père de Famille" de Diderot. Escribió trescientas hojas en siete manuscritos, un tras otro, y al fin en enero de 1767 tuvo la satisfacción de publicar "Eugénie" ou la "Vertu au désespoir, tragédie domestique". Al principio tuvo un gran desengaño, pues esta pieza no triunfó, sino al contrario, algunas de sus partes fueron criticadas duramente y calificadas de muy escandalosas. Para agradar al público, como fué siempre su costumbre hizo algunas modificaciones.

ficaciones a su obra y preparó para la segunda representación que contiene un prefacio de unas 40 páginas. Esta primera obra de Beaumarchais, sin duda alguna, magnífica.

A principios de 1770 pudo Beaumarchais hacer representar una segunda pieza, a la que puso por título "les Deux Amis", que fracasó en forma más rotunda que la primera.

Hacia 1768 Beaumarchais decidió volver a contraer segundas nupcias con una dama muy rica y bella que se llamaba Geneviève Lévêque. La impetuosa boda se efectuó el 11 de abril de 1768.

A los pocos meses de casado nació un hijo de Beaumarchais al que éste puso por nombre Pierre-Agustín Eugène. La vida de este niño fué muy corta pues murió a la edad de cuatro años. Algún tiempo más tarde nació otro hijo suyo que sólo vivió unos cuantos días y a las pocas semanas su hermosa compañera murió también, en noviembre de 1770; ningún médico pudo diagnosticar su última enfermedad. Parece increíble pero otra de sus mujeres había muerto. No faltó alguien que de broma insinuara que Beaumarchais la había asesinado también; otros lo dijeron más en serio; creció la indignación al correrse la falsa noticia de boca en boca, y entonces, por primera vez, encontramos la opinión pública en contra del señor Beaumarchais. Cosa terrible en esta calumnia que más tarde pinta este gran autor en forma magistral; con toda la fuerza del que la ha sufrido en su magnífica obra "Le Barbier de Séville".

La colomnie, monsieur, vous ne savez quère ce que vous dédaig nez! ai vu les plus honnêtes gens (hablando por él) prêts d' enêtre accablés. Croyez qu' il n' y a pas de plate méchanceté, pas d' horreurs, pas de conte burde, que on ne fasse adopter aux oisifs d' une grande ville en s' y prenant bien; et nous avons ici des gens d' une adresse!...

D' abord un bruit léger, rassant le sol comme l' hirondelle avant l'orage, pianissimo, murmure et file, et sème en courant le trait empoisonné. Felle bouche le recueille et piano, piano, vous le glisse en l' oreille adroite; Le mal est fait; il germe, il rampe, il chemine et, renforzando, de bouche en bouche, il va le diable; puis, tout à coup, me sais comment, vous voyez la calomnie se dresser, siffler, s' enfler, grandir à vue d' oeil. Elle s' élance, étend son vol, tourbillonne, enveloppe, arrache, entraîne, éclate et tonne, et devient grâce au ciel, un cri général, un crescendo public, un chorus universel de haine et de proscription. Qui diable y résisterait?"

La calumnia hizo sufrir profundamente a Beaumarchais, pero al mismo tiempo le fué muy provechosa, pues la prueba siempre fortifica y tiende a purificar el espíritu.

En 1770 Beaumarchais contaba la edad de 38 años. Hasta entonces todas sus empresas habían terminado bien y todas sus ocupaciones habían logrado gran éxito. Sin embargo la vida empezó a cambiar para él. No había aun reconquistado toda la opinión pública a su favor cuando una nueva pena vino a afligirlo. Su gran amigo Pàris-Duverney, que hasta entonces había sido para él la gran ayuda de su vida, a causa de circunstancias inesperadas también contribuyó a hacerlo sufrir. Contaba este anciano 60 años y vivía con su sobrino nieto, el Conde de La Blanche, que por cierto odiaba a Beaumarchais y le tenía envidia por todo lo que su tío había hecho por él. Desde hacía diez años Beaumarchais y el viejo banquero habían tenido negocios sumamente complicados y difíciles, y Beaumarchais deseaba ardientemente que las cuentas estuvieran claras antes de que Pàris Duverney pasara a mejor vida. El 15 de marzo de ese mismo año, el anciano pudo burlar la vigilancia de su sobrino y tener una entrevista con Beaumarchais. Accedió a firmar un documento con fecha 1.º de abril, el cual aceptaba deber al escritor la suma de 15,00.00 francos, y convenía en prestarle, además 75,00.00 francos sin interés ninguno para que pudiese continuar la explotación de la Selva de Chinon. Después de esto citó a Beaumarchais para que fuera a su casa a recibir el dinero. Sin embargo el escritor tuvo la mala fortuna de caer seriamente enfermo y no asistió a la cita que tanto le interesaba. Mientras tanto el señor Pàris-Duverney falleció el 10 de julio de 1770. El Conde La Blanche aseguraba que aquellos documentos firmados por su tío eran completamente falsos, y se rehusó a pagarlos. Inmediatamente empezó un nuevo proceso. Beaumarchais fué desafiado por el infame Conde y se preparó a defenderse en la mejor forma posible. Estando en esta penosa situación tuvo aún que sufrir otro molesto incidente con el Duque de Chaulnes. Era éste un hombre muy anciano amigo suyo desde hacía algunos años, emparentado con la casa de Luynes. Este hombre tenía estrecha amistad con una hermosa joven actriz de la Comedia italiana, que respondía al nombre de mademoiselle Ménard, con la cual había tenido un hijo. Tenía este señor un carácter extravagante y maltrataba a su esposa constantemente y sin razón. En una mañana de diciembre de 1772, cansada de este mal trato huyó al campo pero volvió a París el 11 de febrero de 1773. Cuando el Duque encontró a Beau-

rchais saliendo del domicilio de ella. Entró furioso en la casa é hizo una ena espantosa. Un amigo íntimo de Beaumarchais apellidado Gudín, testigo presencial de este desagradable asunto y trató aunque sin resultado alguno de calmar al Duque. No habiéndolo logrado trató de escon- lo en el camino. El Duque cayó y Gudín huyó lo más aprisa que pudo. ¿un tiempo más tarde, los dos rivales se encontraron en El Louvre y otra Beaumarchais estuvo a punto de perder su gloriosa existencia a manos su irracible adversario. Con su gran facilidad de palabra, logró al fin ex-arse, se excusó, mintió, y al fin consiguió convencer al viejo Duque de e aceptara la invitación de ir a comer con él a su casa. Este aceptó pero repente, a media comida, el celoso anciano quiso asesinar de nuevo a umarchais armado de un tenedor y un cuchillo. El anfitrión llamó a sus vidores que trataron de detener al Duque, que pudo, sin embargo, es- ar hacia la calle, siendo esto motivo para que la policía detuviera a los i enemigos. Primero se les envió a sus respectivos domicilios para que permaneciesen en calidad de detenidos, pero al fin Beaumarchais fué ndado a un lugar llamado For-l' évêque, donde pasó tres largas semanas, -rante las cuales lleno de febril ansiedad, no cesó de escribir cartas, pan- -tos y toda clase de recados urgentes a todos sus amigos y conocidos, pa- que le ayudaran a arreglar favorablemente su asunto de sucesión de -ris Duverney, que tanto le interesaba. Beaumarchais conocía de sobra justicia humana y comprendía que sin influencias nunca llegaría a ha- reconocer sus derechos. El necesitaba, forzosamente ver a lseñor Goëz- in que era el Consejero que debía de dar el fallo. Pensando que para lle- a los hombres es preciso llegar antes con las mujeres, tan luego como mo logró salir de la prisión, fué a ver si Madame Goëzman de la que tuvo la formal promesa de que hablaría con su marido en su favor. a el Consejero de Groëzman un hombre de 43 años, barbudo y pe- lo. Había l legado hasta la Magistratura componiendo pequeños escri- usaba entonces, Beaumarchais debía ir a buscar al Juez y a explicarle su isa. Es por esto que decidió primero ir a ver a su mujer, y pedirle tan se- lado favor.

La dama fué aparentemente muy gentil y le prometió hablar a su ma- lo cuando éste llegara.

Beaumarchais fué a buscar al señor Goëzman puntualmente, pero no encontró. Al día siguiente regresó con la misma insistencia y así los sub- guientes, sin conseguir absolutamente nada. Finalmente en casa de Fan-

chon de Lépine, su hermana tuvo oportunidad de contar sus cuitas al se Bertrand d'Airolles, banquero y comerciante muy prominente de París cual el dió un sabio y prudente consejo; es decir que entrevistase al se Le Jay amigo suyo muy estimado, que era el editor de Goëzman, para le preguntase a éste cuanto quería que le pagase. El pérfido consejero dió la enorme cantidad de 100 luises de oro, por concederle la audien— El escritor fué a ver al Príncipe de Conti, protector suyo desde hacía mucho tiempo, el cual gustoso dió el dinero.

El ansioso Beaumarchais fué al fin recibido a las 9 de la noche día 15 de abril. Procuró ser elocuente, habló con gran calor y vehemen pero el señor Goëzman permaneció impasible y casi mudo, la más esp— tosa frialdad e indiferencia se revelaban en su rostro adusto y severo, recía estar distraído y no demostró ningún interés. La audiencia fué n— corta, dejando a Beaumarchais lleno de inquietud y temor. Este inme— tamente solicitó otra entrevista, porque de la primera no sacó nada en o— ro. Como ya no tuvo dinero, ni modo de procurárselo, ofreció su magní— fico reloj de oro y diamantes con tal de obtenerla, y desde luego le fué ac— tado, más a condición de que entregara otros 15 luises para el Secreta. Esta audiencia fué fijada para el siguiente domingo a las 7 de la noc— Cuando Beaumarchais asistió a ella con toda puntualidad, supo con g— desencanto que el Consejero se hallaba ausente; se le dijo que regresara lunes siguiente a las 9 de la mañana y que en caso de que su proceso perdiese, religiosamente le serían devueltas sus magníficas prendas. To— estos informes dejaron al escritor casi sin ninguna esperanza. Sin emb— go, el lunes 5 de abril llegó por décima vez al domicilio de Goëzman, y a en esta vez no fué recibido. A medio día supo, con pena, que todo se bía perdido. No solamente la importante suma que le había quedad— deber el finado caballero Pâris-Duverney, sino que aparecía además mo un vulgar falsificador. Esa misma noche Madame Goëzman, persor— mente, devolvió los 15 luises y el reloj, excepto los 15 del Secretario (di— mos de paso que éste último declaró después que ni siquiera sabía na— acerca de este dinero).

Estos 15 luises precisamente fueron la causa del segundo gran proce— de Beaumarchais, que duró cinco larguísimos años, durante los cuales p— maneció prisionero; quizá estos sean los más penosos de su existencia. ellos quiero ocuparme particularmente. El 8 de mayo de 1773 salió Bea— marchais de la espantosa y lóbrega Cárcel de Fort-l'Evêque, completame—



riste y arruinado. Su hermana Tonton, tan querida por él falleció en  
→ época y las otras dos que se hallaban por entonces en España optaron  
retirarse a un Monasterio.

A pesar de tantas y tan grandes calamidades, el incomparable autor  
mático, no perdió ni por un momento la tranquilidad, antes al contra-  
su serenidad fué siempre asombrosa. Desde varios días antes, es de-  
desde el 25 de abril, había reclamado a Madame Goëzman los 15 lui-  
ella y su marido hicieron presión sobre el poco inteligente señor Le  
, el editor que sirvió de intermediario. Madame Goëzman casi lo vol-  
loco haciéndole creer que todas las sospechas de haber robado los 100  
ses de oro y el magnífico reloj, habían caído sobre él, y aprovechando  
-gran terror de este individuo, lo obligó a firmar una falsa declaración  
la cual hacía aparecer a Beaumarchais como culpable de haber tratado  
· todos los medios posibles de hacer caer en delito al consejero Goëzman.  
-ro Beaumarchais no se dejó, presentó una enérgica acusación y movió  
■ los los resortes que tenía a su alcance. Entonces el Parlamento obligó  
■ Goëzman a sostener con Beaumarchais un intenso interrogatorio que  
-pezó el 21 de junio de ese mismo año. El escritor fué además careado  
-n la guapa Madame Goëzman, y como era de esperarse, fingiendo un  
in respeto y una galantería salpicada de increíble, ironía, la obligó a con-  
decirse en forma tan ridícula, que causó la diversión de todos los que la  
uchaban. El Parlamento sin embargo no quería condenar a uno de sus  
embros y entonces Beaumarchais optó por llevar el asunto más adelante.  
e paso digamos que este Parlamento era poco aceptado porque el Rey  
-is XV lo había puesto en el lugar del antiguo, que desde tiempo inme-  
orial tenía libertades tradicionales. Beaumarchais entonces publicó con-  
■ Goëzman cuatro notables "*memorias*" que debén sobre todo el gran  
ito que alcanzaron, a la disposición tan favorable que el público tenía  
r él.

La primera "*memoria*" fechada el 5 de septiembre de 1773 constituyó  
verdadero triunfo. La segunda es del 18 de noviembre. La tercera del  
7 de diciembre; en ellas, el gran y hábil escritor demuestra en forma  
ara y precisa la culpabilidad de Goëzman. La acusación justificadísima  
dejó lugar a dudas, y el 13 de febrero de 1774 fué publicada la cuarta  
-memoria", cuyo éxito no tuvo precedente; en menos de dos días se ven-  
eron 10,000.00 ejemplares, cosa que por aquella época era casi increíble.  
Madame Dubarry y otras encumbradas damas hicieron que se representa-



se en sus departamentos privados, la escena de aquel pintoresco careo entre Beaumarchais y Madame Goëzman.

Al fin amaneció el gran día fijado para el juicio, o sea el 26 de febrero de 1774; la inquietud que embargaba a Beaumarchais no le permitió conciliar el sueño. El jurado fué sumamente emocionante, por poca sentencia a acabar sus días en las galeras pues 22 juices sobre 55 así lo pedían. No cabe duda de que si no hubiera hecho uso de su gran facilidad de palabra y de su talento, no hubiera logrado la expulsión de Goëzman y de sus partidarios. Después de doce largas horas de deliberación, el Tribunal llegó a ponerse de acuerdo sobre la pena que debía de imponer al escritor. El condenado sería degradado públicamente, arrodillándose los pies de los Jueces y recibiendo las duras y humillantes palabras del Presidente. La señora Goëzman debía correr la misma suerte, y su marido fué destituido de su alto cargo.

Beaumarchais, sin embargo, era tan popular y estimado por el pueblo, que la Corte no se atrevió a hacerle pasar esta humillante prueba, y quedó desde entonces, convertido en el ídolo de la multitud. El Príncipe de Conti lo invitó galantemente a cenar con él y 40 de los grandes señores de Francia.

Beaumarchais, a pesar de todo, quería a todo trance recuperar sus derechos cívicos, por lo cual se propuso obtener esta gracia de su Majestad el Rey sirviéndole en algunas negociaciones secretas. Una vez convertido en agente de la policía secreta, determinó cumplir su cometido en la mejor forma posible. Sucedió por entonces, que en Londres un individuo llamado Théveneau de Morande publicó un escrito sumamente escandaloso que tituló "le Gazetier Cuirasé", y además un panfleto dirigido contra el célebre Madame du Barry, "les Mémoires secrètes d'une femme publique". Beaumarchais hábilmente impidió que se publicase este libro, llegó a atrevimiento a tal extremo, que sin saber una palabra de la lengua inglesa, se embarcó con rumbo a Londres cambiándose el nombre por el de Chevalier de Ronac. El 27 de abril de 1774 el Chevalier de Ronac terminó con gran felicidad el asunto de Théveneau de Morande. Este recibió 20,000 francos y quemó en presencia del gran Beaumarchais la edición completa de su obra escandalosa. El escritor regresó triunfante a su patria. El día de mayo desembarcó en Boulogne, y su alegría se cambió en tristeza, cuando tuvo la noticia de que el Rey de Francia se hallaba gravísimo, pues ha-



sido contagiado de viruela. El 10 de mayo como era de esperarse, falló siendo sucedido en el Trono por Luis XVI. El nuevo soberano odiaba cordialmente a Madame du Barry y sólo deseaba desterrarla lo antes posible, por este motivo no sentía hacia Beaumarchais el menor sentimiento de gratitud. Este escritor redactó una nueva "memoria" recordando a su Majestad todo lo que había hecho por su padre, pero éste no hizo ningún aprecio.

Beaumarchais necesitaba a toda costa encontrarse de nuevo frente a otro asunto escandaloso, y de no hallarlo lo inventaría. Salió para Londres con el propósito de negociar con el autor imaginario de un escrito, sería según él, un judío llamado Angelucci y que en Inglaterra se llamaría Atkinson. Cuando llegó a Londres, reclamó una orden del Rey, strando su placa de agente del Servicio Secreto y obtuvo el 16 de julio un relicario de oro que desde entonces llevó siempre colgado al cuello.

1,400 libras esterlinas, Angelucci quemó los cuatrocientos ejemplares que poseía de escrito, y firmó un tratado en donde el mismo se calificaba de mentiroso. Después Beaumarchais se dirigió a los Países Bajos, deteniéndose en Holanda, donde pensaba vigilar a Angelucci, pero éste se fue de allí secretamente para reimprimir sus escritos en Nuremberg. Beaumarchais, habiendo terminado con el dinero que llevaba vendió sus alhajas y continuó la búsqueda del ya citado escritor. Esta increíble jira duró unos diez días, y el 17 de agosto cerca de la selva de Neustadt, muy cerca de Nuremberg, Beaumarchais que se había apeado de su carroza se dijo víctima de un atentado, pero el filoso cuchillo del bandolero que intentó matarlo, se detuvo milagrosamente sobre su pequeño relicario de oro que contenía la orden del Rey. Hasta el día siguiente pudo el escritor comparecer ante el Alcalde de Nuremberg, y le expuso con todos los detalles la aventura que había corrido; ya no sólo había sido atacado por dos fascinosos. Angelucci y Atkinson, sino por tres o cuatro más..

Como la abundante sangre que perdió al ser herido lo dejó en un estado de debilidad increíble, no podía según él, soportar el movimiento y los saltos del coche, y entonces se embarcó con muchas precauciones en el Danubio, estuvo varios días en Viena, donde se dedicó a escribir cartas, muchas de ellas sumamente espirituales en las cuales relataba a sus amigos de París todas sus maravillosas aventuras. En Schoenbrunn, fué recibido por la Emperatriz María Teresa, gracias a una orden de su Majestad Luis XVI. Ahí fingió haber sido presa de un vértigo; todos los que le ro-

deaban empezaron a sospechar y el Ministro Kaunitz se decidió a interrogarlo; como en su historia las contradicciones no faltaron, el día 22 de agosto, el agente secreto de Luis XVI fué encerrado en una prisión austríaca. Beaumarchais entonces imaginó la huida de Angelucci para apoderarse del dinero. La venta de sus joyas para explicar cómo él tenía esa suma en sus baúles y el atentado de Neustadt para poner en relieve su gran actividad. Sin embargo en el desarrollo de esta intriga también se contó. Felizmente tuvo al señor Sartines, su gran amigo y aliado que lo sostuvo e hizo que lo pusiesen en libertad. La Emperatriz le obsequió 1,000 ducados para compensarlo de lo que había sufrido. Beaumarchais que apareció muy digno para recibir dinero y obtuvo permiso de devolverlo a cambio de un magnífico diamante que desde entonces llevó con mucha ostentación.

Este asunto le produjo mucho dinero y se dispuso a solicitar otra misión secreta. El 8 de abril de 1775 el inquieto escritor se dirigió de nuevo a Londres buscando la manera de encontrar nuevos libelos. En aquella ciudad encontró al caballero d'Eon, temible jugador y asiduo concurrente a los cabarets que había sucesivamente sido abogado, dragón y Secretario de Embajada, y que desgraciadamente se distinguía por su estilo afeminado. Este personaje rayo y extravagante había sido en otras épocas agente secreto de Luis XV, y poseía una extensa correspondencia relativa a unos proyectos de desembarco de una parte del ejército francés en Inglaterra. Gracias a la intervención de Beaumarchais pudo el Gobierno Francés recatar estos comprometedores documentos, el caballero d'Eon, obtuvo una gran cantidad de dinero que pidió a cambio de ellos, y además, el permiso de entrar a Francia a condición de ir vestido de mujer. Era un gracioso espectáculo verlo vestido con ropas ridículas hasta el último día de su vida a este raro personaje que andaba, al mismo tiempo fumando y bebiendo constantemente.

Desde largo tiempo atrás, el infatigable Beaumarchais, pensaba constantemente en una pieza española. De vez en cuando tomaba la pluma y escribía un poco. En una ocasión en Etoles hizo una sencilla pieza titulada "le Barbier de Séville" que no era otra cosa sino una ópera cómica que presentó a unos comediantes italianos en 1772. A éstos no les agradó mucho y entonces el autor suprimió la parte musical y la presentó ante un grupo de comediantes franceses que la aceptaron gustosamente. La primera representación de esta obra, había sido preparada para mediados de

73, pero a causa del escándalo ya citado del Duque de Chaulnes, sólo representó en 1774. Al principio gustó mucho esta obra, pero después <sup>é</sup> prohibida porque se decía que contenía algunas alusiones ofensivas ra el Parlamento, y Beaumarchais tuvo que hacerles ver, que no era

Por fin en diciembre de ese mismo año, se autorizó la representación e no tuvo lugar hasta el 23 de febrero de 1775. El público que antes lo llamara como autor de las "memorias", no fué por esta vez igualmente <sup>—</sup>complaciente, y la pieza fracasó en la forma más completa. Beaumarchais <sup>—</sup>primió uno de los cinco actos para acortar la pieza, y la segunda <sup>—</sup>representación que tuvo lugar el 26 de febrero, fué un gran triunfo para el tor.

Ese mismo año, es decir, en 1775 el incansable viajero volvió a Inglaterra y visitó con frecuencia al Caballero Wilkes, que era un Lord completamente contrario al Rey de Inglaterra, y en cuya casa se reunían riódicamente todos los partidarios de los colonos sublevados que se habían en América. Beaumarchais tomó parte en sus discusiones, oyó con atención sus argumentos e inmediatamente pensó emprender una nueva aventura. El 21 de septiembre de 1775 envió al Rey de Francia una extensa memoria sobre Inglaterra y sus posesiones de América. Le decía entre otras cosas, que las colonias de América del Norte ganarían su causa se les ayudaba, y que este era un deber de los franceses. Para no ser causa del descontento de Inglaterra el pueblo francés estaría obligado a guardar sigilosamente este secreto, mientras tanto Beaumarchais arriesgándose <sup>—</sup>comerciaría con el nuevo mundo. En 1775 en América no había ni siquiera una libra de pólvora ni armas para los soldados. Era tan crítica la situación que Franklin determinó que se peleara usando arcos y flechas.

Después de muchas largas discusiones, el Gobierno de Francia escusó a Beaumarchais que fundó una casa comercial a la que puso por nombre la compañía Rodrigue-Hortalez. El 10 de junio de 1776 el Ministro de Relaciones Exteriores, apellidado Vergennes entregó a Beaumarchais un millón de libras esterlinas para formar el primer fondo de la casa comercial Rodrigue-Hortalez. Pocos días más tarde, el Gobierno de España, tomó parte también en este asunto asociándose y entregando otro millón. Un gran número de grandes señores quisieron participar en este importante negocio, y también ayudaron económicamente. El señor Beaumarchais compró tres grandes barcos que pensaba enviar al Nuevo Continente car-

gados de armas. Mandó como representante suyo en los Estados Unidos del Norte, a Théniveau de Francy. En Francia, la América fué primeramente representada por un caballero llamado Arthur Lee, y después por Silas Deane que fué posteriormente enviado como proveedor oficial del Poder. Arthur Lee sentía por Beaumarchais una antipatía profundísima y determinó hacer creer al Congreso Americano que el señor de Beaumarchais era solamente un espía del Gobierno Francés, y que por mediación suya obsequiaba a la América, las mercancías que él le hacía llegar. La causa de ésto hubo un largo y penosísimo lío. El Congreso ya no veía en Beaumarchais un comerciante auténtico y rehusaba pagarle y, lo que confirma el error al Congreso fueron las cartas llenas de sentimentalismo que el escritor le envió. En ellas hablaba de su gran amor por la libertad y de su gran interés por la causa de América, pero no mencionaba ninguna factura. Todo esto lo hizo aparecer ante los ojos del Congreso como un verdadero agente procedente de Francia y no lo que él era en realidad, un hábil hombre de negocios. Más tarde, a mediados de 1776 la firma comercial Rodrigue-Hortalez se hallaba en pleno apogeo y actividad. Poseía diez o doce hermosos barcos y navegaba de un Puerto a otro, vigilando el cargamento de los buques y las salidas de éstos. En un año había enviado cuando menos seis o siete millones de contrabando de guerra, y no había recibido en cambio ni un solo centavo, ni siquiera un testimonio de agradecimiento. En marzo de 1778, Francia reconoció por fin oficialmente la independencia de América, y rompió todas sus relaciones diplomáticas con la Nación Inglesa. El 10. de enero de 1779 Beaumarchais recibió la primera carta en la que el Congreso Americano le expresaba su profundo agradecimiento. En esta época todo el comercio marítimo de Beaumarchais se encontraba en pleno auge. Este poseía doce magníficos navíos protegidos por un barco de guerra llamado Fier-Rodrigue. Tenía la autorización completa de la Marina de Guerra Francesa. En cierta ocasión el Fier-Rodrigue luchó valientemente en el mar de las Antillas. Pero cuando los barcos de Beaumarchais ya no estuvieron protegidos, fueron casi en su totalidad robados por los ingleses. El Rey de Francia trató de desagraciarlo en parte de todo lo que había perdido y la América también le cubrió una parte de su deuda. En el año de 1781 el Continente Americano estableció sus cuentas con Beaumarchais. Silas de Ane anunció que la deuda era de tres millones seiscientos mil francos, pero, en 1788 el Congreso Americano revisó

...ciosamente todas las cuentas, y para este trabajo designó nada más que al enemigo más encarnizado de Beaumarchais, a Arthur Lee. declaró que al contrario, Beaumarchais era quien debía a la América la cantidad de un millón ochocientos mil francos. Esta enorme cuenta después revisada por el Secretario Americano de Hacienda, llamado Alton, que estableció la deuda Americana de dos millones doscientos treinta mil francos. Beaumarchais llegó a estar en la miseria y en imploró durante largo tiempo al Gobierno de América para que se agase. Este asunto fué arreglado mucho tiempo después cuando la hija del escritor Eugenia se casó con el señor de la Rue ayudante de la Fayette y se fué a residir a Nueva York. Entonces se le ofrecieron doscientos mil francos por todo.

En 1775 el señor Richelieu jefe de los comediógrafos pidió a Beaumarchais que hiciese el estudio de los reglamentos que relacionaban a los autores dramáticos con los actores. Estos Estatutos eran de lo más absurdo que pueda imaginarse. Los comediógrafos siempre encontraban medios para no pagar a los autores, y en cambio los autores siempre tenían que rendir cuentas detalladas y ofrecían al actor una suma global sin ningún interés. Beaumarchais pidió a los comediógrafos que le mostraran sus registros para que él pudiera hacer el trabajo que le había encargado el señor de Richelieu, claro está que éstos no aceptaron. Cuando se representó el "Barbier de Séville", Beaumarchais que por entonces no necesitaba, nunca pidió dinero a cambio de sus dos primeras obras. Encontró pues la ocasión de hacer valer sus derechos. El 3 de mayo de 1777 un comediógrafo le llevó con muy buenas maneras la suma de cuatro mil quinientos seis francos por las treinta y dos primeras representaciones del "Barbier de Séville", pero no le dió ni la menor explicación. Beaumarchais, desde luego no aceptó, pero sí exigió en cambio que se le rindiera una cuenta exacta. Los actores dejaron de representar su pieza y dejaron las cosas al tiempo. El autor del "Barbier de Séville" llenó de impaciencia y de disgusto y los amenazó con hacerles un proceso. Estos lo invitaron para que asistiese a su Asamblea, y allí otro día de ellos el señor Duras propuso otro plan conforme al cual Beaumarchais reunió a todos los autores dramáticos que intrigaban unos contra otros, inclusive contra él. Al fin, en 1779, Beaumarchais consiguió que le entregaran todos los registros de los comediantes. En 1780 después de algunas pocas discusiones, llegaron a ponerse de acuerdo y aceptaron el

nuevo reglamento. Ya no volvió a oírse hablar de la explotación de autores hacia los comediantes. Empezaron los primeros a reunirse periódicamente, exigieron beneficios legítimos a su profesión, y de este movimiento salió la gran sociedad de Autores Dramáticos, que todavía hoy en nuestros días, reconocen al insigne Beaumarchais como su fundador. El decreto del 13 de enero de 1791 reconoció y organizó finalmente la propiedad de los autores dramáticos. Su Majestad Luis XVI disolvió el Parlamento Maupeou y reunió de nuevo a los viejos parlamentarios con los miembros del Parlamento nuevo, formó el Gran Consejo. Precisamente de éste dependían los asuntos de Beaumarchais después de su triunfo que obtuvo con sus negociaciones diplomáticas secretas. Acá es donde pidió que le fueran devueltos sus derechos cívicos y también pidió ayuda para que se modificara la sentencia que había decidido en el asunto del Conde La Blache. Habiendo expirado los plazos fijados, Beaumarchais obtuvo del Rey una carta que le autorizaba todo lo que pedía a pesar de la prescripción. Sin embargo, estas cartas fueron interceptadas por el Gran Consejo, donde abundaban por desgracia los enemigos personales del gran autor. En esta vez también, a pesar de todo, Beaumarchais triunfó. Y ese mismo año pudo instalarse en una hermosa residencia l'hotel de Hollande, en la calle Vieille-du-Temple de París. El Gran Consejo detuvo a aquella sentencia que condenaba a Beaumarchais a pagar al Conde de La Blache y entregó el asunto al Parlamento de Aix. El citado Conde se instaló ante este Parlamento durante largo tiempo y organizó una propaganda verdaderamente increíble para ganarse a su favor al pueblo y a los Jueces, Beaumarchais con su acostumbrada tranquilidad llegó a Aix en julio de 1778 y según su costumbre publicó una memoria en la cual atacaba directamente al Conde de La Blache diciendo que abusaba de sus privilegios para derrotar a un indefenso. Con su solo escrito, en un momento toda la opinión pública de la ciudad se volvió a favor suyo. El Parlamento deliberó durante tres meses y el 21 de julio el veredicto fué entregado. La Blache fué condenado a entregar a Beaumarchais la cantidad de setenta mil francos que representaba la deuda de su finado tío Páris-Duverney, y además los intereses y los gastos hechos durante ocho años. El escritor también fué condenado a entregar mil escudos de multa a causa de la memoria tan violenta que publicó, pero éste estaba tan feliz de su triunfo que no solo dió mil, sino dos mil. En esta misma época, Beaumarchais, gar-

—bién otro proceso que había perdido diez años antes, este fué el de familia Aubertin. Nunca se ha sabido a ciencia cierta si él les debía tanta y tres mil francos, o si eran ellos los que le debían cuarenta o sesenta mil. Sea como fuere, el sin igual escritor ganó también este meso.

En 1780 Beaumarchais tuvo otro gran negocio de imprenta, que cierto sólo le ocasionó dificultades. Había en París un conocido librero de apellido Panckoucke que había comprado algunos manuscritos todavía inéditos de Voltaire, a madame Denis, nada menos, que esposa del inmortal escritor. Catalina de Rusia, invitó en cierta ocasión al antes citado librero para que fuera a San Petersburgo y le hiciese una magnífica y nueva edición conteniendo las obras completas del mismo hombre. Beaumarchais encontró una ocasión decisiva para él, y en un momento a otro se convirtió en editor. Empezó comprando todas esas cosas que le iban a ser necesarias. Pagó trescientos mil francos por los manuscritos, ciento cincuenta mil francos por los espléndidos tipos de imprenta, y encargó a Holanda los papeles más finos y variados. Estableció en Los Vosgos una inmensa imprenta y otra en Arches. Después estableció otra imprenta en Alsacia. Como director de los trabajos encargó al señor Le Tellier que por cierto no era muy diestro en el oficio. Todos los obreros le odiaban y le apodaban el tirano, a causa de su dureza con que solía tratarlos. La edición de lujo, en setenta volúmenes debía estar formada por quinientos mil ejemplares. Más tarde, hizo hacer otra edición menos costosa, que comprendía noventa y dos volúmenes. Sin embargo no consiguió reunir todos los escritores que hubiera deseado, y un buen día su cajero desapareció con una buena parte de los fondos. Después de haber seguido varios años este trabajo intermitente, y con grandes pérdidas, se quedó Beaumarchais con millares de volúmenes sin vender.

Vamos ahora a hablar de la obra grandiosa de Beaumarchais, empezada en 1778, en la cual aparecen nuevamente los principales personajes de "Barbier de Séville". El Teatro Francés recibió esta obra con entusiasmo desbordante, en septiembre de 1781. En una ocasión, se leyó en las salas del Rey cenaba y los cortesanos la aplaudían con regocijo, pero el Rey declaró despectivamente: "Me parece detestable, y no me parece que se siga representando; más valdría llenar inmediatamente de gente la



Bastilla” Necesitó Beaumarchais cerca de tres años de ingenio y diplomacia para obtener de nuevo el favor de Luis XVI.

Frecuentemente leía la pieza ante sus amigos y les pedía por su opinión aprobatoria. El 13 de junio de 1783, los cortesanos obtuvieron una representación privada. Sin embargo una hora antes del principio su Majestad la prohibió. Esto provocó un gran murmullo de indignación. Para que “le Mariage de Figaro” fuese aceptada Beaumarchais exigió una parte de ella.

En septiembre de 1783 el Rey se dignó por fin autorizar una representación en casa del señor de Vaudreuil en el Castillo de Genneville ante el Conde de Artois y gran número de nobles. Claro está que Beaumarchais se preocupó de que antes su pieza hubiese sido revisada por un competente censor. Este último que no quería por ningún motivo gustar al Conde de Artois no objetó absolutamente nada en contra de la obra. Beaumarchais entonces pidió que se autorizase la representación pública amenazando de retirar su pieza. El Rey Luis XVI cedió por fin ante tanta insistencia, y en marzo de 1784 dió por escrito permiso.

La primera representación pública del “Mariage de Figaro”, se efectuó el 27 de abril de 1784 y podemos considerarla, sin duda alguna, como el éxito más grande del Siglo XVIII. El entusiasmo era desbordante. Después de la quinta representación se vieron caer del techo una inmensa cantidad de papelillos con los siguientes versos satíricos:

“Dans ce drame honteux, chaque acteur est un vice  
Bien personifié dans toute son horreur...  
...Mais pour voir à la fin tous les vices ensemble,  
Le parterre en chœur a demandé l’auteur”.

Los ataques contra el gran Beaumarchais eran dirigidos principalmente por Suard, que era un crítico peligrosísimo que sostenía en secreto el Conde de Provence, que dicho sea de paso, debía ser con el tiempo Luis XVIII. Efectuábanse una guerra sorda y muda entre Suard y Beaumarchais, por medio de artículos, anónimos y toda clase de formas para las que no faltaba más perversa y malvada. Por fin, el 6 de marzo de 1785 Beaumarchais, desesperado escribió a Suard, lo siguiente:

“Quan j'ai dû vaincre lions et tigres pour faire jouer ma comédie enscez-vous après son succès me réduire, ainsi qu'une servante hollandaise, à battre l'osier tous les matins sur l'insecte vil de la nuit?”

El 8 de marzo de 1786 en la Iglesia de Saint-Paul en la ciudad de París, Beaumarchais contrajo terceras nupcias con mademoiselle Marie-Thérèse de Villermault, a la que conocía íntimamente desde 1774. La primera vez que la vio contaba esta joven 23 años y era de origen suizo. Según la opinión de las hermanas de Beaumarchais, principalmente de Julie era una gran muchacha. Con el nombre de madame de Villers, se instaló con Beaumarchais en el Hotel de Hollande, en enero de 1777, y allí vino al mundo una hija de ambos, llamada Eugenia. Esta pareja vivió bastante feliz, únicamente la turbaban de vez en cuando los celos poco fundados del escritor. Tuvo también Beaumarchais una gran pasión por Madame de Godeville, y otra por Amélie Houret, condesa de la Marinière, cuando contaba cincuenta y cinco años de edad. Todavía muchos años más tarde seguía sintiendo por ella un amor pasional. A pesar de todo esto, su mujer lo soportó con heroica paciencia y aun en sus horas más tristes, en el destierro y en la desgracia, siempre se le vería junto a él prodigándole los más tiernos y solícitos cuidados.

Corría el año de 1780 cuando Beaumarchais prestó una gran cantidad de dinero a unos amigos suyos, los hermanos Périer, que formaban una compañía para proveer de agua a la ciudad de París. Mirabeau, que antes de tomar parte activa en la revolución fué siempre un hombre de energía excepcional, los atacó con gran violencia. Beaumarchais respondió a estos ataques con gran dureza, burlándose descaradamente de los libelos de Mirabeau. Este último en el colmo de la indignación, publicó los escándalos de la vida de Beaumarchais.

Terminaba diciendo lo siguiente: “Ne songez désormais qu'à mériter d'être oublié”.

Beaumarchais ya no se tomó la molestia de contestar ni de discutir. La que sufrió los resultados fué “La Compagnie d' Eaux”, cuyas acciones cayeron de tres mil seiscientos a dos mil francos. Algunos años más tarde, los dos enemigos Mirabeau y Beaumarchais, acabaron siendo muy buenos amigos.

En 1787 estalló el escandaloso asunto de Kormmann que empezó, con una buena acción de Beaumarchais. El señor Kormmann era un hom-

bre originario de Estrasburgo, que se había casado con una joven de quince años. Tenía dos hijos y esperaban un tercero. El marido ansiaba ardientemente conseguir una colocación de importancia. Este desdado individuo para ganarse la amistad del Ministro Daudet le ofreció en forma muy indigna a su propia mujer, pero al poco tiempo el Ministerio se vino abajo, y Kormmann terminó sus relaciones de amistad con Daudet de Josan y llegó su maldad hasta querer deshacerse de su pobre esposa a la que hizo encarcelar acusándola de adulterio, en un antiguo manicomio. El magnánimo Beaumarchais se enteró de lo ocurrido empleando su influencia en favor de aquella infeliz mujer la obtuvo en 1781 e hizo inmediatamente que ésta fuese transportada a un hospital sin embargo el perverso Kormmann pensaba insistentemente en llevar cabo el divorcio, y el 12 de mayo de 1787 un joven abogadillo que deseaba hacerse conocer, publicó una memoria a favor de Kormmann. Su nombre era Gergasse. Allí representaba a Beaumarchais como un privilegiado que había aprovechado sus influencias políticas para favorecer un acto de adulterio. El público como siempre está de parte de los más fuertes en esta ocasión apoyaba a Bergasse en contra de Beaumarchais. Este último contestó como era su costumbre y acusó al abogado Bergasse por haberlo difamado. Sin embargo, existían en contra de él cerca de unos cuatrocientos libelos. El 2 de abril de 1789, a pesar de todo ganó el proceso y recibió mil libras de indemnizaciones e intereses. El público murmuraba sin cesar y esto se debía a que Beaumarchais se volvía cada día más y más impopular, y este hecho no era otra cosa que la Revolución Francesa que empezaba a delinearse en el horizonte.

En 1775 Beaumarchais empezó a escribir otra de sus obras "Tarare" Había conocido este escritor a Gluck desde hacía un año, y quería que esta obra fuera una ópera filosófica a la que su amigo le pusiera la música. Gluck se encontraba demasiado anciano para escribirla e indicó a Beaumarchais que su mejor alumno de apellido Salieri podría ayudarlo. Beaumarchais quería a todo trance retardar la representación de esta obra, pues el escandaloso asunto de Kormmann aun estaba reciente. Por fin se presentó al público el 8 de junio de 1777 en medio de un entusiasmo semejante al que precedió del "Mariage de Figaro". El éxito de esta pieza es indescriptible, podemos imaginarnos que las decoraciones y el vestuario eran magníficos, pues no costaron menos de cincuenta mil francos. Durante treinta y tres días consecutivos el entusiasmo no de-

—ó ni por un solo instante. Se dice que durante la Révolución el gran actor de "Tarare" dió el tres de agosto de 1790 una nueva versión de la pieza. Introdujo en su drama ideas más avanzadas pero fueron juzgadas como demasiado débiles y en esa ocasión el autor fué silbado.

La última pieza de Beaumarchais "La Mère Coupable" y fué representada el 6 de junio de 1792 en un teatro llamado du "Marais". Es una comedia en la cual reaparecen, envejecidos y tristes los personajes "du Barbier de Séville" y "du Mariage de Figaro". Como en esa época las preocupaciones y cuidados eran enormes, esta pieza pasó completamente desapercibida.

Beaumarchais estaba ya muy viejo y tuvo la mala ocurrencia de mandar construir a fines de 1788 una casa lujosísima, precisamente enfrente de la prisión de La Bastilla. Le costó la fabulosa suma de un millón y medio. Para el gran salón empleó al decorador Hubert-Robert, el cual le colocó una enorme cúpula de diez metros de altura. La Sala de billar estaba rodeada de altas y hermosas tribunas para que desde allí, el público pudiese admirar la destreza del amo de la casa. Tenía este palacio más de doscientas ventanas; el jardín era de una magnificencia inigualable, aunque de un gusto no muy refinado. Tenía kioscos, riachuelos, y estatuas alegóricas en las cuales se distinguía especialmente la "Cladateur Combattant", o sea el símbolo de una vida como la suya consagrada a luchar siempre por la verdad. Tenía un puente chino, un templo griego, fuentes inglesas, etcétera, y pensemos que el rédedor de este lujosísimo palacete, el pueblo de París y todas aquellas magníficas obras de arte que decoraban la puerta, en un día fueron hechas pedazos.

El 15 de julio de 1789, es decir al día siguiente de la toma de La Bastilla, hubo alguien que denunció a Beaumarchais como acaparador de armas, sin permiso del Gobierno. El 24 del mismo mes, llegó otra acusación en contra del escritor como monopolizador de semillas. Continuamente éste se veía obligado a defenderse en todas las formas posibles y pagar enormes cantidades para conservar su libertad. En menos de un mes lo multaron cuatrocientas veintidós veces y aparte de esto, perdió completamente el sentido del oído. Sin embargo esa pasmosa actividad que hemos a través de toda su existencia, no disminuyó ni por un instante. En varias ocasiones estuvo a punto de perder su preciosa vida. El 11 de agosto de 1792, o sea, al día siguiente de haber caído definitivamente su

Majestad Luis XVI, una multitud enorme invadió su palacete, busca por todas partes y destruyendo todo, con el fin de encontrar armas y valores. Casi no le robaron nada, solamente muchas de sus obras de arte fueron casi destruidas. Después de esto se inició un proceso verbal, en el cual se daba a conocer que no se había encontrado nada sospechoso en la casa del ciudadano Pierre-Augustin-Caron de Beaumarchais. A pesar de esto el escritor no quiso dormir en su casa las noches siguientes, sino que se fué a casa de unos amigos.

Algunos días después Beaumarchais fué de nuevo acusado de acaparador de armas y encarcelado. No se le encontraron pruebas suficientes para condenarlo, pero el ciudadano Marat lo dejó algunos días más en prisión. La terrible carnicería del mes de septiembre ya estaba cerca, y poco antes de esto el gran autor dramático fué libertado por un señor llamado Manuel. Se refugió en el campo, y regresó a París el 9 de septiembre, de incógnito. Optó al fin por pedir permiso de salir de Francia para ocuparse de un negocio de armas que lo tenía muy preocupado de algunos meses antes.

El 16 de marzo de 1792 un conocido suyo de origen Belga, le propuso que le comprara una carga de sesenta mil fusiles que se encontraban en Holanda. Beaumarchais no tenía muchos deseos de aceptar esta propo- sición pues era muy expuesto emprender una empresa tan arriesgada en esa época tan difícil. Comprendía que si los enemigos descubrían el comercio, infaliblemente el pueblo lo declararía culpable. Sin embargo compró los fusiles y arregló con el Ministro de la Guerra, una venta-compra. Las calamidades, a pesar de todo, no dejaban descansar a este hombre incansable. Estalló una guerra entre Francia y Austria y tuvo que luchar arriesgando su vida y toda su fortuna, para poder lograr que fueran de Holanda los ya citados fusiles. Los Ministros de la Guerra sucedían sin interrupción, y entre ellos fué nombrado un gran enemigo suyo apellidado Clavière que desde luego trató de perjudicarlo. En septiembre de 1792, Beaumarchais obtuvo el permiso de ir a Holanda. Llegó primero a Londres, donde consiguió que un buen amigo suyo facilitara una suma de dinero y después se dirigió hacia Amsterdam, donde llegó el 7 de octubre; allí no solamente no consiguió lo que deseaba sino que supo con sorpresa que iba a ser detenido. Se escapó de Holanda y se dirigió a Inglaterra donde le dieron intempestivamente la mala noticia de que había sido acusado de alta traición por el Gobierno de su p



Mlle Olivier  
réatrice du rôle de  
Chérubin.

6

Vous êtes prié d'assister au convoi funèbre de  
 Citoyen CARON BEAUMARCHAIS, d'âge de 67 ans,  
 décédé en son domicile, Porte-Antoine, le 30 Mars, an  
 7 qui se fera le 31 dudit mois à 9 heures du matin.

*De la part de la Citoyenne BEAUMARCHAIS sa Femme,  
 & son fils, & de ses Enfants.*

Rédaction du faux par les obsèques  
de Beaumarchais  
(Avril 1790)



M. de Beaumarchais  
citoyen de Paris  
le 30 Mars 1790

o País, como es de suponerse intentó ir a Francia para justificarse. Pero el que se decía su amigo, no quiso que diera este paso y lo acusó de deudor con él, haciéndolo encarcelar. Sin embargo Beaumarchais, con grandes trabajos juntarle la suma que le debía, que ascendía a cincuenta mil francos, y en seguida, salió con destino a Francia en febrero de 1793. Como hemos visto a través de las horas amargas de su vida, volvió a escribir otra memoria llena de violencia, una violencia tan desusada en aquellos tiempos que sus acusadores no tuvieron otro remedio que reírse, muy impresionados. Mientras tanto se descubrió que los fusiles de Beaumarchais hacían mucha falta a la Convención. Entonces fué enviado, el 28 de junio de 1793 a Londres, a Brujas, a Nimega, a Namur, a Colonia y a muchos otros lugares. En tanto que él hacía todos estos viajes sirviendo la causa revolucionaria, sus enemigos que por desgracia nunca le fallaban, lo apuntaron en la lista de los emigrados. Su esposa y una de sus hermanas, fueron hechas prisioneras mientras que los ingleses confiscaban sus fusiles. El escritor quedó otra vez sin ningún recurso y pedía salir a los Estados Unidos de América, que le reintegraran la gran cantidad de dinero que le debían.

Enfermo, decepcionado y completamente solo vivió una vida miserable en Lübeck y después se retiró a Hamburgo donde ocupaba una miserable buhardilla y pasaba momentos llenos de amargura y de tristes recuerdos. Al fin a mediados de julio de 1796, Beaumarchais obtuvo el permiso de volver a su amado País, y allí siguió su vida activa a pesar de tantos reveses y pobreza. Todavía se interesó por proteger a un inventor de globos aerostáticos, y tenía el proyecto descabellado de construir un túnel en el Istmo de Panamá. Nunca perdió su carácter alegre y oportuno, se dice que en su lecho de muerte, todavía componía graciosos versos ayudado por su hermana Julie. Continuamente escribiendo, batallando, concibiendo en su privilegiado cerebro ideas geniales, llegó al fin de su existencia. Murió este hombre extraordinario víctima de un ataque de apoplejía, el 18 de mayo de 1799, cuando contaba 67 años de edad.

Hemos visto, a través de esta existencia agitada, movida y llena de triunfos, de vicisitudes y sorpresas a Beaumarchais, que durante su vida desempeñó puestos muy variados y diferentes. Primero lo hemos conocido cuando era el niño inquieto y mimado de su hogar; más tarde al adolescente precoz y enamorado que comenzaba a desviarse y que ansiaba conocer la vida; luego a los 20 años convertido en el hábil relojero que

pasaba a las multitudes por su raro ingenio y por su invento sin ig más tarde músico inspirado y lleno de nobles sentimientos y, notable a dramático, comerciante famoso, gran financiero, juez forestal, habilísi= diplomático, editor en grande escala, traficante en armas y quién s; cuantas cosas más. Es notable en este hombre su carácter siempre ig y dispuesto a divertirse y a defenderse valientemente en cuanto se pres taba la ocasión. Su personalidad es muy fuerte, profunda y variada. sensibilidad exquisita y llevada a todos los arranqus, a todas las circu= tancias, a todas las contradicciones y a todos los reverses de fortuna.

Las mujeres bellas y las aventuras galantes aparecen continuame a lo largo de su historia en las formas más diferentes y llenas de col No se sabe, sin embargo, cuál fué precisamente la verdadera dueña su corazón. Tan poco podemos decir con certeza, cuál fué la idea, c fué la empresa o la obra a la que se halla consagrado completamente. ¿ entusiasmos eran muy grandes pero tampoco podemos definir hasta c punto eran sinceros. No podemos definir cuál fase de su vida es la n interesante. A través de sus escritos hay una filosofía profunda y verda ra. Su inteligencia era tan extraordinaria que tal vez ni él mismo se p día comprender. Su actividad era verdaderamente arrolladora. Era inc= sable y parecía que todo lo ejecutaba a la vez. Nadie ha podido explica cómo podía acaparar tantos asuntos de índoles distintas: amores, ne; cios, procesos, comedias, escritos, proyectos descabellados, detalles queños, etcétera, en los cuales se lanzaba con ansia infatigable. Y to esto y más lo hacía siempre alegre, sonriendo, con extrema delicade contagiando de su buen humor y optimismo a todos los que tenían suerte de tratarlo. Para él, no existía en el mundo cualidad más bella q= la alegría sana; añadamos a esto un corazón magnánimo y una volunt firme acompañadas de un corazón siempre dispuesto a proteger y a ay= dar a sus semejantes. Si hemos visto que Beaumarchais llegó a ser pos= dor de grandes fortunas y ocupó puestos elevadísimos y ser uno de los critores más notables de su época, también lo hemos visto asediado cc= tinuamente por las dificultades y decepciones más grandes que pue tener un hombre. En algunas ocasiones, quizás nos haya parecido un p= co alocado y de poco juicio; sin embargo si lo analizamos detenidamen= veremos con facilidad que estaba dotado de una energía, de una persev= rancia y sobre todo de un talento poco comunes. Vemos como sucesiv= mente fué deshonrado, acusado falsamente, calumniado, procesado y p=



—uido por toda clase de enemigos y a pesar de esto, nunca perdió su  
—enidad, presencia de ánimo y espíritu optimista. Las situaciones más  
—igrosas fueron aceptadas por él siempre con un estoicismo verdadera-  
—nte increíble. Lo hemos visto en plena juventud y casi sin experiencia  
—rentarse al viejo y astuto relojero Lepaute y triunfar a pesar de todo.  
—is tarde luchar valientemente contra el malvado Clavijo y después con-  
—La Blache. En el ruidoso asunto del Consejero Goëzman, y en infini-  
—l de otros momentos críticos de los que siempre salió avante gracias  
—u arrojo e inteligente decisión.

Su familia lo adoraba y veía en él un padre y bienhechor, y vemos  
—nbién como él en todo momento se preocupó por ayudarla y darle to-  
—lo necesario.

Fué Beaumarchais un hijo modelo, esto lo hemos dicho antes cuan-  
—citamos aquellas cartas llenas de amor filial que dirigía a su padre y  
—las respuestas de éste. Como por ejemplo:

—'ú me recommandes modestement de t'aimer un peu; cela n'est pas  
—ssible, mon cher ami; un fils comme toi n'est pas fait pour n être aimé  
—'un peu d'un père qui sent et qui fait pour comme moi... Honneur de mes  
—eveux gris, mon fils, mon cher fils, par ou ai-je mérite de mon Dieu  
—grâces dont il me com ble dans mon cher fils? Père de tes soeurs,  
—ni et bienfaiteur de ton pere, si l'Angleterre a son Grandisson, la France  
—son Beaumarchais".

A pesar de que Beaumarchais poseía un corazón muy noble y senti-  
—mentos delicados, tampoco podemos decir que fuera débil, ni que se de-  
—a cuando alguien trataba de abusar de él o de quitarle sus derechos.  
—a modesto y al mismo tiempo su porte era majestuoso y arrogante. Su  
—teligencia clarísima e iluminosa se traducía por sus ojos hermosos y de  
—irada penetrante y profunda. Para todos los trabajos que emprendía,  
—destreza, habilidad y pronta comprensión no tenía límite. Fué sin  
—largo, en una que otra ocasión, un poco feto de buen gusto y de sen-  
—lo crítico. Su gran sinceridad le hacía reconocer y confesar sus errores,  
—no pocas veces trató de corregirlos inmediatamente. Esto lo vemos cla-  
—mente en sus obras dramáticas. También en sus "Memorias" celebéri-  
—as contra Goëzman, que le fueron corregidas y aumentadas por su pro-  
—a familia.

Su táctica, gusto refinado y predilección por las cosas buenas y be-

llas, las vemos, sin ir más lejos en ese magnífico palacio que construyó en el barrio de Saint-Antoine, poco antes de que estallara la Revolución Francesa.

En sus aventuras amorosas, en cambio, podemos ver que Beaumarchais fué poco delicado y nada espiritual. Reunió a la actividad, bondad e inteligencia de que ya hemos hablado, pereza y maldad, aunque es parezca contradictorio. Su innata inquietud hizo que nunca pudiera consagrar una larga época de su vida a la misma empresa. Por lo que nunca se especializó en una sola cosa. Conoció de todo, sin profundizar ni oficina ni carrera ni ocupación ninguna. A pesar de esto en todo lo que emprendió obtuvo en innumerables ocasiones triunfos grandiosos y sorprendentes. En cualquier arte que empezaba a conocer, al poco tiempo era más hábil que sus mismos maestros. Su intuición era maravillosa y más aún su genio. Siempre buscó la fortuna y el éxito, y como antes dije tenía verdadera pasión por las riquezas. No era nada escrupuloso cuando se trataba de contentar sus pasiones o sus placeres. Algunas veces fué idealista y soñador. En algunas ocasiones, sus mayores entusiasmos coinciden con sus intereses; y la mayoría de sus grandes proyectos era descabellada, fantásticos y aún irrealizables.

Como político, fué también hábil e inteligente. Su audacia es muy grande ya lo hemos visto al citar algunas de sus piezas como: "Le Mariage de Figaro". No cabe duda que mucha parte de su buena reputación se debe al atrevimiento y audacia que siempre desplegó en materia social; y en que siempre tarde o temprano salió como ya sabemos de un medio burgués, y supo hábilmente introducirse en la mejor sociedad de su época.

Para él, el lema "igualdad" era importantísimo como lo vemos en la "Memoria" de 1778 contra el Conde de La Blache así como "Fraternidad".

Verdaderamente podemos decir que Beaumarchais fué un revolucionario cuando le tocaron muy directamente las injusticias de la sociedad de su tiempo. Uno de sus críticos lo indica de la siguiente manera:

"Il ne veut ni bouleverser la société, ni changer la constitution l'Etat; non! mais il a de grands abus dont il a souffert! Il croit la noblesse une excellente institution; mais à Versailles des nobles liu ont crûmer-

relé l'état de son père, puis un gentilhomme a voulu le dépourvoir de son bien et lui-même en sollicite, au besoin; mais en vertu d'un ordre arbitraire, on l'a incarcéré au Fort-l'Évêque! Et le voilà qui crible les abus de privilèges, s'élève contre les lettres de cachet, se venge des gentilshommes et berne les magistrats. Puis un jour, il constate avec surprise que ses représailles ont dépassé le but. La Bastille est démolie. Gentilshommes et magistrats sont traqués par les patriotes. . .”

La obra de este hombre tiene una gran influencia revolucionaria y prueba la tenemos en el desarrollo que tuvo durante ese tiempo. Es notable en su drama filosófico “Tarare” que tiene ideas completamente nuevas. Nació Beaumarchais durante el Antiguo Régimen, y murió precisamente cuando nacía el Nuevo.

En realidad es difícil definir la verdadera personalidad de este hombre pues sus rasgos cambian constantemente. En varias ocasiones, tuvo que rehacer completamente su perdida fortuna. En su juventud para él que todo era muy fácil y le sonreía, sin embargo, no cesamos de ver en su edad madura y en los últimos años de su existencia, penas inmensas y pruebas dolorosas. No nos explicamos por qué el público que lo rodeaba y que era atraído y muchas veces deslumbrado por su gran personalidad, se encontraba al mismo tiempo, completamente desanimado y opuesto contra él. Vemos también que Beaumarchais tiene a la vez gran cantidad de admiradores y de terribles enemigos. En ocasiones no se le tomó en serio, precisamente por ese carácter burlón y satírico que lo caracterizó siempre. Su vida misma podemos asegurar que no le enseñó nada. Hasta la edad de 67 años que duró su existencia, notamos continuamente alternativas de falsedad y de verdad, de brillantez y de obscuridad, de éxitos ruidosos y de fracasos rotundos.

Tal es la característica de este hombre que ocupa un lugar único y muy especial en la Historia de la Literatura Francesa.

## EUGENIE

Eugénie es la primera pieza de Pierre Augustin Caron de Beaumarchais. Es muy interesante y constituye el verdadero tipo de comedia “laroyante”, que por cierto interesó tanto a las personas sentimentales durante el Siglo XVIII.

Como todos los grandes escritores, Beaumarchais, nunca se cansa de revisar esmeradamente y de conseguir sus trabajos.

De "Eugénie", se conservan aún siete largos manuscritos, que el autor fué escribiendo sucesivamente, hasta que al fin, produjo hacia 1770 "Eugénie" ou la "Vertu au désespoir, tragédie domestique".

La primera representación de esta pieza no tuvo casi ningún éxito; la censura la juzgó séveramente y varias de sus escenas fueron calificadas de escandalosas.

Según su costumbre Beaumarchais, modificó su pieza, ante la opinión popular y en la segunda representación consiguió mucho más aceptación que en la primera.

La escena se desarrolla en Londres. "Eugénie" es la hija del rico barón de Hartley y está profundamente enamorada del Conde de Clarendon. Este sin embargo, depende directamente de un tío suyo inmensamente rico, que se ha empeñado en casarlo ventajosamente.

Mme. Murer, tía de Eugénie, aconseja a los jóvenes enamorados que se casen secretamente. El Conde sin vacilar, simula un matrimonio y hace que sus sirvientes se disfracen de sacerdotes y de testigos. "Eugénie" cree de veras estar bien casada y se entrega completamente al Conde. Barón de Hartley, ignora lo sucedido y se empeña en casar a su hija con un amigo suyo.

El carácter del Conde de Clarendon, decidido y hondamente sentimental, se revela claramente en la escena que sigue.

EUGENIE, baissant les yeux — Je n'ai plus qu'une plainte a faire, me la pardonnerez-vous, Milord?

LE COMTE — Ne me cachez rien, je vous en conjure.

EUGENIE, avec embarras — Un coeur sensible s'inquiete de tout. Il m'a semble voir dans vos lettres un espece d'affectation a éviter, et m'honorer du nom de votre femme. J'ai craint...

LE COMTE, un peu décontenance — Ainsi donc, on me reduit a justifier ma delicatessse même. Vos soupçons m'y contraignent; je ferai. (Prenant un ton plus rassuré) Tant que je fus votre a mant, Eugénie je brulai d'acquérir le titre précieux d'époux; marié, j'ai cru devoir

oublier les droits, et ne jamais faire parler que ceux de l'amour. Mon but, à vous épousant fut d'unir la douce sécurité des plaisirs honnêtes aux charmes d'une passion vive et toujours nouvelle. Je disais: Quel lien que celui qui nous fait un devoir du bonheur!... Vous pleurez, Eugénie!

EUGENIE, lui tendant les bras et le regardant avec passion Ah! laissez-les couler... La douceur de celles-ci efface l'amertume des autres. Ah! mon cher époux! la joie a donc aussi ses larmes!

LE COMTE, troublé — Eugénie!... (A part) — Dans quel trouble me me jette!

El Barón de Hartley se enterá por un amigo, de que el Conde de Larendon proyecta abandonar a su amante y casarse con una joven riquísima y heredera de una gran fortuna. "Eugénie", al saber tan poco grata nueva, confiesa todo a su padre, presa de una gran confusión.

LE BARON, Tu es ressortie, mon enfant; ton état m'inquiète.

EUGENIE, a part — Que lui dirai-je? (Elle veut se lever, son père fait rasseoir)

LE BARON, avec bonté — Tes yeux sont trougés: tu as pleuré. Mais leur t'aura sans doute...

EUGENIE, tremblante — Non, non Monsieur; ses bontés et les autres seront toujours présentes à ma mémoire.

LE BARON — Ta tante prétend que je t'ai affligée tanto. Je badinais avec le Capitaine, et le tout pour la contrarier un moment: car elle est engouée de ce Milord, qui franchement est bien le plus mauvais sujet... Dès qu'on en dit un mot, elle vous saute aux yeux. Que nous importe qu'il se soit amusé d'une folle, et qu'il l'ait abandonnée? Ce n'est pas la dernière. On ferait peut être mieux de ne pas rire de ces choses-là; mais lorsqu'elles n'intéressent personne, et que les détails en sont plaisants... C'est une drôle de femme avec son esprit. Au reste, si notre conversation t'a déplu, je t'en demande pardon, mon enfant.

EUGENIE, à part — Je suis hors de moi!

LE BARON, tirant un siège auprès d'elle, et la baisant avant de rasseoir — Viens, mon Eugénie, baise-moi. Tu es sage, toi, honnête, douce: tu mérites toute ma tendresse.

EUGENIE, (troublée) — Mon père!

LE BARON?, (attendri) Qu'as-tu, mon enfant? Tu ne m'aimes plus du tout.

EUGENIE, (se laissant tomber à genoux) — Ah ! mon père!

LE BARON, (vivement) Qu'avez-vous donc, Miss? Je ne vous reconnais plus.

EUGENIE, (tremblante) — C'est moi...

LE BARON, (vivement) — Quoi c'est moi.

EUGENIE, (éperdue) — Vous la voyez...

LE BARON, (Brusquement) — Vous m'impatientez. Qu'est-ce que je vois?

EUGENIE, (morte de frayeur) — C'est moi... Le Comte... Mon père...

LE BARON, (avec violence) — C'est moi... Le Comte... Mon père. Achevez: parlerez-vous? (Eugénie se cache la tête entre les mains de son père sans répondre) — Seriez-vous cette malheureuse?

EUGENIE?, (sentant que les soupçons vont trop loin, lui dit d'un voix étouffée par la crainte) — Je suis mariée.

LE BARON se lève et la repousse avec indignation — Mariée Sans mon consentement! (Eugénie tombe: un mouvement de tendresse fait courir le Baron à sa fille pour la relever)

Viene en seguida Madame Murer, y logra convencer a su hermano el Barón de Hartley acerca de la unión de Eugénie con el Conde de Clarendon.

MADAME MURER — Quel vacarme ! quels cris! A qui en avez-vous donc, Monsieur?

LE BARON (relevant tendrement sa fille, la jette sur un fauteuil et reprend toute sa colère) — Ma soeur, ma soeur, laissez-moi. Je vous ai confié l'éducation de ma fille; félicitez-vous: l'insolente Miss mariée l'insu de ses parents!

MME. MURER, (foridement) — Oui, je le sais.

LE BARON, (en colère) Comment, vous le savez?

MME. MURER, (froidement) — Oui! je le sais.

LE BARON — Et qui suis-je donc, moi?

MME. MURER, (froide) — Vous êtes un homme très violent, et plus déraisonnable gentilhomme d'Angleterre.

LE BARON, (étouffant de fureur) — Eh mais... Eh mais, vous seriez mourir avec votre sang-froid et vos injures. On m'ose déclarer...

MME. MURER, (fièrement) — Voilà son tort. Je le lui avais défendu. C'est par là seulement qu'elle mérite tout l'effroi que vous lui causez.

EUGENIE, (pleurant) — Ma tante, vous l'irritez encore. Suis je si malheureuse!

MME. MURER, (fièrement) — Laissez-moi parler, Milady.

LE BARON — Milady?

MME. MURER — Oui, Milady; et c'est moi qui l'ai mariée de mon droit privé au Lord Comte de Clarendon.

LE BARON, (outré) — Avec ce Milord?

MME. MURER — A lui, même.

LE BARON — Je devais bien me douter que votre misérable vani-

MME. MURER, (s'échauffant) — Quelles objections avez-vous à

LE BARON — Contre lui? Mille. Et une seule les renferme toutes: c'est un libertin déclaré.

MME. MURER — vous en avez fait tantôt un éloge si magnifique.

LE BARON — Il est bien question de cela! Je louais son esprit, sa force, un certain éclat, des avantages qui le distinguent, mais qui me feraient redouter plus qu'un autre, dès qu'il en abuse au mépris de mœurs et de sa réputation.

MME. MURER — Vous êtes toujours outré. Eh! bien, il s'est autrefois permis des libertés qu'il est le premier à condamner aujourd'hui: c'est un homme plein d'honneur.

LE BARON — Avec les hommes, et scélérat avec les femmes: voilà le mot. Mais votre sexe a toujours eu dans le cœur un sentiment secret de préférence pour les gens de ce caractère.

EUGENIE, (tout en larmes) — Ah! mon père! si vous le connaissiez mieux, vous regretteriez.

LE BARON — C'est toi qui pleureras de l'avoir méconnu... Une femme juger son séducteur!

MME. MURER — Mais moi?

LE BARON, (furieux) — Vous?... Vous êtes mille fois...

MME. MURER — Point de mots, des choses!

LE BARON, (avec feu) — C'est un homme incapable de rem sur sur un genre de fautes dont la multiplicité seule faite ses délices; mentant de gaieté de coeur dans la famille d'autrui des désordres feraient son désespoir dans la sienne; plein de mépris pour toutes femmes, parmi lesquelles il cherche ses victimes ou choisit les comp. de ses dérèglements.

MME. FURER — Mais vous conviendrez que sa femme est moins exceptée de ce mépris général; et plus vous reconnaissez de mé à votre fille, plus elle est propre à le ramener.

LE BARON — Je vous remercie pour elle, ma soeur. Ainsi de le bonheur que vous lui avez ménagé est d'être attachée au sort d'un h me sans moeurs, de partager les affections banales de son mari avec vi taine, à répandre des larmes dont il aura peut-être la bassesse de faire triomphe à ses yeux; la fille la plus modeste est devenue l'esclave à libertin dont le coeur corrompu regarde comme un ridicule la tendr et la fidélité qu'il exige de sa femme. Je te croyais plus délicate, Eugé

EUGENIE, (d'un ton du ressentiment que le respect réprime) En vérité, Monsieur, je me flatte que jamais le modèle d'un portrait : si vil n'aurait été dangereux pour moi.

MME. MURER, (avec impatience) — Mais c'est que le Cor n'est point du tout l'homme que vous dépeignez. Peut-être a-t-il, dans le de la première jeunesse, un peu trop négligé de faire parler avantageusem de ses moeurs; mais...

LE BARON — Et quel garant a pu vous donner pour l'avenir ce qui jusqu'à présent a méprisé la censure publique sur le point le plus portant?

MME. MURER — Quel garant ! Tout ce qui inspire la confiance, mente l'estime et augmente la bonne opinion; la franchise de son caract qui le rend supérieur au déguisement, même dans ce qui lui est contra la noblesse de ses procédés avec ses inférieurs; sa générosité pour ses donn tiques, et la bonté de son coeur, qui le porte à soulager tous les malheure

EUGENIE, (avec amour) — Ce n'est pas un ennemi de la vertu, vous assure, mon père.



LE BARON — Voilà comme on érige tout en vertu dans ceux qu'on défend. Il est humain, il est grand, généreux, obligeant: tout cela n'est-il pas bien méritoire? Amenez-moi quelqu'un pour qui ces choses là soient pas un plaisir? Et qu'en voulez-vous conclure?

MME. MURER — Qu'un homme aussi noble, aussi bienfaisant pour le monde, ne peut pas devenir injuste et cruel uniquement pour l'objet de son amour.

LE BARON?? (adouci) — Je le voudrais, mais...

EUGENIE — Ne lui faites pas je vous prie, le tort d'en douter.

LE BARON, (plus doucement) — Mon enfant, l'âme d'un libertin inexplicable; mais tu te flattes en vain d'un changement de conduite. Les plaisanteries du Capitaine sur sa dernière aventure n'avaient pas rapport à des temps antérieurs à son mariage avec toi.

MME. MURER — C'est où je vous attendais. Tout cet amer badinage porté sur votre fille, dont l'union mystérieuse a donné jour à mille fausses conjectures; mais quand vous saurez qu'il l'adore...

LE BARON, (haussant les épaules) — Il l'adore: c'est encore un de leurs termes, "adorer". Toujours au delà du vrai. Les honnêtes gens trompent leurs femmes; ceux qui les trompent les adorent: mais les femmes veulent être adorées.

MME. MURER? (du ton de quelqu'un qui croit en dire assez) — Vous penserez différemment, lorsque vous apprendrez qu'un gage de la plus parfaite union...

LE BARON — Comment?

MME. MURER — lorsqu' avant peu...

LE BARON, (à sa fille) — Bon! Est-ce qu'elle dit vrai?

EUGENIE, (fléchissant le genou) — Ah, mon père! Comblez par votre bénédiction le bonjour de votre fille.

LE BARON, (la relevant avec tendresse) — Réellement? Eh bien... Eh bien... Eh bien, mon enfant, puisque c'est ainsi j'approuve tout.

(A part) Aussi bien est-ce un mal sans remède.

EUGENIE — De quel poids mon coeur est soulagé!

MME. MURER, (avec joie) — Milady, embrassez votre père.

LE BARON, (baisant Eugénie) — Laisse là Mialdy: sois toujours ton Eugénie.

EUGENIE, (avec feu) — Foute la vie, mon père!

Al terminar el acto tercero, Madame Murer resuelve inteligentemente la situación.

MME. MURER) — Un père en fureur qui ne connaît plus rien; une fille au désespoir qui n'écoute personne; un amant scélérat qui comble mesure... Quelle horrible situation! (elle rêve un moment) Vengeur soutiens mon courage! Je vais écrire moi même au Comte: s'il vient Traître, tu payeras cher les peines que tu nous causes!

El Barón ha tomado la resolución de ir a postrarse a los pies del F para implorar justicia.

LE BARON — Le Roi est juste; à ses pieds, toutes ces différences d'état ne sont rien, ma soeur; il n'y a d'élevation que pour celui qui regarde d'en bas; au-dessus tout est égal, et j'ai vu le Roi parler avec bonté moindre de ses sujets comme au plus grand.

La enérgica Madame Murer finge amenazar de muerte al conde Clarendon, si no se casa legalmente con Eugénie. Sigue una fuerte y gloriosa intriga y al fin el amor que el Conde siente por Eugénie, triunfa definitivamente: Se arrepiente con gran sinceridad de sus errores, y logra obtener que su tío renuncie al ventajoso casamiento que trataba de imponerle. En seguida pide perdón a su amada Eugénie. La conmovedora escena de este perdón viene a continuación.

LE COMTE — L'ambition m'égarait, l'honneur et l'amour me ramènent à vos pieds... Nos beaux jours ne sont pas finis.

EUGENE (D'UNE VOIX FAIBLE? LENTE ET COUPEE) C'est vous!... J'ai recueilli le peu de forces qui me restent pour vous répondre. ne m'interrompez point... Je rends grâce à la générosité de Milord Duc je vous crois même sincère en ce moment... mais l'état humiliant dans lequel vous n'avez craint de me plonger... l'opprobre dont vous avez couvert celle que vous deviez chérir, ont rompu tous les liens...

LE COMTE, (vivement) — N'achevez pas. Je puis vous être odieux mais vous m'appartenez, mes forfaits nous ont tellement unis l'un à l'autre.

EUGENIE, (douloureusement) — Malheureux! qu'osez-vous rappeler

LE COMTE, (avec feu) — J'oserai tout pour vous obtenir. Au défaut d'autres droits, je rappellerai mes crimes pour m'en faire des titres. O

—is êtes a moi. Mon amour, les outrages dont vous vous plaignez, mon entir, tout vous enchaîne et vous ôte la liberté de refuser ma main; vous vez plus le choix de votre place, elle est fixée au milieu de ma famille: errogez l'honneur, consultez vos parents, ayez la noble fierté de sentir que vous vous devez.

LE BARON?, (au Comte) — Ce qu'elle se doit est de refuser l'offre e vous lui faites. Je ne suis pas insensible à votre procédé, mais j'aime eux la consoler toute ma vie du malheur de vous avoir connu que de la er à celui qui a pu la tromper une fois. Sa fermeté lui rend toute in estime.

LE COMTE, (pénétré) — Laissez-vous toucher, Eugénie; je ne surrais pas à des refus obstinés.

EUGENE (veut se lever pour sortir, sa faiblesse la fait retomber —ise) — Cessez de me tourmenter par de vaines instances; le parti que pris est inébranlable. J'ai le monde en horreur!

LE COMTE, (regardant autour de lui, s'adresse enfin à Madame urer) — Madame, je n'espere plus qu'en vous.

MME. MURER, (fièrement) — Je consens qu'elle vous pardonne, vous pouvez vous pardonner à vous-même.

Las palabras con que el Barón pone fin a la pieza, encierran una gran diduria:

“N'oubliez jamais qu'il n'y a de vrais biens sur la terre que dans l'exercice de la vertu”.

En esta obra primera de Pierre Augustín Caron de Beaumarchais, encontramos páginas llenas de belleza y nobles ideas, así como otras en extremo audaces y atrevidas.

El desenlace consiste precisamente, en el triunfo del amor verdadero. El autor ha conseguido con esa habilidad que le es característica, realizar de una manera admirable la pintura de sus personajes.

El Barón de Hartley, distinguido, elegante, humano. El Conde de Clarendon, ligero, libertino y ardiente, ocultando, bajo sus malas costumbres, un noble y generoso corazón.

Eugénie, sencilla y delicada, llena de sana alegría. Su ingenuidad, la hace víctima de las intrigas del Conde.

Madame Murer, es otro retrato magnífico que hace el autor. Es una mujer enérgica, decidida y de elevada inteligencia, que consigue lo que propone.

Esta pieza primera de Beaumarchais encierra sin duda alguna, un cúmulo de ideas nuevas, ya el espíritu infatigable del escritor empieza a alinearse a través de ella. (1)

## LES DEUX AMIS

1770

Les deux Amis", es nada menos que la segunda pieza teatral de Beaumarchais, que fué representada por vez primera a principios de 1770 constituyó el más rotundo de los fracasos. Después de once representaciones sucesivas, el interés del público por esta obra se extinguió completamente. A pesar de todo, esta pieza no carece de interés, y de escenas atrevidas.

El desarrollo de la escena tiene lugar en la bella ciudad de Lyon. Los dos amigos son: el recaudador de impuestos, apellidado Mélaç y negociante Auréllý. El hijo de Mélaç y Pauline, la joven hija de Auréllý se han enamorado perdidamente uno del otro. El rico negociante, se encuentra de repente seriamente amenazado de quiebra, a causa de la muerte del depositario de sus bienes en París.

Mientras tanto llega Sain-Alban, hacendado general y pretendiente de Pauline, el cual reclama a Mélaç el dinero de los impuestos. Este no quiere entregárselos, pues como buen amigo, quiere con él salvar a Auréllý. Pauline suplica con instancia a su padre que pague; en bien de Mélaç y Auréllý, da como única respuesta, que todo su dinero pertenece sólo a su hija querida. Después confiesa con gran naturalidad los siguientes detalles:

AURELLY — Je fus jeune et sensible autrefois. La fille d'un gentilhomme peu riche à la vérité, m'avait permis de l'obtenir de ses parents. Ma demande fut rejetée avec dédain. Dans le désespoir où ce refus nous mit, nous n'écoutâmes que la passion. Un mariage secret nous unit. Ma

---

(1) EUGENIE. Acto 1o. Escenas IV, V, VI, X, XII

— famille hautaine, loin de le confirmer, renferma cette malheureuse vic-  
— te et l'accabla de tant de mauvais traitements qu'elle perdit la vie en  
donnant à une fille... Que les cruels déroberent à tous les yeux.

PAULINE — Cela est bien inhumain!

AURELY — Je la crus morte avec sa mère: je les pleurai longtemps.  
fin j'épousai la nièce du vieux Chardin, celui qui m'a laissé cette maison  
commerce. Mais le hasard me fit découvrir ma fille vivante. Je lui  
donnai des soins. Je la retirai secrètement; et, depuis la mort de ma femme,  
pris tous les ans, sur ma dépense, une somme propre à lui faire un  
t indépendant du bien de mon fils. Voilà quelle est la malheureuse  
— propriétaire de ces cent mille écus; crois-tu, mon enfant, qu'il y ait un  
côté plus sacré?

PAULINE — Non, il n'en est pas.

AURELY — Puis-je toucher à cet argent?

PAULINE — Vous ne le pouvez pas; pauvre Mélac! Mais vous êtes  
— endri; je le suis moi-même. Pourquoi donc cette infortunés m'estelle in-  
— connue? Pourquoi me faites-vous jouir d'un bien-être et d'un état qui lui  
— ez moi, mais ma fille ne pouvait y demeurer sans scandale; et celui qui  
manqué à ses moeurs n'en est pas moins tenu de respecter celles des  
— tres.

AURELLY — Tu connais le préjugé. Ma nièce est honorablement  
— refusés?

PAULINE, (avec chaleur) — Je brûle de m'acquitter envers elle  
— tout ce que je vous dois: allons la trouver. Jaisons-lui part de nos peines.  
— le est votre fille; peut-elle n'être pas compatissante et généreuse?

AURELLY — Què dis-tu, Pauline? Tout son bien! le seul dédom-  
— agement de son infortune, tu veux le lui arracher?

PAULINE — Nous aurons fait notre devoir envers nos amis.

AURELLY — Elle se doit la préférence.

PAULINE — Elle peut nous l'accorder.

AURELLY — Mettez-vous en sa place... Une telle proposition...

PAULINE — Ah! comme j'y répondrais!

AURELLY — Si elle nous refuse?

PAULINE — Nous ne l'en aimerons pas moins; mais n'ayons aucun  
— proche à nous faire.

AURELLY — Tu l'exiges?

PAULINE?, (vivement—) — Mille, mille raisons me font un devoir de la connaître.

AURELLY, (d'une voix étouffée) — Ah! ma Pauline!

PAULINE — Qu'avez-vous?

AURELLY — Ta sensibilité m'ouvre l'âme, et mon secret...

PAULINE — Ne regrettez pas de me l'avoir confié.

AURELLY — Mon secret... S'échappe avec mes larmes.

PAULINE — Mon oncle!

AURELLY — Ton oncle!

PAULINE — Quels soupçons!

AURELLY — Tu vas me haïr.

PAULINE — Parlez.

AURELLY — O précieux enfant!

PAULINE — Achevez!

AURELLY (lui tend les bras) Tu es cette fille chérie.

PAULINE (s'y jette à corps perdu) — Mon père!

AURELLY (la soutient) — Ma fille! ma fille! la première fois que me permets ce nom, faut-il le prononcer si douloureusement?

PAULINE (veut se mettre à genoux) — Ah, mon père!

AURELLY (la retient) Mon enfant... Console-moi: dis-moi que tu me pardonnes le malheur de ta naissance. Combien de fois j'ai gémi de t'avoir fait un sort si cruel!

PAULINE (avec grand trouble) — N'empoisonnez pas la joie que j'ai d'embrasser un père si digne de toute mon affection.

AURELLY — Eh bien! Ma Pauline! Ma chère Pauline! (car ta mère, que j'ai tant aimée, se nommait ainsi). Ordonne. Exige. Tu m'as arraché mon secret: mais pouvais-je disposer de ton bien sans ton aveu

PAULINE — C'est le vôtre, mon père. Ah! s'il m'appartenait!..

AURELLY — Il est à toi: plus des deux tiers est le fruit de l'économie avec laquelle tu gouvernes cette maison. Prescris-moi seulement la conduite que tu veux que je tiens aujourd'hui.

PAULINE (vivement) — Peut-elle être douteuse? Mon père, alle:

Prenez ce bien; offrez ces effets à Saint-Alban; qu'ils servent à le désarmer, à sauver nos amis.

Adrés, el rústico sirviente hace esta reflexión, a través de la cual se consigue ya el espíritu político de Beaumarchais.

ANDRE — Je voudrais que chacun ne fût pas plus égaux l'un que l'autre. Les Maîtres seraient bien attrapés!... Oui! et mes gages, qui me les paierait?

El infame Saint-Alban pide entonces la mano de la encantadora Pauline, aprovechando, el penoso momento. En la escena que viene a continuación, la joven confiesa a Saint-Alban, en forma delicada y magistral que ella ama sólo a Mélac.

PAULINE — Vous abusez de la reconnaissance que je dois à Monsieur de Mélac pour exiger ma main...

SAINT-ALBAN (s'assied) — Faites-moi la grâce de vous souvenir que mon amour n'a pas attendu cet événement pour se déclarer. Vous savez si j'ai souhaité vous devoir à vous-même et commencer ma recherche pour acquérir votre estime...

PAULINE — Que vous comptez pour assez peu de choses.

SAINT-ALBAN — Daignez m'apprendre comment je prouverais mieux ce que j'en fais.

PAULINE — Le voici, Monseigneur. Si vous croyez votre honneur compromis de rendre un compte rigoureux à votre Compagnie, puis-je espérer un homme qui ne paraît se souvenir de ses devoirs que pour les mépriser au premier goût qu'il veut satisfaire? Et, si vous avez feint seulement de croire à cette obligation pour vous en prévaloir ici, que penser de moi qui se joue de l'infortune des autres et fait dépendre l'honneur d'une jeune fille respectable du caprice de l'amour et des refus d'une jeune fille?

SAINT-ALBAN. (Un peu déconcerté) — Je n'ai à rougir d'aucun oubli de mes devoirs. Mais, en supposant que le désir de vous plaire eût été capable de m'égarer... je l'avouerai, Mademoiselle, je n'en attendais pas de vous le premier reproche.

PAULINE — Le premier! vous l'avez reçu de vous-même, lorsque vous avez mis votre silence à prix.

SAINT-ALBAN, (vivement) Mon silence! Quelque importance qu'on

y attache, il est promis sans conditions; et sans craindre pour vos amis vous êtes libre de me percer le coeur en refusant ma main.

PAULINE? (fermement) — Peut-être avez vous cru que j'ai quelque fortune, ou que mon oncle suppléerait...

SAINT-ALBAN (vivement) — Pardon si j'interromps encore; je suis déclaré sur ce point. De tous les biens que vous pourriez m'apporter je ne veux que vous: c'est vous seule que je désire.

PAULINE — Votre générosité, Monsieur, excite la mienne, car en a, sans doute, à vous avouer (quand je pourrais le taire) un me- de refus plus humiliant pour moi que le manque de fortune.

SAINT-ALBAN — Votre père m'a tout dit. (Pauline paraît ex- mement surprise) Je vous admire, et voici ma réponse: je suis indépenda- l'amour vous destina ma main; la réflexion en confirme le don, si votre co aussi libre que le mien vou est engagé; mais sur ce point seulement, j' exiger la plus grande franchise.

PAULINE — Vous agissez si noblement que le moindre détour rait un crime envers vous. Sachez donc mon secret le plus pénible. (Ils lèvent, Pauline soupire et baisse les yeux) Tout ma jeunesse passée a Mélac, la même éducation reçue ensemble, une conformité de princí- de talents, de goûts, peut-être d'infortunes...

SAINT-ALBAN, péniblement) — Vous l'aimez?

PAULINE — C'est le dernier aveu que vous devait ma reconn- sance.

SAINT-ALBAN — A quelle épreuve mettez-vous ma vertu?

PAULINE — J'ai beaucoup compté sur elle.

El final de la pieza, encierra una bella lección pues Saint-Alban, flexiona y sacrifica su pasión al conocer el heroísmo del viejo Mélac, q no vaciló en arriesgarlo todo, para salvar a su amigo Aurély. Es un be ejemplo de verdadera y estrecha amistad.

El argumento de esta pieza de Beaumarchais tiene gran semejan- con el de "César Birotteau" de Balzac. No cabe duda que ambas cons- tuyen la tragedia del vencimiento de un término fijado.

"Polyeucte" del inmortal Corneille, tiene también características





*Vue du jardin de Beaumarchais. — Au fond, la porte Saint-Antoine.  
(Gouache appartenant à M. Delarue de Beaumarchais.)*

a obra. Hasta el nombre de la principal protagonista: Pauline, es el mismo. (1)

## EL BARBERO DE SEVILLA

Pedro Agustín Carón de Beaumarchais es uno de los autores dramáticos franceses más célebres de su tiempo. Algunos de sus personajes han dado a ser prototipos de la especie humana, y muy especialmente Fígaro, el conocido Barbero de Sevilla, que le inspiró su gran obra del mismo nombre y que fué representada por vez primera en el Castillo de Etiope para los invitados del señor Lenormand, al que ya citamos en el capítulo anterior. A fines de 1772, esta ópera cómica, que constaba por entonces de cinco actos, llenos de chistes, epigramas y bufonadas de todas clases, fué llevada a la escena en Italia, mas sin obtener ningún éxito. Beaumarchais, sin embargo no se desanimó por este contratiempo; recogió su obra y la arregló y pulió lo más que pudo, suprimiendo además el último acto. Sólo así pudo conseguir que esta fuera aceptada y bien acogida por la Academia Francesa. El escandaloso asunto del Consejero Goëzman, que ya conocemos, coincidió precisamente con la representación de "El Barbero de Sevilla" en París, y la retardó considerablemente.

Por fin, el 23 de febrero de 1775 logró Beaumarchais presentar su obra ante el culto público parisiense, con los cinco actos que tuvo originalmente. Tampoco logró ningún éxito en esta segunda tentativa; pues no le encontró buen gusto, ni mucha gracia y sí demasiada monotonía. Cedió de paciencia el insigne autor y volvió a pulir y a componer cuidadosamente su pieza cómica, suprimiendo de nuevo el acto quinto que tantos trabajos y fatigas le había ocasionado.

El 26 de febrero del mismo año, fué un día gloriosísimo en la historia del gran escritor. La tercera representación de esta bellísima comedia, constituyó un éxito sin precedente y el más completo de los triunfos; el público lo aclamó con delirio y lo convirtió en su ídolo.

El autor de esta pieza magnífica, que puede contarse entre las obras maestras del Teatro Universal, tuvo la osadía de presentar en ella una

---

) LES DEUX AMIS. Acto 3o. escena V—Acto 4o. escena I—Acto 5o. escena IV.

serie de libertades, hasta entonces nunca vistas y mucho menos aceptadas en el Teatro de Francia.

El diálogo es perfecto y completamente original. Los personajes están escogidos en una forma tan ingeniosa e inteligente, que ni por momento decae el interés del espectador. Es de advertir que en aquella época, los autores franceses seguían con bastante frecuencia el movimiento del teatro español. Ya el immortal Molière, algunos años antes se había inspirado al escribir, en obras de autores españoles, especialmente Tirso de Molina.

El tema que trata Beaumarchais en su "Barbero de Sevilla", tiene gran semejanza con el que trata el antes citado Molière en su "Crítica la Escuela de Mujeres" (1663), y el mismo Beaumarchais confiesa en "Prefacio" haberse inspirado antes de escribir su célebre comedia, una ópera cómica de Sedaine y Monsigny, titulada "On ne s'avise mais de tout", que fué representada por primera vez en la feria de S. Lorenzo, el 24 de septiembre de 1761. Pero no cabe la menor duda de que la acción, los caracteres y el estilo, son originalísimos y que constituyen una verdadera innovación en el Teatro Francés del Siglo XVIII. La personalidad de Beaumarchais es única y muy vigorosa, nadie ha logrado imitarle.

En esta pieza genial el italiano Paisello se inspiró y compuso una ópera bufa que se representó en París el 12 de julio de 1779, es decir cinco días antes del gran acontecimiento de la toma de la Bastilla, y ha merecido el recuerdo de Rossini; y que tiene una armonía elegante y un carácter extremo alegre, ligera y llena de ternura y amor, que nos trae inmediatamente el recuerdo de Rossini; y que tiene una armonía elegante y distinguida como la del Conde Almaviva y ágil y graciosísima como la ópera bufa de Figaro.

Esta obra magistral se caracteriza principalmente por su gran audacia, su audacia increíble y finísima ironía, que ponen de manifiesto el temperamento de su autor. Podemos resumirla en la forma que sigue:

## A C T O P R I M E R O

Es la madrugada, el conde Almaviva, Grande de España, llega a Sevilla procedente de Madrid, lugar de su residencia. Ha viajado solo e

aito. Trae el propósito de entrevistar a Rosina, joven y linda huérfa- que le ha cautivado el corazón. Mientras se encuentra monologan- bajo los enrejados de la ventana de Rosina, aparece Figaro, el simpá- barbero, antiguo rciado suyo, quien canta una canción acompañán- e con su guitarra.

Le jour est moins avancé que je ne croyais. L'heure à laquelle elle outume de ser montrer derrière sa jalousie est encore éloignée. N' im- te; il vaut mieux arriver trop tôt, que de manquer l'instant de la voir. quelque aimable de la cour pouvait me deviner à cent lieues de Ma- l, arrêté tous les matins sous les fenètres d'une femme á qui je n'ai -mais parlé, il me prendrait pour un Espagnol du temps d'Isabelle... rquoi non? Chacun court après le bonheur. Il est pour moi dans le ur de Rosine... Mais quoi! Suivre une femme à Séville, quand Ma- l et la cour offrent de toutes parts des plaisirs si faciles?... Et c'est a même que je fuis. Je suis las des conquêtes que l'intérêt, la conve- ice ou la vanité nous présentent sans cesse. Il est si doux d'être aimé ir soi-même! Et si je pouvais m'assurer sous ce déguisement... Au ble l'importun!

FIGARO, une guitare sur le dos, attachée en bandoulière avec un ge ruban; il chantome gaiement, un papier et un crayon à la main.

Bannissons le chagrin,  
Il nous consume:  
Sans le feu du bon vin  
Qui nous rallume,  
Réduit à languir,  
L'homme, sans plaisir  
Vivrait comme un sot,  
Et mourrait bientôt.

Jusque-là ceci ne vas pal mal, hein, hein?

Et mourait bientôt...  
Le vin et la paresee  
Se disputent mon coeur.

Eh non! ils ne se le disputent pas, ils y règnent paisiblement en- mble...

Se partagent... mon cœur.

Dit-on: se partagent?... Eh! mon Dieu, nos faiseurs d'opéras miques y'y regardent pas de si près. Aujourd'hui, ce qui ne vaut pas peine d'être dit, on le chante.

Le vin et la paresse  
Se partagent mon coeur.

Je voudrais finir par quelque chose de beau, de brillant, de scintillants qui eut l'air d'une pensée.

Se partagent mon coeur.  
Si l'une a ma tendresse...  
L'autre fait mon bonheur.

Fi donc! c'est plat. Ce n'est pas ça... Il me faut une opposition une antithèse:

Si l'une... est ma maîtresse,  
L'autre...

E! parbleu, j'y suis:

L'autre est mon serviteur.

Fort bien, Figaro...

Le vin et la paresse  
Se partagent mon coeur.  
Si L'une est ma maîtresse,  
L'autre est mon serviteur.  
L'autre est mon serviteur.  
L'autre est mon serviteur.

Ofrece sus servicios al Conde aprovechando el conocimiento que tiene de la casa de la linda muchacha y su agudísimo ingenio para facilitarle el acceso a ella.

Fi donc! c'est plat. Ce n'est pas ça... Il me faut une opposition

FIGARO — Monseigneur, je ne suis plus en peine des motifs de votre mascarade, vous faites ici l'amour en perspective.

LE COMTE. — Te voilà instruit; mais si tu jases...

FIGARO — Moi, jaser! Je n'emplierai point pour vous raser les idées phrases d'honneur et de dévouement dont on abuse à cette bague, et...

LE COMTE — Fort bien. Apprends donc que le hasard m'a fait entrer au Prado, il y a six mois, une jeune personne d'une beauté...! viens de la voir, Je l'ai fait chercher en vain par tout Madrid. Ce n'est depuis peu de jours que j'ai découvert qu'elle s'appelle Rosine, est d'un sang noble orpheline, et mariée à un vieux médecin de cette ville, nommé Bartholo.

FIGARO — Joli oiseau, ma foi! difficile à dénicher! Mais qui vous dit qu'elle était femme du docteur?

LE COMTE — Tout le monde.

FIGARO — C'est une histoire qu'il a forgée en arrivant de Madrid, pour donner le change aux galants et les écarter; elle n'est encore que sa fille, mais bientôt...

LE COMTE — vivement — Jamais...! Ah! quelle nouvelle! J'étais sûr de tout oser pour lui présenter mes regrets, et je la trouve libre! Il n'a pas un moment à perdre; il faut m'en faire aimer, et l'arracher à ce digne engagement qu'on lui destine. Tu connais donc ce tuteur?

FIGARO — Comme ma mère.

LE COMTE — Quel homme est-ce?

FIGARO, vivement — C'est un beau gros, court, jeune vieillard, gris pommelé, rasé, blasé, qui guette, et furette, et gronde, et geint tout à la fois.

LE COMTE, impatienté — Eh! je l'ai vu. Son caractère?

FIGARO — Brutal, avare, amoureux et jaloux à l'excès de sa pupille, il le hait à la mort.

LE COMTE — Ainsi, ses moyens de plaire sont...

FIGARO — Nuls.

LE COMTE — Tant mieux. Sa probité?

FIGARO — Tout juste autant qu'il en faut pour n'être point perdu.

LE COMTE — Tant mieux. Pinir un flipon en se rendant heureux...

FIGARO — C'est faire a la fois le bien public et particulier: chef-d'oeuvre de morale, en vérité, monseigneur!

LE COMTE — Tu dis que la crainte des galants lui fait fermer sa porte?

FIGARO — A tout le monde: s'il pouvait la calfeutrer...

LE COMTE — Ah! diable, tan pis. Aurais-tu de l'accès chez l'ui?

FIGARO — Si j'en ai! Primo, la maison que j'occupe appartient au docteur, qui m'y loge gratis.

LE COMTE — Ah! ah!

FIGARO — Oui, Et moi, en reconnaissance, je lui promets dix pistoles d'or par an, gratis aussi.

LE COMTE — impatienté — Tu es son locataire?

FIGARO — De plus, son barbier, son chirurgien, son apothicaire: il ne se donne pas dans sa maison un coup de raison, de lancette ou de piston qui se soit de la main de votre serviteur.

LE COMTE l'embrasse. — Ah! Figaro, mon ami, tu seras mon libérateur, mon dieu tu t'éclairciras.

FIGARO — Peste! comme l'utilité vous a bientôt rapproché les distances! Parlez-moi des gens passionnés!

LE COMTE — Heureux Figaro, tu vas voir ma Rosine! tu vas la voir! Conçois-tu ton bonheur?

FIGARO — C' est bien là un propos d'amant! Est-ce que je l'admire moi? Puissiez-vous prendre ma place!

LE COMTE — Ah! si l'on pouvait écarter tous les surveillants!

FIGARO — C'ets à quoi je rêvais.

LE COMTE — Por douze heures seulement!

FIGARO — En occupant les gens de leur propre intérêt, on les empêche de nuire à l'intérêt d'autrui.

LE COMTE — Sans doute. Eh bien?

FIGARO, revant — Je cherche dans ma tête si la pharmacie fournirait pas quelques petits moyens innocents...

LE COMTE — Scélérat!

FIGARO — Est-ce que je veux leur nuire? Ils ont tous besoin de mon ministère. Il ne s'agit que de les traiter ensemble.

LE COMTE — Mais ce médecin peut prendre un soupçon.

FIGARO — Il faut marcher si vite, que le soupçon n'ait pas le temps naître. Il me vient une idée: le régiment de Royal-Infant arrive en te ville.

LE COMTE — Le colonel est de mes amis.

FIGARO — Bon. Présentez-vous chez le docteur en habit de cavalier, et un billet de logement; il faudra bien qu'il faudra bien qu'il vous berge; et moi, je me charge du reste.

LE COMTE — Excellent!

FIGARO — Il ne serait même pas mal que vous eussiez l'air entre dix vins...

LE COMTE — A quoi bon?

FIGARO — Et le mener un peu lentement sous cette apparence désonnable.

LE COMTE — A quoi bon?

FIGARO — Pour qu'il ne prenne aucun ombrage, et vous croie plus essé de dormir que d'intriguer chez lui.

LE COMTE — Supérieurement vu! Mais que n' y vas-tu, toi?

FIGARO — Ah! oui, moi! Nous serons bien heureux s'il nevous reconit pas, vous qu'il n'a jamais vu. Et comment vous introduire après?

LE COMTE — Tu as raison.

FIGARO — C'est que vous ne pourrez peut-être pas soutenir ce rsonnanqe difficile. Cavalier... pris de vin...

LE COMTE — Tu te moques de moi! N'est-ce point ici la maison du docteur Bartholo, mon ami?

FIGARO — Pas mal, en vérité; vos jambes seulement un peu plus minées. N'est-ce pas ici la maison...?

LE COMTE — Fi donc! tu as l'ibresse du peuple.

FIGARO — C'éts la bonne; c'est celle du plaisir.

LE COMTE — La porte s'ouvre.

FIGARO — C' est notre homme: éloignons-nous jusqu'a ce qu'il ait parti.

Rosina logra arrojar por la ventana una cartita, cuidadosamente do-  
lada; burlando la vigilancia de su anciano y celoso tutor, el médico don





Bartolo, el cual se ha enamorado de ella y trata por todos los medios que están a su alcance, de hacerla su esposa. En dicha carta, pide al Conde se le de a conocer por medio de una canción. Este accede a la petición haciéndose pasar por Lindoro.

#### PREMIER COUPLET

Vous l'ordonniéz, je me ferai conmaître,  
Plus inconnu, j'osais vous adorer;  
En me nommant, que pourrais-je espérer?  
N'importe, il faut obéir à son maître.

#### DEUXIEME COUPLET

Je suis Lindor, ma naissance est commune;  
Mes vocux sont ceuz d'un simple bachelier;  
Que ni ai-je, hélas! d'un brillant chevalier  
A Vous offrir le rang et la fortune!

FIGARO — Et comment, diable! Je ne ferais pas mieux, moi qui m' pique.

LE COMTE —

#### TROISIEME COUPLET

Tous les matins, ici, d'une voix tendre,  
Je chanterai mon amour sans espoir;  
Je bornerai mes plaisirs à vous voir;  
Et puissiez-vous en trouver à m'entendre!

Mientras tanto el travieso Figaro presencia la escena muy divertida. Así, es, como el Conde Almaviva consiguió tener con su amada prisionera la primera entrevista.

FIGARO — Ah! la pauvre petite! comme elle tremble en chantant. Elle est prise, monseigneur.

LE COMTE — Elle se sert du moyen qu'elle-même a indiqué. Tu me dit que Lindor est charmant. Que de grâces! que d'esprit!

FIGARO — Que de ruse! que d'amour!

LE COMTE — Crois-tu qu'elle se donne à moi, Figaro?

FIGARO — Elle passera plutôt à travers cette jalousie que d'y manque



LE COMTE — C'en est fait, je suis à ma Rosine... pour la vie.

FIGARO — Vous oubliez, monseigneur, qu'elle ne vous entend plus.

LE COMTE — Monsieur Figaro! je n'ai qu'un mot à vous dire: elle  
→ ma femme; et si vous servez bien mes projets en lui cachant mon nom...  
m'entends, tu me connais...

FIGARO — Je me rends. Allons, Figaro, vole à la fortune, mon fils.

LE COMTE — Retirons-nous, crainte de nous rendre suspects.

FIGARO, vivement — Moi, j'entre ici, ou, par la force de mon art,  
vais, d'un seul coup de baguette, endormir la vigilance, éveiller l'amour,  
rer la jalousie, fourvoyer l'intrigue, et renverser tous les obstacles. Vous,  
nseigneur, chez moi l'habit de soldat, le billet de logement, et de logement,  
de l'or dans vos poches.

LE COMTE — Pour qui, de l'or?

FIGARO, vivement — De l'or, mon dieu, de l'or: c'est le nerf de l'in-  
goue.

LE COMTE — Ne te fache pas. Figaro, j'en prendrai beaucoup.

FIGARO, s'en allant — Je vous rejoins dans peu.

LE COMTE — Figaro?

FIGARO — Qu'est-ce que c'est?

LE COMTE — Et ta guitare?

FIGARO, revient — J'oublie ma guitare, moi! je suis donc fou! (Il s'en  
→)

LE COMTE — Et ta demeure, étourdi?

FIGARO, revient — Ah! réellement, je suis frappé! Ma boutique à  
atre pas d'ici, peinte en bleu, vitrage en plomb, trois palettes en l'air,  
œil dans la main. Sonsilio manuke, FIGARO. (Il s'enfuit)

## ACTO SEGUNDO

Aparece la habitación de Rosina, apenas iluminada por la tenue y  
amborosa luz de una bujía, en el fondo se distingue una ventana con  
rosías. La joven escribe a Lindoro una amorosa carta.

## SCENE PREMIERE

ROSINE seule, un bougeoir à la main. Elle prend du papier sur la

table et se met à écrire — Marceline est malade; tous les gens sont occupés et personne ne me voit écrire. Je ne sais si ces mus ont des yeux et des oreilles, ou si mon argus à un génie malfaisant qui l'instruit à point nommé; mais je ne puis dire un mot ni faire un pas, dont il ne devine sur-le-champ l'intention... Ah! Lindor! (Elle cache la lettre) Fermons toujours la lettre, quoi que j'ignore quand et comment je pourrai la lui faire tenir. L'ai vu à travers ma jalousie parler longtemps au barbier Figaro.

C'est un bon homme qui m'a montré quelquefois de la pitié: si je pouvais l'entretenir moment!

Mientras tanto, se presenta Figaro y le habla acerca de su amigo Lindoro y del profundo amor que éste siente hacia ella. La cual embarga de dulcísima emoción entrega el papel al astuto barbero, para que la vaya a llevar hasta el amado.

## ROSINE, FIGARO

ROSINE, surprise — Ah! monsieur Figaro, que je suis aise de vous voir!

FIGARO — Votre santé, madame?

ROSINE — Pas trop bonne, monsieur Figaro. L'ennui me tue.

FIGARO — Je le crois; il n'engraisse que les sots.

ROSINE — Avec qui parliez-vous donc là-bas si vivement? Je n'entends pas: mais...

FIGARO — Avec un jeune bachelier de mes parents, de la plus grande espérance; plein d'esprit, de sentiments, de talents, et d'une figure fort revenante.

ROSINE — Oh! tout à fait bien, je vous assure! Il se nomme?..

FIGARO — Lindor. Il n'a rien: mais s'il n'eût pas quitté brusquement Madrid, il pouvait y trouver quelque bonne place.

ROSINE — étourdiment — Il en trouvera, monsieur Figaro; il en trouvera. Un jeune homme tel que vous le dépeignez n'est pas fait pour rester inconnu.

FIGARO, à part — Fort bien. (Haut) Mais il a un grand défaut, qui lui nuira toujours à son avancement.

ROSINE — Un défaut, monsieur Figaro! Un défaut! en êtes-vous sûr?

FIGARO — Il est amoureux.

ROSINE — Il est amoureux! et vous appelez cela un défaut?

FIGARO — A la vérité, ce n'en est un que relativement à sa mauvaise une.

ROSINE — Ah! que le sort est injuste! Et nomme-t-il la personne l'aime? Je suis d'une curiosité...

FIGARO — Vous êtes la dernière madame, à qui je voudrais faire confidence de cette nature.

ROSINE — vivement — Pourquoi, monsieur Figaro? Je suis discrète. jeune homme vous appartient il m'intéresse infiniment... dites donc.

FIGARO, la regardant finement — Figurez-vous la plus jolie petite monne, douce, tendre, accorte et fraîche, agaçant l'appétit; pied air, taille adroite, lancée, bras dos dus, bouche rosée, et des mains! joues! des dents! des yeux!...

ROSINE — Qui reste en cette ville?

FIGARO — En ce quartier.

ROSINE — Dans cette rue peut-être?

FIGARO — A deux pas de moi.

ROSINE — Ah! que 'cest charmant... pour monsieur votre parent. cette personne est...?

FIGARO — Je ne l'ai pas nommée?

ROSINE, vivement C'est al seule chose que vous ayez oubliée, monsieur Figaro. Dites donc, dites donc vite; si l'on rentrait, je ne pourrais pas savoir...

FIGARO — Vous le voulez absolument madame? Eh bien! cet tesson est... la pupille de votre tuteur.

ROSINE — La Pupille...?

FIGARO — Du docteur Bartholo; oui, madame.

ROSINE — avec émotion — Ah! monsieur Figaro!... Je nevous crois pas, je vous assure.

FIGARO — Et c'est ce qu'il brûle de venir vous persuader lui même.

ROSINE — Vous me faites trembler, monsieur Figaro.

FIGARO — Fi donc, trembler! mauvais calcul, madame. Quand on est à la peur du mal, on ressent déjà le mal de la peur. D'ailleurs, je vais de vous débarrasser de tous vos surveillants jusqu'à demain.

ROSINE — S'il m'aime, il doit me le prouver en restant absolument tranquille.

FIGARO — Eh! madame! amour et repos peuvent-ils habiter en même cœur? La pauvre jeunesse est si malheureuse aujourd' hui, qu'elle n'a ce terrible choix: amour sans repos, au repos sans amour.

ROSINE, — baissant les yeux — Repos sans amour... paraît-

FIGARO — Ah! bien languissant. Il semble, en effet, qu'au repos se présente de meilleure grâce: et pour moi, si j'étais femme

ROSINE, avec embarras — Il est certain qu'une jeune personne peut empêcher un honnête homme de l'estimer.

FIGARO — Aussi mon parent vous estime-t-il infiniment.

ROSINE — Mais s'il allait faire quelque imprudence, monsieur Figaro, li nous perdrait.

FIGARO, à part — Il nous perdrait! (Haut) Si vous le lui défendez expressément par une petite lettre... Une lettre a bien du pouvoir.

ROSINE lui donne la lettre qu'elle vient d'écrire — Je n'ai plus temps de recommencer celle-ci; mais en la lui donnant, dites... lui dites-lui bien... (Elle écoute).

FIGARO — personne, madame.

ROSINE — Que c'est par pure amitié tout ce que je fais.

FIGARO — Cela parle de soi. Tudieu! l'amour a bien une autre allure

ROSINE — Que par pure amitié, entendez-vous? Je crains seulement, rebuté par les difficultés...

FIGARO — Qui, quelque feu follet Souvenez-vous, madame, que le vent qui éteint une lumière allume un brasier, et que nous sommes brasier-là. D'en parler seulement, il exhale un tel feu qu'il m'a presque enfiébré de sa passion, moi qui n'y ai que voir!

ROSINE — Dieux! j'entends mon tuteur. S'il vous trouvait ici. Passez par le cabinet du clavecin, et descendez le plus doucement que vous pourrez.

FIGARO — Soyez tranquille (A part, montrant la lettre) Voici ce qui vaut mieux que toutes mes observations. (Il entre dans le cabinet)

ROSINE, seule — Je meurs d'inquiétude jusqu'à ce qu'il soit dehors. Que je l'aime ce bon Figaro! c'est un bien honnête homme, un bon parent. Ah! voilà mon tyran; reprenons mon ouvrage. (Elle souffle la bougie et s'assied, et prend une brodeuse.)

En esos momentos llega Bartolo, furioso contra Figaro que ha tenido grandísimo atrevimiento de indisponer a todos los criados de la casa.

BARTHOLO, en colère — Ah! malédiction! l'enragé, le scélérat cor-  
re de Figaro! Là peut-on sortir un moment de chez soi sans être sûr en  
trant...?

ROSINE — Qui vous met donc si fort en colère, monsieur?

BARTHOLO — Ce damné barbier qui vient d'écloper toute ma maison  
un tour de main: il donne un narcotique à L'Eveillé, un sternutatoire  
à Jeunesse; il saigne au pied Marceline; il n'y a pas jusqu'à ma mule...  
r les yeux d'une pauvre bête aveugle, un cataplasme! Parce qu'il me  
-it cent écus, il se presse de faire des mémoires Ah! qu'il les apporte!...  
personne à l'antichambre! on arrive à cet appartement comme à la place  
-rimes.

ROSINE — Et qui peut y pénétrer que vous, monsieur?

BARTHOLO — J' aime mieux craindre sans sujet que de m'exposer  
is précaution. Tout est plein de gens entreprenants d'audacieux... N'a-t-on  
s, ce matin encore, ramassé lente ment votre chanson pendant que j'allais  
chercher? Oh! je...

ROSINE — C'est bien mettre à plaisir de l'importance à tout! Le vent  
-ut avoir éloigné ce papier, le premier venu; que sais-je?

BARTHOLO — Le vent, le premier venu!... Il n'y a point de vent,  
-dame, point de premier venu dans le monde; et c'est toujours quelqu'un  
sté la expres qui ramasse les papiers qu'une femme à l'air de lasser  
nibrer par mégarde.

ROSINE — A l'air, monsieur?

BARTHOLO — Oui, madame, à l'air.

ROSINE — a part — Oh! le méchat vincillard!

BARTHOLO — Mais tout cela n'arrivera plus; car je vais faire sceller  
te grille.

ROSINE — Faites mieux; murez les fenêtres tout d'un coup: d'une  
son à un cachot, la différence est si peu de chose!

BARTHOLO — Pour celles qui donnent sur la rue, ce ne serait peut-  
e pas si mal... Ce barbier n'est pas entré chez vous, au moins?

ROSINE — Vous donne-t-il aussi de l'inquiétude?

BARTHOLO — Tout comme un autre.

ROSINE — Que vos répliques sont honnêtes!

BARTHOLO — Ah! fiez-vous à tout le monde, et vous aurez bien à la maison une bonne femme pour vous tromper, de bons amis pour vous la souffler, et de bons valets pour les y aider.

ROSINE — Quoi! vous n'accordez pas même qu'on ait des principes contre la séduction de M. Figaro?

BARTHOLO — Qui diable entend quelque chose à la bizarrerie de ces femmes, et combien j'en ai vu de ces vertus à principes...!

ROSINE, en colère — Mais, monsieur, s'il suffit être homme pour nous plaire, pourquoi donc me déplaidez-vous si fort?

BARTHOLO — stupéfait — Pourquoi?... Vous ne répondez pas à ma question sur ce barbier.

ROSINE, autrée — Eh bien oui, cet homme est entré chez moi; l'ai vu, je lui ai parlé. Je ne vous cache même pas que je l'ai trouvé fort aimable: et puissiez-vous en mourir de dépit!

Se presenta también don Basilio, el profesor de música de la linda Rosina y agente matrimonial del Dr. Bartolo, y le da a éste la noticia de un agradable de que el Conde Almaviva se encuentra en Sevilla. Entre tanto Figaro, los escucha atentamente tras una cortina. Don Basilio aconseja maliciosamente al médico, que invente una vil calumnia para deshacerse del molesto admirador de Rosina. Proyectan además, efectuar al día siguiente, el matrimonio de Bartolo y su joven pupila, antes de que se marche por la ciudad, la nueva del arribo de Almaviva.

BARTHOLO continue — Ah! don Basile, vous veniez donner à Rosine sa leçon de musique?

BAZILE — C' est ce qui presse le moins.

BARTHOLO — J'ai passé chez vous sans vous trouver.

BAZILE — J'étais sorti pour vos affaires. Apprenez une nouvelle assez gâcheuse.

BARTHOLO — Pous vous?

BAZILE — Non, pour vous. Le comte Almaviva est en cette ville.

BARTHOLO — Parlez bas. Celui qui faisait chercher Rosine dans tout Madrid?

BAZILE — Il loge à la grande place, et sort tous les jours déguisé.

BARTHOLO — Il n'en faut point douter, cela me regarde. Et que ?

BAZILE — Si c'était un particulier, on viendrait à bout de l'écarter.

BARTHOLO — Oui, en s'embusquant le soir, armé, cuirassé...

BAZILE — Bone Deus! se compromettre! Susciter une méchanceté à d'experts; concedo.

BARTHOLO — Singulier moyen de se défaire d'un homme!

BAZILE — La calomnie, monsieur! Vous ne savez guère ce que vous dédaignez; vous les plus honnêtes gens près d'en être accablés. Croyez qu'il n'y a pas de méchanceté pas dehors d'une grande ville en s'y prenant bien: et c'est à vous ici des gens d'une adresse!... D'abord un léger bruit, rasant l'air comme hirondelle avant l'orage, pianissimo murmure et file et sème le courant le trait empoisonné. Telle bouche le recueille, et piano, piano, elle se glisse en l'oreille adroitement. Le mal est fait; il germe, il rampe, il chemine, et rinforzando de bouche en bouche il va le diable; puis tout à coup, ne sais comment, vous voyez la calomnie se dresser, siffler, s'enfler, s'élancer à vue d'œil. Elle s'élance, étend son vol, tourbillonne, enveloppe, entraîne, éclate et tonne, et devient, grâce au ciel, un cri général, crescendo public, un chorus universel de hains et de proscription. Qui oserait y résisterait?

BARTHOLO — Mais quel radotage me faites-vous donc là, Bazile? quel rapport ce piano-crescendo peut-il avoir à ma situation?

BAZILE — Comment, quel rapport? Ce qu'on fait par tout pour atteindre son ennemi, il faut le faire ici pour empêcher le votre d'approcher.

BARTHOLO — D'approcher? Je prétends bien épouser Rosine avant qu'elle apprenne seulement que ce comte existe.

BAZILE — En ce cas, vous n'avez pas un instant à perdre.

BARTHOLO — Et à qui tient-il, Bazile? Je vous ai chargé de tous les détails de cette affaire.

BAZILE — Oui, mais vous avez lésiné sur les frais; et dans l'harmonie du bon ordre, un mariage inégal, un jugement inique, un passe-droit évident, sont des dissonances qu'on doit tous les jours préparer et suaver par un accord parfait de l'or.

BARTHOLO — Lui donnant de l'argent — Il faut en passer par où vous voulez; mais finissons.

BAZILE — Cela s'appelle parler. Demain, tout sera terminé: c'est



à vous d'empêcher que personne, aujourd'hui ne puisse instruire la pu

BARTHOLO — Fiez-vous-en à moi. Viendrez-vous ce soir, Bazile

BAZILE — N'y comptez pas. Votre mariage seul m'occupera tou

BARTHOLO — l'accompagne — Serviteur.

BĀZILE — Restez, docteur, restez donc.

BARTHOLO — Non pas. Je veux fermer sur vous la porte de la

Ambos se retiraron y Figaro monologando graciosamente expres hondo desprecio que siente por Don Basilio.

Oh! la bonne précaution! Ferme, ferme la porte de la rue; et je vais la rouvrir au comte en sortant. C'est un gran maraud que ce Ba: heureusement il est encore plus sot, Il faut un état, une famille, un n— un rang, de la consistance enfin, pour faire sensation dans le monde calomniant. Mais un Bazile! il médirait, qu'on ne le croirait pas.

Aparecen después Figaro y Rosina y el primero le participa a la gunda que su odioso tutor piensa celebrar con ella su boda al otro día. ese instante aparece el médico, y el inteligente barbero, huye prontarr te por la puerta de servicio.

ROSINE — Quoi! vous êtes encore là, monsieur Figaro?

FIGARO — Très heureusement pour vous, mademoiselle. Votre tut et votre maître à chanter, se croyant seuls ici, viennent de parler à co ouvert. . .

ROSINE — Et vous les avez écoutés, monsieur Figaro? Mais savez-ve que c'est fort mal!

FIGARO — D'écouter? C'est pourtant ce qu'il y a de mieux pour b entendre. Apprenez que votre tuteur se dispose à vous épouser dema

ROSINE — Ah! grands dieux!

FIGARO — Ne craignez rien; nous lui donnerons tant d'ouvrage, qu n'aura pas le temps de songer à celui-la.

ROSINE — Le voici qui revient; sortez donc par le petit escalier. Vous me faites mourir de frayeur.

(Figaro s'enfuit)

Bartolo hace confesar a Rosina que ha escrito una carta secretamente

ROSINE — Vous étiez ici avec quelqu'un, monsieur?

BARTHOLO — Don Bazile que j'ai reconduit, et pour cause. Vous sachiez mieux aimé que c'eût été M. Figaro?

ROSINE — Cela m'est fort égal, je vous assure.

BARTHOLO — Je voudrais bien savoir ce que ce barbier avait de si pressé à vous dire?

ROSINE — Faut-il parler sérieusement? Il m'a rendu compte de l'état de Marceline, qui même n'est pas trop bien, à ce qu'il dit.

BARTHOLO — Vous rendre compte! Je vais parier qu'il était chargé de vous remettre quelque lettre.

ROSINE — Et de qui, s'il vous plaît?

BARTHOLO — Oh! de qui! De quelqu'un que les femmes ne moment jamais. Que sais-je, moi? Peut-être la réponse au papier de la fenêtre.

ROSINE — Il n'en a pas manqué une seule (Haut) Vous mériteriez bien que cela fut.

BARTHOLO regarde les mains de Rosine — Cela est. Vous avez dit.

ROSINE, avec embarras — Il serait assez plaisant que vous eussiez un projet de m'en faire convenir.

BARTHOLO, — lui prenant la main droite — Moi! point du tout; mais votre doigt encore taché d'encre! Hein! rusée signora!

ROSINE, à part — Maudit homme!

BARTHOLO, lui tenant toujours la main — Une femme se croit bien sûre, parce qu'elle est seule.

ROSINE — Ah! sans doute... La belle preuve!... Finissez donc, monsieur, vous me tordez le bras. Je me suis brûlée en chiffonnant autour de cette bougie; et Ion m'a toujours dit qu'il fallait aussitôt tremper dans l'encre: c'est ce que j'ai fait.

BARTHOLO — C'est ce que vous avez fait? Voyons donc si un second cahier confirmera la déposition du premier. C'est ce cahier de papier ou de papier que j'ai fait.

ROSINE, à part — Oh! imbécile!...

BARTHOLO, comptant — Trois, quatre, cinq...

ROSINE — La sixième...

BARTHOLO — Je vois bien qu'elle n'y est pas, la sixième.

ROSINE, baissant les yeux — La sixième? Je l'ai employée à faire cornet pour des bonbons que j'ai envoyés à la petite Figaro.

BARTHOLO — A la petite Figaro? Et la plume qui était toute neuve, comment est-elle devenue noire? Est-ce en écrivant l'adresse de petite Figaro?

ROSINE, à part — Cet homme a un instinct de jalousie! (Haut) Elle m'a servi à retracer une fleur effacée sur la veste que je vous brode tambour.

BARTHOLO — Que cela est édifiant! Pour qu'on vous crut, mon enfant, il faudrait ne pas rougir en déguisant coup sur coup la vérité; mais c'est ce que vous ne savez pas encore.

ROSINE — Eh! qui ne rougirait pas, monsieur, de voir tirer les conséquences aussi malignes des choses les plus innocemment faites?

BARTHOLO — Certes, j'ai tort. Se brûler le doigt, le tremper dans l'encre, faire des cornets aux bonbons pour la petite Figaro, et dessiner sur la veste au tambour! quoi de plus innocent? Mais de mensonges entassés pour cacher un seul fait!... Je suis seule, on ne me voit point; je pourrai mentir à mon aise. Mais le bout du doigt reste noir, la plume est tachée, le papier manque! On ne saurait penser à tout. Bien certainement, signora, quand j'irai par la ville, un bon double tour me répondra de vous.

Aparece el apuesto Conde Almaviva, disfrazado de militar y fingido de una borrachera bastante regular, se presenta en la casa del Doctor, pidiéndole hospitalidad. Es inútil decir, que el atrevido y fingido soldado fué despachado con cajas destempladas por el irascible amo. Sin embargo, logra deslizar a la gentil Rosina un sobrecillo cerrado.

LE COMTE, en uniforme de cavalier, ayant l'air d'être entre deux vins, et chantant: "Réveillons-la, etc"

BARTHOLO — Mais que nous veut cet homme? un soldat! Rentrez chez vous, signora.

LE COMTE chante "Réveillons-la", et s'avance vers Rosine. Qui de vous deux, mesdames, se nomme le docteur Balordo? (A Rosine, bas) Je suis Lindor.

BARTHOLO — Bartholo!

ROSINE, à part — Il parle de Lindor.

LE COMTE. — Balordo, Barque à l'eau; je m'en moque comme d

Il s'agit seulement de savoir laquelle des deux... (A Rosine, lui montrant un papier) Prenez cette lettre.

BARTHOLO — Laquelle! Vous voyez bien que c'est moi! Laquelle! — Prenez donc, Rosine; cet homme paraît avoir du vin.

ROSINE — C' est pour cela, monsieur; vous êtes seul. Une femme n'ose quelquefois.

BARTHOLO — Rentrez, rentrez; je ne suis pas timide.

### LE COMTE, BARTHOLO

LE COMTE — Oh! je vous ai reconnu d'abord à votre signalement.

BARTHOLO, au comte, qui serre la lettre — Qu'est-ce que c'est donc, vous cachez la dans votre poche?

LE COMTE — Je le cache dans ma poche, pour que vous ne sachiez ce que c'est.

BARTHOLO — Mon signalement! Ces gens-la croient toujours parler des soldats.

LE COMTE — Pensez-vous que ce soit une chose si difficile à faire votre signalement?

(AIR: Ici sont venus en personne)

Le chef branlant, la tête chauve,  
Les yeux vérons, le regard fauve,  
L'air farouche d'un Algonquin,  
La taille lourde et déjetée.  
L'épaule droite surmontée,  
Le tient grenu d'un Maroquin,  
Le nez fait comme un baldaquin,  
La jambe pote et circonflexe,  
Le ton bourru, la voix perplexe.  
Tous les appétits destructeurs;  
Enfin la perle des docteurs.

BARTHOLO — Qu'est-ce que cela veut dire? Etes-vous ici pour m'informer? Délogez à l'instant.

LE COMTE — Déloger! Ah, fil que c'est mal parler! Savez vous lire, monsieur... Barbe à l'eau?

BARTHOLO — Autre question saugrenue.

LE COMTE — Oh! que cela ne vous fasse pas de peine; car, moi qui pour le moins aussi docteur que vous.

BARTHOLO — Comment cela?

LE COMTE — Est-ce que je ne suis pas le médecin des chevaux régiment? Voilà pourquoi l'on m'a expres logé chez un confrère.

BARTHOLO — Oser comparer un maréchal!...

LE COMTE —

(Sans chanter) Non, docteur, je ne prétends pas  
Que notre art obtienne le pas  
Sur Hippocrate et sa brigade.

(En chantant) Votre savoir, mon camarade,  
Est d'un succès plus général;  
Car s'il n'emporte point le mal,  
Il emporte au moins le malade.

C'est-il poli ce que je vous dis là?

BARTHOLO — Il vous sied bien, manipulateur ignorant de ravalcr a le premier, le plus grand et le plus utile des arts!

LE COMTE — Utile tout à fait, pour ceux qui l'exercent.

BARTHOLO — Un art dont le soleil s'honore d'éclairer les succès.

LE COMTE — Et dont la terre s'empresse de couvrir les bévues.

BARTHOLO — On voit bien, malappris, que vous n'êtes hab. de parler qu'à des chevaux.

LE COMTE — Parler à des chevaux! Ah! docteur! pour un docteur d'esprit... N'est-il pas de notoriété que le maréchal guérit toujours malades sans leur parler; au lieu que le médecin parle beaucoup aux siens

BARTHOLO — Sans les guérir, n'est-ce pas?

LE COMTE — C'est vous qui l'avez dit.

BARTHOLO — Qui diable envoie ici ce maudit ivrogne?

LE COMTE — Je crois que vous me lâchez des épigrammes, l'Amc

BARTHOLO — Enfin, que voulez-vous, que demandez-vous?

LE COMTE, feignant une grande colère — Eh bien donc, il s'enflame! Ce que je veux? Est-ce que vous ne le voyez pas?

BARTOLO trata de arrebatrar la epístola del Conde a la joven, por ésta consigue con habilidad increíble engañarlo, presentándole otra carta y haciéndole creer al mismo tiempo que está llena de una intensa emoción que acaba por producirle un desmayo. Después de darle disculpas, se

a el médico apenado y Rosina, al verse sola, lee ansiosamente el mensaje de Lindoro y monologa sobre él, lamentando, el no haber provocado disgusto con su viejo tutor.

BARTHOLO le regarde aller — Il est enfin parti! (A part) Disimulons.

ROSINE — Convenez pourtant, monsieur, qu'il est bien gaie, ce jeune homme! A travers son ivresse, on voit qu'il ne manque ni d'esprit, ni d'une certaine education.

BARTHOLO — Heureux, m'amour, d'avoir pu nous en délivrer! Mais es-tu pas un peu curieuse de lire avec moi le papier qu'il t'a remis?

ROSINE — Quel papier?

BARTHOLO — Celui qu'il a feint de ramasser pour te le faire accepter.

ROSINE — Bon! c'est la lettre de mon cousin l'officier, qui était tombée de ma poche.

BARTHOLO — J'ai idée, moi, qu'il la tirée de la sienne.

ROSINE — Je l'ai très bien reconnue.

BARTHOLO — Qu'est-ce qu'il te coute d'y regarder?

ROSINE — Je ne sais pas seulement ce que j'en ai fait.

BARTHOLO, — montrant la pochette — Tu l'as mise là.

ROSINE — Ah, ah, par distraction.

BARTHOLO — Ah! surement. Tu vas voir que ce sera quelque folie.

ROSINE, a part — Si je ne le mets pas en colère, il n'y aura pas moyen de le refuser.

BARTHOLO — Donne donc, mon coeur.

ROSINE — Mais quelle idée avez-vous en insistant, monsieur? Est-ce encore quelque méfiance? !

BARTHOLO — Mais vous, quelle raison avez-vous de ne pas la montrer?

ROSINE — Je vous répète, monsieur, que ce papier n'est autre que la lettre de mon cousin, que vous m'avez rendue hier toute décachetée; et puisqu'il en est question, je vous dirai tout net que cette liberté me déplaît excessivement.

BARTHOLO — Je ne vous entends pas.

ROSINE — Vais-je examiner les papiers qui vous arrivent? Pourquoi vous donnez-vous les airs de toucher à ceux qui me sont adressés? Si c'est

jalousie, elle m'insulte; s'il s'agit de l'abus d'une autorité usurpée, j'en suis révolté encore.

BARTHOLO — Comment, révolté! Vous ne m'avez jamais parlé ainsi.

ROSINE — Si je me suis modérée jusqu'à ce jour, ce n'était pas pour vous donner le droit de m'offenser impunément.

BARTHOLO — De quelle offense me parlez-vous?

ROSINE — C'est qu'il est inouï qu'on se permette d'ouvrir les lettres de quelqu'un.

BARTHOLO — De sa femme?

ROSINE — Je ne le suis pas encore. Mais pourquoi lui donnerait-elle la préférence d'une indignité qu'on ne fait à personne?

BARTHOLO — Vous voulez me faire prendre le change, et détourner mon attention du billet qui, sans doute, est une missive de quelque amant. Mais je le verrai, je vous assure.

ROSINE — Vous ne le verrez pas. Si vous m'approchez, je m'enfuirai de cette maison, et je demande retraite au premier venu.

BARTHOLO — Qui ne vous recevra point.

ROSINE — C'est ce qu'il faudra voir.

BARTHOLO — Nous ne sommes pas ici en France, où l'on donne toujours raison aux femmes: mais, pour vous en ôter la fantaisie, je vais fermer la porte.

ROSINE, — pendant qu'il y va — Ah ciel! que faire?... Mettons vite à la place la lettre de mon cousin, et donnons-lui beau jeu à la prendre (Elle fait l'échange, et met la lettre du cousin dans sa pochette, de façon qu'elle sorte un peu).

BARTHOLO, revenant — Ah! j'espère maintenant la voir.

ROSINE — De quel droit, s'il vous plaît?

BARTHOLO — Du droit le plus universellement reconnu, celui du plus fort.

ROSINE — On me tuera plutôt que de l'obtenir de moi.

BARTHOLO, frappant du pied — Madame! madame!...

ROSINE tombe sur un fauteuil, et feint de se trouver mal — Ah! quelle indignité!...

BARTHOLO — Donnez cette lettre, ou craignez ma colère.

ROSINE, renversée — Malheureuse Rosine!

BARTHOLO — Qu'avez-vous donc?

ROSINE — Quel avenir affreux!

BARTHOLO — Rosine!

ROSINE — J'étouffe de fureur.

BARTHOLO — Elle se trouve mal.

ROSINE — Je m'affaiblis, je meurs.

BARTHOLO lui tâte le pouls et dit à part — Dieux! la lettre! Lis-la sans qu'elle en soit instruite. (Il continue à lui tâter le pouls, et prend la lettre, qu'il tache de lire en se tournant un peu).

ROSINE, toujours renversée — L'infortunée! ah!...

BARTHOLO lui quitte le bras, et dit à part — Quelle rage a-t-on à prendre ce qu'on craint toujours de savoir!

ROSINE — Ah! pauvre Rosine!

BARTHOLO — L'usage des odeurs... produit ces affections spasmodiques. (Il lit par derrière le fauteuil, en lui tâtant le pouls. Rosine se lève un peu, le regarde finement, fait un geste de tête, et se remet sans parler).

BARTHOLO, à part — O ciel! c'est la lettre de son cousin. Maudite quiétude! Comment l'apaiser maintenant? Qu'elle ignore au moins qu'elle lui lue! (Il fait semblant de la soutenir, et remet la lettre dans la pochette).

ROSINE soupire — Ah!...

BARTHOLO — Eh bien! ce n'est rien, mon enfant; un petit mouvement vaporeux, voilà tout; car ton pouls n'a seulement pas varié. (Il va prendre un flacon sur la console).

ROSINE, à part — Il a remis la lettre! fort bien.

BARTHOLO — Ma chère Rosine, un peu de cette eau spiritueuse?

ROSINE — Je ne veux rien de vous: laissez-moi.

BARTHOLO — Je conviens que j'ai montré trop de vivacité sur ce point.

ROSINE — Il s'agit bien du billet! C'est votre façon de demander des choses qui est révoltante.

BARTHOLO, à genoux — Pardon: j'ai bientôt senti tous mes torts; tu me vois à tes pieds, prêt à les réparer.



ROSINE — Oui, pardon! lorsque vous croyez que cette lettre ne v  
pas de mon cousin.

BARTHOLO — Qu'elle soit d'un autre ou de lui, je ne veux au  
éclaircissement.

ROSINE, lui présentant la lettre — Vous voyez qu'avec de bor  
façons, on obtient tout de moi. Lisez-la.

BARTHOLO — Cet honnête procédé dissiperait mes supçon,  
j'étais assez malheureux pour en conserver.

ROSINE — Lisez-la donc, monsieur.

BARTHOLO se retire — A Dieu ne plaise que je te fasse une parc  
injure!

ROSINE — Vous me contrariez de la refuser.

BARTHOLO — Reçois en réparation cette marque de ma parf  
confiance, Je vais voir la pauvre Marceline, que ce Figaro a, je ne  
pourquoi, saignée au pied; n'y viens-tu pas aussi?

ROSINE — J'y monterai dans un moment.

BARTHOLO — Puisque la paix est faite, mignonne, donne-moi  
main. Si tu pouvais m'aimer, ah! comme tu serais heureuse!

ROSINE, baissant les yeux — Si vous pouviez me plaire, ah! comme  
vous aimerais.

BARTHOLO — Je te plairai, je te plairai; quand je te dis que je  
plairai! (Il sort).

La emoción de ROSINE, no tiene límites, cuando ve alejarse a  
amado.

Ah! Lindor! Il dit qu'il me plaira! . . . Lisons cette lettre, qui a manq  
de me causer tant de chagrin. (Elle lit et s'écrie) Ha! . . . j'ai lu trop ta-  
il me recommande de tenir une querelle ouverte avec mont tuteur: j'en av  
une si bonne, et je l'ai laissée échapper. En recevant la lettre, j'ai senti q  
je rougissais jusqu'aux yeux. A! mon tuteur a raison: je suis bien loin d'av  
cet usage du monde qui, me dit-il souvent, assure le maintien des femm  
en toute occasion! Mais un homme injuste parviendrait à faire une ruée  
l'innocence même.

### ACTO TERCERO

Aparece Don Bartholo irritadísimo.

Quelle humeur! quelle humeur! Elle paraissait apaisée... Là, qu'on dise qui diable lui a fourré dans la tête de ne plus vouloir prendre leçon don Bazile! Elle sait qu'il se mêle de mon mariage... (On heurte a porte) Faites tout au monde pour plaire aux femmes; si vous omettez le seul petit pont... je dis un seul... (On heurte une seconde fois) Soyons qui c'est.

Entra Almaviva de estudiante de bachillerato disfrazado, saludando al médico con esa gracia picante que lo caracteriza. Se hace pasar como cómico de Don Basilio y consigue, hábilmente, ganarse la confianza de Bartolo. Se ofrece como profesor de canto, que va a substituir a Basilio, que halla indispueto. Después de poner algunas dificultades, Bartolo accede.

LE COMTE — Que la paix et la joie habitent toujours céans!

BARTHOLO, brusquement — Jamais souhait ne vint plus a propos. Que voulez-vous?

LE COMTE — Monsieur, je suis Alonzo, bachelier licencié...

BARTHOLO — Je n'ai pas besoin de précepteur.

LE COMTE — ... élève de don Bazile, organiste du grand couvent, qui a l'honneur de montrer la musique à madame votre...

BARTHOLO — Bazile! organiste! qui a l'honneur!... Je le sais; au fait.

LE COMTE, à part — Quel homme! (Haut) Un mal subit qui le force a garder le lit...

BARTHOLO — Garder le lit! Bazile! Il a bien fait d'envoyer; je vais aller voir à l'instant.

LE COMTE, à part — On diable! (Haut) Quand je dis le lit, monsieur, c'est... la chambre que j'entends.

BARTHOLO — Ne fut-il qu'incommodé. Marchez devant, je vous suivis.

LE COMTE, embarrassé — Monsieur, j'étais chargé... Personne ne peut-il nous entendre?

BARTHOLO, à part — C'est quelque fripon. (Haut) En non, monsieur le mystérieux! parlez sans vous troubler, si vous pouvez.

LE COMTE, à part — Maudit vieillard! (Haut) Don Bazile m'avait chargé de vous apprendre...

BARTHOLO — Parlez haut, je suis sourd d'une oreille.

LE COMTE, élevant la voix — Ah! volontiers... que Le Comte  
maviva, qui restait à la grande place...

BARTHOLO, effrayé — Parlez bas; parlez bas!

LE COMTE, plus haut — ...en est délogé ce matin. Comme c'  
par moi qu'il a su que le comte Almaviva...

BARTHOLO — Bas; parlez bas, je vous prie.

LE COMTE, du même ton — était en cette ville, et que j'ai  
couvert que la signora Rosine lui a écrit...

BARTHOLO — Lui a écrit? Mon cher ami, parlez plus bas, je vo  
en conjure! Tenez, asseyons, et jasons d'amitié. Vuos avez découve  
dites-vous, que Rosine...

LE COMTE, fièrement — Assurément. Bazile, inquiet pour vous  
cette correspondance, m'avait prié de vous montrer sa lettre; mais la m  
niere dont vous prenez les choses...

BARTHOLO — Eh mon Dieu! je les prends bien. Mais ne vous est  
donc pas possible de parler plus bas?

LE COMTE — Vous etes sourd d'une oreille, avez-vous dit.

BARTHOLO — Pardon, pardon, seigneur Alonzo, si vous m'av  
trouvé méfiant et dur; mais je suis tellement entouré d'intrigants, de pi  
ges...; et puis votre tournure, votre âge, votre air... Pardon, pardon, E  
bien! vous avez la lettre?

LE COMTE — A la bonne heure sur ce ton, monsieur! mais je crair  
qu'on ne soit aux écoutes.

BARTHOLO — Eh! qui voulez-vous? tous mes valets sur les dents  
Rosine enfermée de fureur! Le diable est entré chez moi. Je vais encor  
m'assurer... (Il va ouvrir doucement la porte de Rosine).

LE COMTE, a part — Je me suis enferré de dépit. Garder la lettre  
à présent! Il faudra m'enfuir: autant vaudrait n'être pas venu... La l  
montrer!... Si je puis en prévenir Rosine, la montrer est un coup d-  
maître.

BARTHOLO revient sur la pointe du pied — Elle est assise auprès  
de sa fenetre, le dos turné a la porte, occupée a relire une lettre de son  
cousin l'officier, que j'avais décachetée... Voyons donc la sienne.

LE COMTE lui remet la lettre de Rosine — La voici. (A part) C'es  
ma lettre qu'elle relit.

BARTHOLO lit — “Depuis que vous m’avez appris votre nom et votre état” Ah! la perfide! c’est bien là sa main.

LE COMTE, effrayé — Parlez donc bas à votre tour.

BARTHOLO — Quelle obligation, mon cher!...

LE COMTE — Quand tout sera fini, si vous croyez m’en devoir, vous êtes le maître. D’après un travail que fait actuellement don Bazile avec un homme de loi...

BARTHOLO — Avec un homme de loi, pour mon mariage?

LE COMTE — Vous aurais-je arrêté sans cela? Il m’a chargé de vous dire que tout peut être prêt pour demain. Alors, si elle résiste...

BARTHOLO — Elle résistera.

LE COMTE veut reprendre la lettre, Bartholo la serre — Voilà l’instant où je puis vous servir: nous lui montrerons sa lettre et s’il le faut (plus ostensiblement) j’irai jusqu’à lui dire que je la tiens d’une femme à qui le comte l’a sacrifiée. Vous sentez que la trouble, la honte, le dépit peuvent porter sur-le-champ...

BARTHOLO, irant — De la calomnie! Mon cher ami, je vois bien l’intention que vous venez de la part de Bazile! Mais pour que ceci n’ait pas l’air concerté, ne serait-il pas bon qu’elle vous connût d’avance?

LE COMTE réprime un grand mouvement de joie — C’est assez vis de don Bazile. Mais comment faire? il est tard... au peu de temps qui reste...

BARTHOLO — Je dirai que vous venez en sa place. Ne lui donnerez-vous pas bien une leçon?

LE COMTE — Il n’y a rien que je ne fasse pour vous plaire. Mais prenez garde que toutes ces histoires de maîtres supposés sont de vieilles farces, des moyens de comédie. Si elle va se douter...?

BARTHOLO — Présenté par moi, quelle apparence? Vous avez plus l’air d’un amant déguisé, que d’un ami officieux.

LE COMTE — Oui? Vous croyez donc que mon air peut aider à la comédie?

BARTHOLO — Je le donne au plus fin à deviner. Elle est ce soir d’une comédie horrible. Mais quand elle ne ferait que vous voir... Son clavecin est dans ce cabinet. Amusez-vous en l’attendant: je vais faire l’impossible pour l’amener.

LE COMTE — Gardez-vous bien de lui parler de la lettre.

BARTHOLO — Avant l'instant décisif? Elle perdait tout son effort. Il ne faut pas me dire deux fois les choses: il ne faut pas me les dire deux fois. (Il s'en va en bas).

El astuto y atrevido Conde da una lección de música a Rosina, pero más bien es un dúo de amor que se desarrolla ante el médico. El cual, serio y vigilante al principio y soñoliento después, se deja afeitar por el Barbero Figaro, que llega en ese instante, después de varias luchas y altercados, y después de haber tratado aunque inútilmente al barbero, de conducirle a la pieza antigua.

ROSINE, avec une colère si mulée — Tout ce que vous direz est inutile l'élève et l'aim de don Bazile, choisi par lui pour être un de nos témoins

BARTHOLO — Ecoutez donc, mon enfant; c'est le seigneur Alonzo l'élève et l'aim de don Bazile, choisi par lui pour être un de nos témoins. La musique te calmera, je t'assure.

ROSINE — Oh, pour cela, vous pouvez vous en détacher. Si je change de soir!... Ou donc est-il ce maître que vous craignez de renvoyer? Je vais, en deux mots, lui donner son compte, et celui de Bazile. (Elle aperçoit son amant; elle fait un cri) Ah!...

BARTHOLO — Qu'avez-vous?

ROSINE, les deux mains sur son coeur, avec un grand trouble — Ah! mon Dieu, monsieur... Ah! mon Dieu, monsieur...

BARTHOLO — Elle se trouve encore mal! Seigneur Alonzo!

Rosine — Non, je ne me trouve pas mal... mais c'est qu'en me trouvant... Ah!...

LE COMTE — Le pied vous a tourné, madame?

ROSINE — Ah! oui, le pied m'a tourné. Je me suis fait un mal terrible.

LE COMTE — Je m'en suis bien aperçu.

ROSINE, regardant le comte — Le coup m'a porté au coeur.

BARTHOLO — Un siège, un siège. Et pas un fauteuil ici? (Il va chercher).

LE COMTE — J'ai mille choses essentielles à vous dire.

ROSINE — Il ne nous quittera pas.

LE COMTE — Figaro va venir nous aider.

BARTHOLO, apporte un fauteuil — Tiens, mignonne, assieds toi. — n'y a pas d'apparence, bachelier, qu'elle prenne de leçon ce soir; ce sera un autre jour. Adieu.

ROSINE, au comte — Non, attendez; ma douleur est un peu apaisée. Bartholo) Je sens que j'ai eu tort avec vous, monsieur: je veux vous réparer, en réparant sur-le-champ . . .

BARTHOLO — Oh! le bon petit naturel de femme! Mais après une telle émotion, mon enfant, je ne souffrirai pas que tu fasses le moindre tort. Aidez, adieu, bachelier.

ROSINE, au comte — Un moment, de grâce! (A Bartholo) Je croirai, monsieur, que vous n'aimez pas à m'obliger, si vous m'empêchez de vous éviter mes regrets en prenant ma leçon.

LE COMTE, à part, a Bartholo — Ne la contrariez pas, si vous m'en voyez.

BARTHOLO — Voilà qui est fini, mon amoureuse. Je suis si loin de chercher à te déplaire, que je veux rester la tout le temps que tu vas étudier.

ROSINE — Non, monsieur. Je sais que la musique n'a nul attrait sur vous.

BARTHOLO — Je t'assure que ce soir elle m'enchantera.

ROSINE, au comte, à part — Je suis au supplice.

LE COMTE, prenant au papier de musique sur le pupitre à Est-ce là ce que vous voulez chanter, madame?

ROSINE — Oui, c'est un morceau très agréable de la Précaution inutile.

BARTHOLO — Toujours la Précaution inutile!

LE COMTE — C'est ce qu'il y a de plus nouveau aujourd'hui. C'est une image du printemps, d'un genre assez vif. Si madame veut l'essayer . . .

ROSINE, regardant le comte — Avec grand plaisir: un tableau du printemps me ravit; c'est la jeunesse de la nature. Au sortir de l'hiver, il semble que le cœur acquière un plus haut degré de sensibilité: comme un clave, enfermé depuis longtemps, goûte avec plus de plaisir le charme de liberté qui vient de lui être offerte.

BARTHOLO, bas au comte — Toujours des idées romanesques en tête.

LE COMTE, bas — En sentez-vous l'application?

BARTHOLO ç Parbleu! (Il va s'asseoir dans le fauteuil qu'a occupé Rosine).

ROSINE chante

Quand, dans la plaine  
L'amour ramène  
Le printemps  
Si chéri des amants,  
Tout reprend l'être,  
Son feu pénètre  
Dans les fleurs  
Et dans les jeunes coeurs

On voit les troupeaux;  
Sortir des hameaux;  
Dans tous les coteaux  
Les cris des agneaux  
Retentissent;  
Ils bondissent;  
Tout fermente,  
Tout augmente;  
Les brebis paissent  
Les fleurs qui naissent;  
Les chiens fidèles  
Veillent sur elles;  
Mais Lindor enflammé  
Ne songe guère  
Qu'au bonheur d'être aimé  
De sa bergère.

(Même air)

Loin de sa mère  
Cette bergère  
Va chantant  
Ou son amant l'attend.

Par cette ruse,  
L'amour l'abuse;  
Mais chanter  
Sauve-t-il du danger?

Les doux chalumeaux,  
Les chants des oiseaux,  
Ses charmes naissants,  
Ses quinze ou seize ans,  
    Tout l'excite,  
    Tout l'agite;  
La pauvrete  
S'inquiète;  
De sa retraite,  
Lindor la guette;  
    Elle s'avance;  
    Lindor s'élançe;  
Il vient de l'embrasser  
    Elle, bien aise,  
Feint de se courroucer  
    Pour qu'on l'apaise.

(Petite reprise)

Les soupirs  
Les soins, les promesses,  
Les vives tendresses,  
    Les plaisirs,  
    Le fin badinage  
Sont mis en usage;  
Et bientôt la bergère  
Ne sent plus de colère.  
    Si quelque jaloux  
Trouble un bien si doux,  
    Nos amants d'accord  
... De voiler leur transport;  
    Ont un soin extrême ...  
    Mais quand on s'aime,  
La gêne ajoute encor  
    Au plaisir même.

(En l'écotant, Bartholo s'est assoupi. Le comte, pendant la petite  
prise, se hasarde à prendre une main qu'il couvre de baisers. L'émotion



ralentit le chant de Rosine, l'affaiblit et finit même par lui couper la voix au milieu de la cadence, au mot: extrême. L'orchestre suit les mouvements de la chanteuse, affaiblit son jeu, et se tait avec elle. L'absence du bruit qui avait endormi Bartholo, le réveille. Le comte se relève, Rosine et l'orchestre reprennent subitement la suite de l'air. Si la petite reprise se répète le même jeu recommence.

LE COMTE — En vérité, c'est un morceau charmant; et madame exécute avec une intelligence...

ROSINE — Vous me flattez, seigneur; la gloire est tout entière maître.

BARTHOLO, baillant — Moi, je crois que j'ai un peu dormi pendant le morceau charmant. J'ai mes malades. Je vas, je viens je toupille, et si que je m'assieds, mes pauvres jambes! Il se lève et pousse le fauteuil).

ROSINE, bas au comte — Figaro ne vient pas!

LE COMTE — Filons le temps.

BARTHOLO — Mais, bachelier, je l'ai déjà dit à ce vieux Bazile: est-ce qu'il n'y aurait pas moyen de lui faire étudier des choses plus gaies que toutes ces grandes arias, qui vont en haut, en bas, en roulant, hi, ho, a, a, a, a, et qui me semblent autant d'enterrements? Là, de ces petits airs qu'il chantait dans ma jeunesse, et que chacun retenait facilement? J'en savais autrefois... Par exemple...

(Pendant la ritournelle, il cherche en se grattant la tête, et chante faisant claquer ses pouces, et dansant des genoux comme les vieillards).

Veux-tu, ma Rosinette,  
Faire emplette  
Du roi des maris?

(Au comte, en riant) Il y a Fanchonette dans la chanson; mais j'y ai substitué Rosinette pour la lui rendre plus agréable, et la faire cadrer à ces circonstances. Ah, ah, ah, ah, ah! Fort bien! pas vrai?

LE COMTE, riant — Ah, ah, ah! Oui, tout au mieux.

FIGARO dans le fond, ROSINE, BARTHOLO, LE COMTE

BARTHOLO, chante  
Veux-tu, ma Rosinette,  
Faire emplette

Faire emplette  
Du roi des maris?  
Je ne suis point Tircis;  
Mais la nuit, dans l'ombre,  
Je vaux encore mon prix;  
Et quand il fait sombre  
Les plus beaux chats sont gris.

(Il répète la reprise en dansant, Figaro, derrière lui, imite ses mouvements)

Je ne suis point Tircis

(Apercevant Figaro) Ah! entrez, monsieur le barbier; avancez; vous êtes charmant !

FIGARO salue — Monsieur, il est vrai que ma mère me l'a dit autrefois, mais je suis un peu déformé depuis ce temps-là. (A part, au comte) Bravo, monsieur!

(Pendant toute cette scène, le comte fait ce qu'il peut pour parler à Figaro; mais l'oeil inquiet et vigilant du tuteur l'en empêche toujours, qui forme un jeu muet de tous les acteurs étrangers au débat du docteur de Figaro)

BARTHOLO — Venez-vous purger encore, seigneur, drouger, mettre suçé grabat toute ma maison?

FIGARO — Monsieur, il n'est pas tous les jours fête; mais, sans compter les soins quotidiens, monsieur a pu voir que, lorsqu'ils en ont besoin, mon tuteur n'attend pas qu'on lui commande . . .

BARTHOLO — Votre zèle n'attend pas! Que direz-vous, monsieur le tuteur à ce malheureux qui baille et dort tout éveillé? et à l'aure qui, depuis plusieurs heures, éternue à se faire sauter le crane et jaillir la cervelle! que leur direz-vous?

FIGARO — Ce que je leur dirai?

BARTHOLO — Oui!

FIGARO — Je leur dirai. . . En, parole! je dirai à celui qui éternue: Dieu vous bénisse! et: Va te coucher à celui qui baille. Ce n'est pas cela, monsieur, qui rassurera la mémoire.

BARTHOLO — Vraiment non; mais c'est la saignée et les médecines que le grossiraient, si je voulais y entendre. Est-ce par zèle aussi,

que vous avez empaqueté les yeux de ma mule? et votre cataplasme rendra-t-il la vue?

FIGARO — S' il ne lui rend pas la vue, ce n'est pas cela non qui l'empêchera d'y voir.

BARTHOLO — Que je le trouve sur le mémoire!... On n'est de cete extravagance-là!

FIGARO — Ma foi, monsieur, les hommes n'ayant guere à ch' qu'entre la sottise et la folie, ou je ne vois point de profit je veux au m du plaisir; et vive la joie! Qui sait si le monde durera encore trois semai.

BARTHOLO — Vous feriez bien mieux, monsieur le raisonneur me payer mes cent écus et les intérêts sans lanterner; je vous en ave

FIGARO — Doutez-vous de ma probité, monsieur? Vos cent é j'aimerais mieux vous les devoir toute ma vie que de les nier un seul inst

BARTHOLO — Et dites-moi un peu comment la petite Figaro trouvé les bonbons que vous lui avez portés?

FIGARO — Quels bonbons? Que voulez-vous dire?

BARTHOLO — Oui, ces bonbons, dan ce cornet fait avec cette fe— de papier à lettre, ce matin.

FIGARO — Diable emporte si...

ROSINE, l'interrompant — Avez- vous eu soin au moins de les donner de ma part, monsieur Figaro? Je vous l'avais recommandé.

FIGARO — Ah! ah! les bonbons de ce matin? que je suis bête n j'avais perdu tout cela de vue... Oh! excellents, madame! admirab

BARTHOLO — Excellents! admirables! Oui, sans doute, monsi le barbier, revenez sur vos pas! Vous faites la un joli métier, monsieur!

FIGARO — Qu'est-ce qu'il a donc, monsieur?

BARTHOLO — Et qui vous fera une belle réputation, monsieur!

FIGARO — Je la soutiendrai, monsieur.

BARTHOLO — Dites que vous la supporterez, monsieur.

FIGARO — Comme il vous plaira, monsieur.

BARTHOLO — Vous le prenez bien haut, monsieur! Sachez q quand je dispute avec un fata, je ne lui cède jamais.

FIGARO — lui tourné le dos — Nous différons en cela, monsie moi, je lui cède toujours.

BARTHOLO — Hein? qu'est-ce qu'il dit donc, bachelier?

FIGARO — C'est que vous croyez avoir affaire à quelque barbier de village; et qui ne sait manier que le rasoir? Apprenez, monsieur, que j'ai vaillé de la plume a Madrid, et que sans les envieux...

BARTHOLO — Eh! que n'y restiez-vous, sans venir ici changer de profession?

FIGARO — On fait comme on peut. Mettez-vous à ma place.

BARTHOLO — Me mettre à votre place! Ah! parbleu, je dirais de telles sottises!

FIGARO — Monsieur, vous ne commencez pas trop mal, je m'en porte à votre confrère qui est la revassant.

LE COMTE, revenant à lui — Je... je ne suis pas le confrère de monsieur.

FIGARO — Non! Vous voyant ici à consulter, j'ai pensé que vous poursuiviez le même objet.

BARTHOLO, en colère — Enfin, quel sujet vous amène? Y a-t-il quelque lettre à remettre encore ce soir à madame? Parlez, faut-il que je le retire?

FIGARO — Comme vous rudoyez la pauvre monde! Eh! pableu, monsieur, je viens vous raser, voilà tout: n'est-ce pas aujourd'hui votre jour?

BARTHOLO — Vous reviendrez tantôt.

FIGARO — Ah! oui, revenir! Toute la garnison prend médecine demain matin, j'en ai obtenu l'entreprise par mes protecteurs chez lui?

BARTHOLO — Non, monsieur ne passe point chez lui. Eh mais...

ROSINE, avec dédain — Vous êtes honnête! Et pourquoi pas dans mon appartement?

BARTHOLO — Tu te faches! Pardon, mon enfant, tu vas achever de prendre ta leçon; c'est pour ne pas perdre un instant le plaisir de t'entendre.

FIGARO, bas au comte — On ne le tirera pas d'ici (Haut) Allons, éveillé? la jeunesse? le bassin, de l'eau tout ce qu'il faut à monsieur.

BARTHOLO — Sans doute, appelez-les! Fatigués, harassés, moulus de votre façon, n'a-t-il pas fallu les faire coucher!

FIGARO — Eh bien! j'irai tout chercher. N'est-ce pas dans votre chambre? (Bas au comte) Je vais l'attirer dehors.

BARTHOLO détache son trousseau de clefs, et dit par réflexion — Non j'y vais moi-même. (Bas au comte, en s'en allant) Ayez les yeux sur eux, je vous prie.

Aparece en seguida Don Basilio, que llega intempestivamente y to se ponen de acuerdo para hacerlo salir de ahí. (Inclusive Don Bartolo). hacen creer que está gravemente enfermo y que necesita forzosamente ir a la cama. Sin embargo, el pobre profesor de música se retira sin convencerse, ni entender nada de lo sucedido, pero llevando en su mano una bolsa repleta de dinero que le ha deslizado el Conde.

ROSINE, effrayée, à part — Don Bazile! . . .

LE COMTE, à part — Juste ciel!

FIGARO, a part — C'est le diable!

BARTHOLO va au-devant de lui — Ah! Bazile, mon ami, soyez le bien rétabli. Votre accident n'a donc point eu de suites? En vérité le seigneur Alonzo m'avait fort effrayé sur votre état; demandez-lui, je partais pour vous aller voir, et s'il ne m'avait point retenu . . .

BAZILE, étonné — Le seigneur Alonzo?

FIGARO frappe du pied — Eh quoi! toujours de accros? Deux heures pour une méchante barbe . . . Chienne de pratique?

BAZILE, regardant tout le monde — Me ferez-vous bien le plaisir de me dire, messieurs . . . ?

FIGARO — Vous lui parlerez quand je serai parti.

BAZILE — Mais encore faudrait-il . . .

LE COMTE — Il faudrait vous taire, Bazile. Croyez-vous apprendrez à monsieur quelque chose qu'il ignore? Je lui ai raconté que vous m'aviez chargé de venir donner une leçon de musique à votre place.

BAZILE, plus étonné — La leçon de musique! . . . Alonzo! . . .

ROSINE, a part, a Bazile — Eh! taisez-vous.

BAZILE — Elle aussi!

LE COMTE, bas à Bartholo — Dites-lui donc tout bas que nous sommes convenus.

BARTHOLO, à Bazile, à part — N'allez pas nous démentir, Bazile, en disant qu'il n'est pas votre élève, vous gêneriez tout.

BAZILE — Ah! ah!

— votre élève.

BAZILE, stupéfait — Que mon élève! . . . (Bas) Je menais pour vous que le comte est déménagé.

BARTHOLO, bas — Je le dais, taisez-vous.

BAZILE, bas — Qui vous l'a dit?

BARTHOLO, bas — Lui, apparemment.

LE COMTE, bas — Moi, sans doute: écoutez seulement.

ROSINE, bas à Bazile — Est-il si difficile de vous taire?

FIGARO, bas à Bazile — Hum! Grand escogriffe! Il est sourd!

BAZILE, à part — Qui diable est-ce donc qu'on trompe ici? Tout le monde est dans le secret!

BARTHOLO, haut — Eh bien, Bazile, votre homme de loi?

FIGARO — Vous avez toute la soirée pour parler de l'homme de loi.

BARTHOLO, à Bazile — Un mot: dites-moi seulement si vous êtes content de l'homme de loi?

BAZILE, effaré — De l'homme de loi?

LE COMTE, souriant — Vous ne l'avez pas vu, l'homme de loi?

BAZILE, impatienté — Eh! non, je ne l'ai pas vu, l'homme de loi.

LE COMTE, à Bartholo, à part — Voulez-vous donc qu'il s'explique devant elle? Renvoyez-le.

BARTHOLO, bas au comte — Vous avez raison. (A Bazile) Mais quel mal vous a donc pris si subitement?

BAZILE, en colère — Je ne vous entends pas.

LE COMTE lui met à part une bouree dans la main — Oui, monsieur vous demande ce que vous venez faire ici, dans l'état d'indisposition où vous êtes?

FIGARO — Il est pâle comme un mort!

BAZILE — Ah! je comprends. . .

LE COMTE — Allez vous coucher, mon cher Bazile: vous n'êtes pas en, et vous nous faites mourir de frayeur. Allez vous coucher.

FIGARO — Il a la physionomie toute renversée. Allez vous coucher.

BARTHOLO — D'honneur, il sent la fièvre d'une lieue. Allez vous coucher.

ROSINE — Pourquoi êtes-vous donc sorti? On dit que cela se gage. Allez vous coucher.

BAZILE, au dernier étonnement — Que j'aie me coucher!

Tous LES ACTEURS ENSEMBLE — Eh! sans doute.

BAZILE, les regardant tous — En effet, messieurs, je crois que je ferai pas mal de me retirer; je sens que je ne suis pas ici dans mon assise ordinaire.

BARTHOLO — A demain, toujours: si vous êtes mieux.

LE COMTE — Bazile, je serai chez vous de très bonne heure.

FIGARO — Croyez-moi, tenez-vous bien chaudement dans votre

ROSINE — Bonsoir, monsieur Bazile.

BAZILE, à part — Diable emporte si j'y comprends rien! et sans cette bourse...

TOUS — Bonsoir, Bazile, bonsoir.

BAZILE, en s'en allant — Eh bien! bonsoir donc, bonsoir.

Bartolo surprend a Almaviva en el preciso momento en que dice oído de Rosina unas dulces palabras. Se llena de ira y pronuncia indistintamente algunas frases muy duras contra la joven, que así lo engaña.

BARTHOLO, d'un ton important — Cet homme-là n'est pas bien du tout.

ROSINE — Il a les yeux égarés.

LE COMTE — Le grand air l'aura saisi.

FIGARO — Avez-vous vu comme il parlait tout seul? Ce que c'est que de nous! (A Bartholo) Ah ça, vous décidez-vous, cette fois? (Il le pousse un fauteuil très loin du comte, et lui présente le linge).

LE COMTE — Avant de finir, madame, je dois vous dire un mot essentiel au progrès de l'art que j'ai l'honneur de vous enseigner. (Il s'approche, et lui bas à l'oreille).

BARTHOLO, à Figaro — Eh mais! el semble que vous le fassiez exprès de vous approcher, et de vous mettre devant moi pour m'empêcher de voir...

LE COMTE, bas à Rosine — Nous avons la clef de la jalousie, et nous serons ici à minuit.

FIGARO passe le linge au cou de Bartholo — Quoi voir? Si c'éta-

■ leçon de danse, on vous passerait d'y regarder; mais du chant!... ahi,

BARTHOLO — Qu'est-ce que c'est?

FIGARO — Je ne sais ce qui m'est entré dans l'oeil. (Il rapproche l'oeil).

BARTHOLO — Ne frottez donc pas.

FIGARO — C' est le gauche. Voudriez-vous me faire le plaisir d'y réfléchir un peu fort?

(Bartholo prend la tête de Figaro, regarde par-dessus, le pousse violemment, et va derrière les amants écouter leur conversation).

LE COMTE, bas à Rosine — Et quant a votre lettre, je me suis vu tantot dans un tel embarras pour rester ici...

FIGARO, de loin, pour avertir. — Votre déguisement inutile.

ROSINE, effrayée — Ah!...

BARTHOLO — Fort bien, madame, ne vous gênez pas. Comment! mes yeux mêmes, en ma présence, on m'ose outrager de la sorte!

LE COMTE — Qu'avez-vous donc, seigneur?

BARTHOLO — Perfide. Alonzo!

LE COMTE — Seigneur Bartholo, si vous avez souvent des lubies comme celle dont le hasard me rend témoin, je ne suis plus étonné de voir dignement que mademoiselle a pour devenir votre femme.

ROSINE — Sa femme! Moi! Passer mes jours auprès d'un vieux mari, qui, pour tout bonheur, offre à ma jeunesse un esclavage abominable!

BARTHOLO — Ah! qu'est, ce que j'entends!

ROSINE — Oui, je le dis tout haut: je donnerai mon coeur et ma main à celui qui pourra m'arracher de cette horrible prison, où ma personne et mon bien sont retenus contre toute justice. (Rosine sort).

FIGARO y el Conde, se retiran, fingiendo creer loco de remate al viejo, el cual lo está efectivamente, pero de celos y deseos de venganza.

BARTHOLO — La colère me suffoque.

LE COMTE — En effet, seigneur, il est difficile qu'une jeune femme...

FIGARO — Oui, une jeune femme et un grand âge, voilà ce qui trouble la tête d'un vieillard.

BARTHOLO — Comment! lorsque je les prends sur le fait! Maudit mari! Il me prend des envies...



FIGARO — Je me retire, il est fou.

LE COMTE — Et moi aussi; d'honneur, il est fou.

FIGARO — Il est fou, il est fou. . . (Ils sortent).

#### ACTO CUARTO

Aparece la misma decoración que en las dos escenas anteriores. do está en tinieblas, porque es de noche. De repente aparecen don Bartolo y don Basilio, que llevan en la mano un farolillo encendido. Esto dec al médico, que no conocía antes al Conde, y le hace saber detalladamente todas las intenciones de éste. Va a buscar al Notario con el fin de que el matrimonio de Bartolo y la joven Rosina se efectúe esa misma noche proyectan una calumnia.

BARTHOLO — Comment, Basile, vous ne le connaissez pas! Ce vous dites est-il possible?

BAZILE — Vous m'interrogeriez cent fois, que je vous ferais toujours la même réponse. S'il vous a remis la lettre de Rosine, c'est sans doute des émissaires du comte. Mais, à la magnificence du présent qu'il m'a il se pourrait que ce fût le comte lui-même.

BARTHOLO — Quelle apparence? Mais, à propos de ce présent pourquoi l'avez-vous reçu?

BAZILE — Vous aviez l'air d'accord; je n'y entendais rien; et, dans le cas difficile à juger, une bourse d'or me paraît toujours un argument sans réplique. Et puis, comme dit le proverbe, ce qui est bon à prendre

BARTHOLO — J'entends, est bon. . .

BAZILE — à garder.

BARTHOLO? (surpris) — Ah! ah!

BAZILE — Oui, J'ai arrangé comme cela plusieurs petits proverbes à des variations. Mais allons au fait: à quoi vous arrêtes-vous?

BARTHOLO — En ma place, Bazile, ne feriez-vous pas les derniers efforts pour la posséder?

BAZILE — Ma foi non, docteur. En toute espèce de bien, posséder est jouir, qui rend heureux: mon avis est qu'épouser une femme dont n'est point aimé, c'est s'exposer. . .

BAZILE — Hé, hé, monsieur. on en voit beaucoup cette année. ne ferais point violence à son coeur.

BARTHOLO — Votre valet, Bazile. Il vaut mieux qu'elle pleure de avoir, que moi je meure de ne l'avoir pas.

BAZILE — Il y va de la vie? Epousez, docteur, épousez.

BARTHOLO — Aussi ferai-je, et cete nuit même.

BAZILE — Adieu donc. . . Souvenez-vous, en parlant à la pupille, de rendre tous plus noirs que l'enfer.

BARTHOLO — Vous avez raison.

BAZILE — La colomnie, docteur, la calomnie! Il faut toujours en air là.

BARTHOLO — Voici la lettre de Rosine, que cet Alonzò m'a remise; il m'a montré, sans le vouloir, l'usage que j'en dois faire auprès d'elle

BAZILE — Adieu: nous serons tous ici à quatre heures.

BARTHOLO — Pourquoi pas plus tôt?

BAZILE — Impossible; le notaire est retenu.

BARTHOLO — Pour un mariage?

BAZILE — Oui, chez le barbier Figaro; c'est sa nièce qu'il marie.

BARTHOLO — Sa nièce? il n'en a pas.

BAZILE — Voilà ce qu'ils ont dit au notaire.

BARTHOLO — Ce drôle est du complot: que diable! . . .

BAZILE — Est-ce que vous penseriez. . . ?

BARTHOLO — Ma foi, ces gens-là sont si alertes! Tenez, mon ami, ne suis pas tranquille. Retournez chez le notaire. Qu'il vienne ici sur-le-amp avec vous.

BAZILE — Il pleut, il fait un temps du diable; mais rien ne m'arrête sur vous servir. Que faites-vous donc?

BARTHOLO — Je vous reconduis: n'ont-ils pas fait estropier tout mon onde par ce Figaro! Je suis seul ici.

BARTHOLO — Tenez, Bazile, voilà mon passe-partout. Je vous attends, veille; et vienne qui voudra, hors le notaire et vous, personne n'entrera e la nuit.

BAZILE — Avec ces précautions, vous êtes sûr de votre fait.

Aparece Bartolo en la habitación de Rosina, la cual, lo recibe con mucha brusquedad. El viejo muestra a su hermosa pupila una carta suya, que el Conde le ha dado, diciéndole al mismo tiempo, que le es infiel,

con lo cual logra provocar la indignación de la joven, sacándole una confesión de la verdad y la promesa de desposarse con él.

BARTHOLO, Tenant de la lumière — Ah! Rosine, puisque vous n'êtes pas encore rentrée dans votre appartement. . .

ROSINE — Je vais me retirer.

BARTHOLO — Par le temps affreux qu'il fait, vous ne reposerez pas et j'ai des choses très pressées à vous dire.

ROSINE — Que me voulez-vous, monsieur? N'est-ce donc pas assez d'être tourmentée le jour?

BARTHOLO — Rosine, écoutez-moi.

ROSINE — Demain, je vous entendrai.

BARTHOLO — Un moment de grâce!

ROSINE, (à part) S'il allait venir!

BARTHOLO (lui montrant sa lettre) — Connaissez-vous cette lettre?

ROSINE (la reconnaît) — Ah! grands dieux! . . .

BARTHOLO — Mon intention, Rosine, n'est pas de vous faire reproches: à votre âge, on peut s'égarer; mais je suis votre ami; écoutez-moi.

ROSINE — Je n'en puis plus.

BARTHOLO — Cette lettre que vous avez écrite au comte Almaviva!

ROSINE (étonnée) Au comte Almaviva!

BARTHOLO — Voyez quel homme affreux est ce comte: aussi qu'il l'a recue, il en a fait trophée. Je la tiens d'une femme à qui il a sacrifiée.

ROSINE — Le comte Almaviva! . . .

BARTHOLO — Vous avez peine à vous persuader cette horreur! L'inexpérience, Rosine, rend votre sexe confiant et crédule; mais apprenez dans quel piège on vous attirait. Cette femme m'a fait donner avis tout, apparemment pour écarter une rivale aussi dangereuse que vous. J'en frémis! le plus abominable complot entre Almaviva, Figaro et Alonzo, cet élève supposé de Bazile, qui porte un autre nom et n'est que le vil agent du comte, allait vous entraîner dans un abîme dont rien ne peut vous tirer.

ROSINE — (accablée) Quelle horreur . . . quoi, Lindor! . . . quoi, jeune homme! . . .

BARTHOLO, (à part) — Ah! c'est Lindor?

ROSINE — C'est pour le comte Almaviva... C'est pour un autre...

BARTHOLO — Voilà ce qu'on m'a dit en me remettant votre lettre.

ROSINE (outrée) — Ah! quelle indignité!... Il en sera puni...  
Monsieur vous avez désiré de m'épouser?

BARTHOLO — Tu connais la vivacité de mes sentiments.

ROSINE — S'il peut vous en rester encore, je suis à vous.

BARTHOLO — Eh bien! le notaire viendra cette nuit même.

ROSINE — Ce n'est pas tout. O ciel! suis-je assez humiliée!... Apprenez que dans peu le perfide ose entrer par cette jalousie dont ils ont l'art de vous dérober la clef.

BARTHOLO? (regardant au trousseau) — Ah les scélérats! Men cachez-vous, je ne te quitte plus.

ROSINE, (avec effroi) — Ah, monsieur! et s'ils sont armés?

BARTHOLO — Tu as raison: je perdrais ma vengeance. Monte chez Marceline: enferme-toi chez elle à double tour. Je vais chercher main-forte, l'attendre auprès de la maison. Arrêté comme voleur, nous aurons le plaisir d'en être à la fois vengés et délivrés.

ROSINE (au désespoir) — Oubliez seulement mon erreur. (A part)  
Je m'en punis assez!

BARTHOLO, (s'en allant) — Allons nous embusquer. A la fin, je tiens (Il sort).

A pesar de tantas medidas tomadas por el médico, salta por la ventana de Rosina, Almaviva y Figaro. La joven hace reproches a su amador por su mal proceder y falsedad y tiene lugar una escena de despecho amoroso. Entonces Lindoro, se descubre ante ella, elegantemente ataviado y revela, que él no es Lindoro como ella supone, sino el verdadero y auténtico Conde Almaviva.

FIGARO Parle au dehors — Quelqu'un s'enfuit: entrerais-je?

LE COMTE, (en dedans) — Un homme?

FIGARO — Non.

LE COMTE — C'est Rosine, que ta figure atroce aura mise en fuite.

FIGARO (saute dans la chambre) Ma foi, je le crois... Nous voici enfin arrivés, malgré la pluie, la foudre et les éclairs.

LE COMTE (enveloppé d'un manteau) — Donne-moi la main—  
saute à son tour) A nous la victoire!

FIGARO (jette son manteau) — Nous sommes tout percés. Charr  
temps pour aller en bonne fortune! Monseigneur, comment trouvez  
cette nuit?

LE COMTE — Superbe pour un amant.

FIGARO — Ouo; mais pour un confident?... Et si quelqu'un a  
nous surprende ici?

LE COMTE — N'es-tu pas avec moi? J'ai bien une autre inquiéti  
c'est de la déterminer à quitter sur-le champ la maison du docteur.

FIGARO — Vous avez pour vous trois passions toutes-puissantes  
le beau sexe: l'amour, la haine et la crainte.

LE COMTE (regardant dans l'obscurité) — Comment lui anno  
brusquement que le notaire l'attend chez toi pour nous unir? Elle trou  
mon projet bien hardi; elle va me, nomier audacieux.

FIGARO — Si elle vous nomme audacieux, vous l'appellerez cruelle.  
femmes aiment beaucoup qu'on les appelle cruelles. Au surplus, si  
amour est tel que vous le désirez, vous lui direz qui vous êtes; elle ne dou  
plus de vos sentiments.

FIGARO (allume toutes les bougies qui sont sur la table).

LE COMTE — La voici ma belle Rosine!...

ROSINE, (d'un ton compassé) Je commençais, monsieur, à crain  
que vous ne vinssiez pas.

LE COMTE — Charmante inquiétude!... Mademoiselle, il ne  
convient point d'abuser des circonstances pour proposer de partager  
sort d'un infortuné; mais quelque asile que vous choisissiez, je jure sur m  
honneur...

ROSINE — Monsieur, si le don de ma main n'avait pas dû suivre  
l'instant celui de mon coeur, vous ne seriez pas ici. Jue la nécessité just  
à vos yeux ce que cette entrevue a d'irrégulier.

LE COMTE — Vous, Rosine! la compagne d'un malheureux sans f  
tune, sans naissance!...

ROSINE — La naissance, la fortune! Laissons là les jeux du hasa  
et si vous m'assurez que vos intentions sont pures:

LE COMTE (à ses pieds) — Ah! Rosine! je vous adore!...

ROSINE, (indignée) Arrêtez, malheureux!... vous osez profaner!  
—t! tu n'es plus dangereux pour moi; j'attendais ce mot pour te détester.  
ais avant de t'abandonner au remords qui t'attend, (En pleurant) ap-  
prends que je t'aimais; apprends que je faisais mon bonheur de partager  
—n mauvais sort. Misérable Lindor! j'allais tout quitter pour te suivre.  
ais la lâche abus que tu as fait de mes bontés, et l'indignité de cet affreux  
mte Almaviva, à qui tu me vendais, on fait rentrer dans mes mains ce  
noignage de ma faiblesse. Connais-tu cette lettre?

LE COMTE — Que votre tuteur vous a remise?

ROSINE (fièrement) Oui, je lui en ai l'obligation.

LE COMTE — Dieux, que je suis heureux! Il la tient de moi. Dans  
—on embarras, hier, je m'en suis servi pour arracher sa confiance; et je  
ai pu trouver l'instant de vous en informer. Ah! Rosine! il est donc vrai  
te vous m'aimez véritablement!

FIGARO — Monseigneur, vous cherchiez une femme qui vous aimât  
—ur vous-même... .

ROSINE — Monseigneur!... Que dit-il?

LE COMTE (jetant son large manteau, paraît en habit magnifique  
Oh la plus aimée des femmes! il n'est plus temps de vous abuser: l'heu-  
ux homme que vous voyez à vos pieds n'est point Lindor; je suis le  
mte Almaviva, qui meurt d'amour, et vous cherche en vain depuis six  
ois.

ROSINE (tombe dans les bras du comte) Ah!... .

LE COMTE (effrayé) —Figaro!

FIGARO — Point d'inquiétude, monseigneur, la douce émotion de la  
vie n'a jamais de suites fâcheuses; la voilà, la voilà qui reprend ses sens.  
forbleu, qu'elle est belle!

ROSINE — Ah, Lindor!... Ah, monseigneur! que je suis coupable!  
allais me donner cette nuit même à mon tuteur.

LE COMTE — Vous, Rosine!

ROSIOE — Oe voyez que ma punition! J'aurais passé ma vie à vous  
étester. Ah! Lindor, le plus affreux supplice n'es-il pas de haïr, quand on  
ent qu'on est faite pour aimer?

FIGARO (regarde à la fenêtre — Monseigneur, le retour est fermé  
échelle est enlevée.

LE COMTE — Enlevé!

ROSINE? (troublée) Oui, c'est moi... c'est le docteur. Voilà fruit de ma crédulité. Il m'a trompée. J'ai tout avoué, tout trahi: il s que vous êtes ici, et va venir avec main-forte.

FIGARO. (regarde encore) — Monseigneur! on ouvre la porte de rue.

ROSINE, (courant dans les bras du comte avec frayeur — Ah! Lindor!...)

LE COMTE, (avec fermeté) — Rosine, vous m'aimez! je ne crains rien; et vous serez ma femme. J'aurai donc le plaisir de punir à mon gré l'odieux vieillard!...

ROSINE — Non, non; grâce, pour lui, cher Lindor! Mon cœur est si plein que la vengeance ne peut y trouver place.

Después de varias actitudes cómicas y sumamente ingeniosas, el mismo Notario que debía precidir el enlace de Bartolo y su pupila, casa a los jóvenes enamorados, sirviendo de testigos don Basilio y Figaro.

FIGARO — Monseigneur, c'est notre notaire.

LE COMTE — Et l'ami Bazile avec lui!

BAZILE — Ah! qu'est-ce que j'aperçois?

FIGARO — Eh! par quel hasard, notre ami...?

BAZILE — Par quel accident, messieurs...?

LE NOTAIRE — Sont-ce là les futurs conjoints?

LE COMTE — Oui, monsieur. Vous deviez unir la signora Rosine et moi cette nuit, chez le barbier Figaro; mais nous avons préféré cette maison pour des raisons que vous saurez. Avez-vous notre contrat?

LE NOTAIRE — J'ai l'honneur de parler à Son Excellence monseigneur le comte Almaviva?

FIGARO — Précisément.

LE NOTAIRE — C'est que j'ai deux contrats de mariage, monseigneur. Ne confondons point: voici le vôtre; et c'est ici celui du seigneur Bartholo avec la signora... Rosine aussi? Les demoiselles apparemment sont deux sœurs qui portent la même nom.

LE COMTE — Signons toujours. Don Bazile bien nous servir de témoin. (Ils signent).

BAZILE — Mais, Votre Excellence... je ne comprends pas...

LE COMTE — Mon maître Bazile, un rien vous embarrase, et tout étonne.

BAZILE — Monseigneur... mais si le docteur...

LE COMTE? (lui jetant une bourse) — Vous faites l'enfant! Signez vite?

BAZILE (étonné) Ah! ah!

FIGARO — Où donc est la difficulté de signer?

BAZILE (pesant la bourse) — Il n'y en a plus. Mais c'est que moi, id j'ai donné ma parole une fois, il faut des motifs d'un grand poids... (signe).

En eso llega don Bartolo, aunque ya demasiado tarde, sólo para consolar muy a su pesar, según palabras del astuto Figaro, que cuando la jura y el amor se unen para engañar a un viejo, cuantos esfuerzos haga para impedirle, serán la música de "La inútil precaución". Este es el título que puso Beaumarchais a su pieza.

BARTHOLO (voit le comte baiser la main de Rosine, et Figaro qui rousse grotesquement don Bazile; il crie en prenant le notaire à la gorge) — Rosine avec ces fripons! Arrêtez tout le monde. J'en tiens un collet.

LE NOTAIRE — C'est votre notaire.

BAZILE — C'est votre notaire. Vous moquez-vous?

BARTHOLO — Ah! don Bazile, et comment êtes-vous ici?

BAZILE — Mais plutôt vous, comment n'y êtes-vous pas?

L'ALCADE? (montrant Figaro) — Un moment! je connais celui-ci, viens-tu faire en cette maison, à des heures indues?

FIGARO — heure indue? Monsieur voit bien qu'il est aussi près du jour que du soir. D'ailleurs, je suis de la compagnie de Son Excellence Monseigneur le comte Almaviva.

BARTHOLO — Almaviva!

L'ALCADE — Ce ne sont donc pas des voleurs?

BARTOLO — Laissons cela. — Partout ailleurs, monsieur le comte, mais le serviteur de votre excellence; mais vous sentez que la supériorité de rang est ici sans force. Ayez, s'il vous plaît la bonté de vous retirer.

LE COMTE — oui, le rang doit être ici sans force; mais ce qui en a



beaucoup, est la préférence que mademoiselle vient de m'accorder sur  
en se donnant à moi librement.

BARTHOLO — Que dit-il, Rosine?

ROSINE — Il dit vrai. D'où naît votre étonnement Ne devais-je  
sette nuit même, être vengée d'un trompeur? Je le suis.

BAZILE — Quand je vous disais que r'était le comte lui-même doc

BARTHOLO — Que m'importe à moi? Plaisant mariage! Où  
les témoins?

LE NOTAIRE — Il n'y manque rien. Je suis assisté de ces deux  
sieurs.

BARTHOLO — Comment, Bazile! vous avez signé?

BAZILE — Que voulez-vous? ce diable d'homme a toujours ses po  
pleines d'arguments irrésistibles.

BARTHOLO — Je me moque de ses arguments. J'userai de mon-  
torité.

LE COMTE — Vous l'avez perdue en en abusant.

BARTHOLO — La demoiselle est mineure.

FIGARO — Elle vient de s'émanciper.

BARTHOLO — Qui te parlé à toi, maître fripon?

LE COMTE — Mademoiselle est noble et belle; je suis homme  
qualité, jeune et riche; elle est ma femme: à ce titre qui nous honoré  
lement, prétend-on me la disputer?

BARTHOLO — Jamais on ne l'ôtera de mes mains.

Le COMTE — Elle n'est plus en votre pouvoir. Je la mets  
l'autorité des lois; et monsieur, sue vous avez amené vous même, la  
tègera contre la violence que vous voulez lui faire Les vrais magist  
sont les soutiens de ceux qu'on opprime.

LE COMTE — Ah! qu'il consente à tout et je ne lui demande r

FIGARO — ...que la quittance de mes cent écus; ne perdons  
la tête.

BARTHOLO (irrité) Ils étaient tous contre moi; je me suis fourré  
tête.

BARTHOLO (irrité) Ils étaient tous contre moi; je me suis fourré  
tête dans un guêpier.

BAZILE — Quel guêpier? Ne pouvant avoir la femme, calculez doc-  
-t, que l'argent vous reste; eh oui, vous restez!

BARTHOLO — Ah! laissez-moi donc en repos, Bazile! Vous ne songez  
à l'argent. Je me soucie bien de l'argent moi! A la bonne heure, je le  
de; mais croyez-vous que ce soit le motif qui me détermine? (Il signe).

FIGARO (riant) — Ah! ah, ah, monseigneur! ils sont de la même  
mille.

LE NOTAIRE. — Mais, messieurs, je n'y comprends plus rien. Est-ce  
elles ne sont pas deux demoiselles qui portent le même nom?

FIGARO — Non, monsieur, elles ne sont qu'une.

BARTHOLO (se désolant) — Et moi qui leur ai enlevé l'échelle, pour  
le mariage fût plus sûr! Ah! je me suis perdu faute de soins.

FIGARO — Faute de sens. Mais soyons vrais; docteurs: quand la  
nesses et l'amour sont d'accord pour tromper un vieillard, tout ce qu'il  
pour l'empêcher peut bien s'appliquer à bon droit la "Précaution inutile".

Como hemos visto, "El Barbero de Sevilla", proporcionó al Teatro  
neces la idea de una comedia completamente nueva y llena de gracia y  
-ginalidad. Está escrita y diestramente combinada en el estilo más pro-  
y adecuado para el diálogo y la escena teatral. Entre los pasajes más  
-tables y hoy clásicos, citaré:

I.—Almaviva bajo el balcón de Rosina, en Sevilla.

II.—La ingeniosa escena en que aparece el estudiante o bachiller.

III.—El hermoso dúo amoroso, o lección de música que Lindero da  
Rosina.

IV.—La fiebre del incauto Don Basilio.

V.—La vigorosísima y notable escena de la carta escrita y de los argu-  
mentos ingeniosos que Rosina presenta a su tutor.

VI.—La boda del Conde Almaviva con la joven Rosina.

VII.—La terrible cólera del anciano médico al verse burlado en for-  
a tan cruel.

VIII.—La irónica y sapientísima sentencia de Figaro, el barbero, al  
al de la pieza; haciendo ver cómo el amor de unos jóvenes puede resis-  
a cuantos esfuerzos haga por impedirlo un viejo.

Todas las escenas que acabo de describir y en general las que forman

esta obra inmortal, constituyen sin dejar lugar a duda, otras tantas p<sup>ar</sup>tes bellísimas, interesantes y llenas de celebridad en la historia del teatro Universal.

Todo el interés de esta pieza magistral recae en la inocente huérfana, pupila de Bartolo, encarcelada y víctima de su celoso tutor, y en las estratagemas e ingeniosísimas salidas del simpatiquísimo y gracioso Figaro. El diálogo que se desarrolla, es muy vigoroso y lleno de interés. Los personajes se renuevan constantemente y caminan sin interrupción ni languidez, hacia un desenlace amigable, ya previsto y ansiosamente esperado.

“El Barbero de Sevilla” hace notar en forma clarísima y notable, la genialidad dramática de Beaumarchais, que consiste no en inventar comedias ni trucos nuevos, sino en desarrollar hábil y magistralmente situaciones que nos parecen ya familiares y en extremo conocidas, y que despiertan nuestro interés grandemente, como sucede en “El Barbero de Sevilla”. Con toda seguridad, al escribir esta obra, muy suya, el autor se revela como maravilloso y genial hombre de teatro, que ha extendido en forma verdaderamente sorprendente la vida y el movimiento en la escena.

## EL ESTILO

Esta bellísima comedia está escrita con admirable firmeza y perfecta precisión. El autor demuestra una gran habilidad al pasar de un tono a otro, sin esfuerzo. La vivacidad en el diálogo y el ardor que encierra, son maravillosos. Es una pieza redactada con mucha audacia y sumamente alegre. Aunque en ella trata Beaumarchais un tema ya muy conocido, logra convertirla en una de las obras maestras del siglo XVIII.

A través de ella no encontramos un solo acto, que deje de presentar alguna situación ingeniosamente combinada y graciosa hasta el último detalle. Además estos actos están ligados novedosamente entre sí, hasta el último que termina en un desenlace que constituye un verdadero éxito.

## LA ACCION

Como antes dije, el argumento de esta obra magistral es sencillísimo y tratado anteriormente por otros autores.

Una niña ingenua, un viejo celoso y enamorado; un galán apuesto y un criado astuto y hábil que logra introducir a su amo al aposento

ella, es una historia de lo más común en la vida del Teatro. Pero ante la inspiración de Beaumarchais todo cambia y se transforma, se moderniza y rejuvenece. Esta pieza es un modelo perfecto y clásico de intriga, es a menos que el triunfo decisivo y grandioso de un amor en plena juventud, sobre las precauciones inútiles de la vejez; pero tratado con inabundante maestría y armoniosa variedad en su desarrollo.

## LOS CARACTERES

Los tres personajes principales de "El Barbero de Sevilla", se caracterizan por su hermosa juventud.

Rosina.—Es una joven pura y honrada, de corazón sencillo y buenas dotes. Las estratagemas que emplea para engañar a su tutor la demuestran claramente. Su amor tiene delicadezas y detalles hermosísimos, es saturado de linda poesía que difícilmente podríamos encontrar en las obras de otros autores dramáticos, aún del mismo Molière.

El Conde Almaviva.—Es un noble y apuesto caballero, que descendiendo de noble cuna y posee una gran fortuna. Su amor es generoso y sincero al igual que el de Rosina. Tiene una gracia que le es característica a través de la obra. Su clara inteligencia, mezclada de un ardor natural, consiguen precisamente esa originalidad, que lo hace tan agradable.

Figaro.—Es desde luego la figura central de la pieza. Su optimismo, experiencia y su fino ingenio, lo vuelven interesantísimo. En cierto modo, este personaje tiene gran semejanza con el propio Beaumarchais, e como ya sabemos se singulariza, por su vida agitada, su clarísimo ingenio y rara habilidad para triunfar, aún en los casos más difíciles.

En frente de estos tres personajes, que forman un trío lleno de vigor y poderosa atracción, aparecen Don Bartolo y don Basilio, que aparentemente, desempeñan un papel poco importante en la obra; sin embargo, es así.

Bartolo.—Es el tipo acabado del viejo celoso, cruel, y necio por demás. Es un médico hábil y experimentado, que cree poder dominar a todos aún a costa de calumnias y vilezas, si es preciso y que trata de poner una barrera infranqueable entre dos jóvenes enamorados, y dispuestos a arrostrarlo todo con tal de realizar su ideal. En algunas ocasiones, el amor contrariado de Bartolo, es muy conmovedor. El autor supo mante-

ner, en toda su obra un interés constante y vivo hacia esta figura que ne de manifiesto los convencionalismos y miserias de la vida.

Basilio.—Beaumarchais supo tan inteligentemente dar vida a esta gura, que es notable verlo entrometido, cauteloso y carente de escrúpulo al grado de que sin duda alguna ha llegado a ser un símbolo, y a ser una creación magistral.

## INTERES LITERARIO

Principalmente esta obra se caracteriza, por la vida de los personajes, el espíritu que los anima y la viveza y elegancia del lenguaje. La alegría y la aguda ironía, constituyen su gran novedad. En medio de todas estas figuras aparece Figaro como personaje central, que lanza sus rayos de entusiasmo y gozo alrededor de todos. El mismo autor se presenta en persona a través de lo que ha escrito, lo que constituye una verdadera innovación, que trasmite ingeniosamente a sus personajes, en los que poder reconocer las opiniones, los gestos, los sentimientos y hasta las extravagancias del gran Beaumarchais. No cabe duda que la simpatía, la habilidad, la filosofía de Figaro, son las mismas del autor. El tipo seductor y gracia sin igual del Conde Almaviva, son las cualidades que adornaron al joven relojero Caron que supo conquistarse la admiración en forma decisiva en la Corte de Luis XV.

Rosina, Bartolo y Basilio representan sin dejar lugar a dudas, a algunas de tantas gentes que Beaumarchais conoció a lo largo de su existencia movida, agitada, llena de reveses de fortuna, infames calumnias y mujeres hermosas.

Es pues "El Barbero de Sevilla", una comedia *personal*, ya que el autor aparece en escena, reencarnado en sus ingeniosos personajes. Es también una comedia *social*, porque en ella se describe y critica mordazmente una época a la cual está íntimamente relacionada la historia de este insigne y sin par escritor dramático.

## INTERES HISTORICO Y SOCIAL DE LA PIEZA

"El Barbero de Sevilla", tiene un doble carácter documental y agudo que constituye la última originalidad de la obra.

Es ésta la primera ocasión en que un escritor de Teatro, se levanta

igiendo una dura crítica a algunas costumbres de su tiempo y sugiere érgicamente que se reformen. La filosofía social lanzada ácremente por ro, se continúa sin interrupción y se sigue desarrollando en forma ma-ral en “Las Bodas de Figaro”, la otra gran comedia inmortal de Beau-rchais, de la cual me ocuparé muy especialmente en el siguiente ca-ulo.

### POSTERIDAD DE ESTA OBRA

Esta pieza es una obra maestra de primer orden, en el género dramá-o. Su influencia poderosísima, no se detiene, ni en el momento mis- que estalla la Revolución Francesa. La intriga que a través de ella va desarrollando, proviene desde luego de los Teatros de Italia y Es-ña que tan fielmente supo imitar Pedro Agustín Caron de Beaumar-ajs. La Psicología de Molière, está claramente reflejada en ella. También atribuyeron muchísimo a formarla sin ninguna duda, la alegría caracte-tica de Regnard y el sublime teatro de amor de Marivaux. Se nota en a pieza algún rastro de los dramas burgueses que tanto se acostumbran las obras de Sedaine y Diderot. Algún dejo hay también del sentimen-ismo, espiritualidad e indecible delicadeza de Alfredo de Musset. Tie-también esta pieza algunas semejanzas con los escritos de Emilio Au-x, en lo que toca al lenguaje vigoroso, a veces demasiado espiritualista en el robusto temperamento dramático con Alejandro Dumas hijo, en estilo vivo, cortante ingenuo y en algunas ocasiones declamatorio.

Finalmente, si es verdad que algunas condiciones de vida semejantes parecidas, forman otras literarias análogas, podemos notar con mucha ilidad la descendencia del “Barbero de Sevilla” en las famosísimas opè-tas de Meilhac, Halévy y Offenbach, que datan de una época anterior 1870, y las interesantes comedias, pertenecientes al género ligero de Ro-rtó Flers y Caillavet, que fueron escritas poco antes de iniciarse el año 1914, memorable en la Historia del Mundo por los grandes aconteci-ientos que en él sucedieron. (1)

- 
- ) LE BARBIER DE SEVILL. Acto 1o. Escena I, II, III, IV, V, VI  
 Acto 2o. Escena I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII,  
 XIV, XV  
 Acto 3o. Escena I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII,  
 XIV  
 Acto 4o. Escena I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII

## “LE MARIAGE DE FIGARO”

“Le Mariage de Figaro” que tiene como sub-título “La Folle Journée”; es una pieza, que consta de cinco actos. Beaumarchais la inició en 1778 y terminó de escribirla hacia 1781.

“Le Mariage de Figaro” constituye un cuadro amplísimo y extraordinariamente claro de la sociedad del Siglo XVIII. En él, aparecen los principales personajes de “Le Barbier de Seville”.

En Septiembre de 1781, esta obra inmortal, fué recibida con entusiasmo delirante en el Teatro Francés (Théâtre Français). Tu título original es el de “La Folle Journée”. Sin embargo sólo pudo ser representada públicamente el 27 de abril de 1784, a causa de los ataques tan rudos que dirigió la censura y la decidida hostilidad de Luis XVI, de los cuales hablé anteriormente, al tratar la historia del insigne escritor. El éxito que siguió a esta representación fué inmenso y definitivo. No creo exagerar al afirmar que constituyó uno de los triunfos más completos y rotundos del Siglo XVIII. El público asistía diariamente en masa al Théâtre Français y lo aclamaba con verdadero delirio.

En medio de tantos éxitos y en el apogeo de la gloria tuvo este gran autor dramático, que sufrir los ataques tremendos que le dirigía aquél enemigo suyo, apellidado Suard, del que ya he hablado también. Las dificultades que hubo que vencer fueron enormes y sufrió también un número de injusticias, inclusive, la de haber sido encerrado en la prisión de Saint-Lazare. A pesar de todas estas aventuras, Beaumarchais se adelantó, como de costumbre. Su popularidad con esto, aumentó y muchos de los Ministros y grandes personajes de la Corte, asistieron a las siguientes representaciones de “Le Mariage de Figaro”, declarando que era una pieza maravillosa.

No sólo en París y en las principales ciudades Francesas obtuvo Beaumarchais éste triunfo sin precedente, sino también en el Extranjero. El gran Mozart, se inspiró en esta bella obra y creó en la Opera de Viena su inmortal pieza del mismo nombre. Esto sucedía en mayo de 1786.

Desde entonces, estrechamente unida, la música sutil y delicada con el músico Austriaco y la palabra irónica e incomparable del escritor francés, no han cesado de atraer a las multitudes, que acuden presurosas a presenciar esta famosísima Obra Maestra de todos los tiempos.

Al presentar esta pieza genial, Beaumarchais se revela como un gran

or dramático. A través de ella, se distingue netamente su espíritu, su **pejada** inteligencia, y la filosofía profunda, que siempre lo caracteriza. Es un maravilloso conjunto de admirable riqueza y hondísima emoción intelectual.

Sin duda alguna "Le Mariage de Figaro", constituye la principal **comedia** entre todas las demás que escribió este autor. Se distingue especialmente por su originalidad y atrevimiento verdaderamente increíble. Es una **comedia** llena de espíritu dramático, en ella ocupa también un lugar preminente, la parte cómica, por cierto muy bien lograda. La concepción de esta **pieza** es una mezcla de **locura**, novedad y exquisita originalidad. En "Le Mariage de Figaro", es una **comedia** alegre y movida, bastante pertinente y en extremo ingeniosa. El fondo, es desde luego inmoral, algo la censura tuvo a bien el prohibirla durante tanto tiempo,

Sin embargo, esta **obra** sin para **obra** de Arte, es una admirable y clara **pieza** de la vida real. Puede resumirse en la forma siguiente:

Figaro, Mayordomo del Castillo de Aguas Frescas (distante de unas **seis** o cuatro leguas de Sevilla) propiedad del señor Conde de Almaviva, **regidor** Mayor de Andalucía; ha tenido la mala ocurrencia de pedir **prestados** diez mil francos a Marcelina, Ama de Llaves del mismo Castillo y le ha entregado un comprobante, comprometiéndose a pagárselos un corto plazo o a falta de esto, casarse con ella. A pesar de todas estas **cosas**, Figaro está perdidamente enamorado de la hermosa Susana, **Camara** de la Condesa, la cual, tiene a bien relatarle graciosamente, como el **hombre** donde se ha prendado de ella y a toda costa, quiere convertirla en su **esposa**; por cierto contando con la ayuda de Basilio, que es nada menos que el Maestro de Música del Castillo.

FIGARO — Dix-neuf pieds sur vingt-six.

SUZANNE — Tiens, Figaro, voilà mon petit chapeau: le trouves-tu mieux ainsi?

FIGARO lui prend les mains — Sans comparaison, ma charmante. **Voilà** que ce joli bouquet virginal, élevé sur la tête d'une belle fille, est **voilà** un; le matin des noces, à l'oeil amoureux d'une belle d'un époux!...

SUZANNE se retire — Que mensures — tu donc là, mon Fils?

FIGARO — Je regarde, ma petite Suzanne, si ce beau lit que Monsieur nous donne aura bonne grâce.

SUZANNE — Dans cette chambre?



FIGARO — Il nous la cède.

SUZANNE — Et moi, je n'en veux point.

FIGARO — Pourquoi?

SUZANNE — Je n'en veux point.

FIGARO — Mais encore?

SUZANNE — Elle me déplaît.

FIGARO — On dit une, raison.

SUZANNE — Si je n'en veuz pas dire?

FIGARO — Oh! quand elles sont sûres de nous?

SUZANNE — Prouver que j'aire raison serait accorder que je avoir tort. Es-tu mon serviteur, ou non?

FIGARO — Tu prends de l'humeur contre la chambre du chateau plus commode, et qui tient le milieu des deux appartements. La nuit Madame est incommodée, elle sonnera de son coté; zeste! en deux tu es chez elle. Monseigneur veut-il quelque chose? Il n'a qu'a tinter sien; crac! en toris sauts me voila rendu.

SUZANNE — Fort bien! Mais quiand il aura tinté le matin pour donner quelque bonne et longue comission, zeste! en deux pas il est a porte, et crac! en trois sauts. . .

FIGARO — Qu'entendez-vous para ces paroles?

SUZANNE — Il faudrait m'écouter tranquillement.

FIGARO — Et qu'est-ce qu'il y a? bon Dieu!

SUZANNE — Il y a, mon ami, que, las de courter les beautés environs, M. le comte Almaviva veut rentrer au château, mais non pas c. sa femme; c'est sur la tienne, enteds-tu, qu'il a jete ses vues, auxquelles espère que ce logement ne nunira pas. Et c'est ce que le loyal Bazile, honn agent de ses plaisirs, et mon noble maître a chanter, me répète chaque jc en me donnant leçon.

FIGARO — Bazile! o mon mignon! si jamais volée de bois vert, app quée sur une échine, a dument redresse le moelle épinière a quel qu'un.

SUZANNE — Tu croyais, bon garçon! que cette dot qu'on me don était pour les beaux yeux de ton mérite?

FIGARO — J'avais assez fait pour l'espérer.

SUZANNE — Que les gens d'esprit son betes!

Le Mariage de Figaro

La Folle Journée

Acte Premier

Scene Première

Figaro - Suzanne

Le Comte se présente avec son

Domestique un grand Tableau

de la Comédie Française

1789

FIGARO — On le dit.

SUZANNE — Mais c'est qu'on ne veut pas le croire!

FIGARO — On a tort.

SUZANNE — Apprends qu'il la destine à obtenir de moi, secrètement, un quart d'heure, seul à seule, qu'un ancien droit du Seigneur... Tu s'il était triste!

FIGARO — Je le sais tellement, que si Monsieur le Comte, en se mariant, n'avait pas aboli ce droit honteux, jamais je ne t'eusse épousée dans ses chaînes.

SUZANNE — Eh bien! s'il l'a détruit, il s'en repent; et c'est de ta grâce qu'il veut le racheter en secret aujourd'hui.

FIGARO, se frottant la tête — Ma tête s'amollit de surprise, et mon cœur se fertilise...

SUZANNE — Ne le frote donc pas!

FIGARO — Quel danger?

SUZANNE, riant — S'il y venait un petit bouton, des gens superstitieux...

FIGARO — Tu ris, friponne! Ah! s'il y avait moyen d'attraper ce grand menteur, de le faire donner dans un bon piège et d'empocher son or!

SUZANNE — De l'intrigue et de l'argent; te voilà dans ta sphère.

FIGARO — Ce n'est pas la honte qui me retient.

SUZANNE — La crainte?

FIGARO — Ce n'est rien d'entreprendre une chose dangereuse, mais d'échapper au péril en la menant à bien: car, d'entrer chez quelqu'un la nuit, de lui souffler sa femme et d'y recevoir cent coups de fouet pour la punir, il n'est rien plus aisé; mille sots coquins l'ont fait. Mais... (On entend le bruit de l'intérieur).

SUZANNE — Voilà Madame éveillée; elle m'a bien recommandé de te la première à lui parler le matin de mes noces.

FIGARO — Y a-t-il encore quelque chose la-dessous?

SUZANNE — La berge dit que cela porte bonheur aux épouses désolées. Adieu, mon mon petit fi, fi Figaro. Rêve à notre affaire.

FIGARO — Pour m'ouvrir l'esprit, donne un petit baiser.

SUZANNE — A mon amant aujourd'hui! Je t'en souhaite! Et qu'en aura-t-il demain mon mari? (Figaro l'embrasse).

SUZANNE — Hé bien, hé bien!

FIGARO — C'est que tu n'as pas d'idée de mon amour.

SUZANNE, de loin, les doigts unis sur sa bouche — Voilà votre ba-  
Monsieur; je n'ai plus rien a vous.

FIGARO court apres elle — Oh! mais ce n'est pas ainsi que v  
l'avez reçu.

Figaro el simpático ayuda de cámara, se propone decididamente tr-  
far de las intrigas del Conde y de Basilio y admira grandemente a su n  
Susana.

La charmante fille! toujours riante, verdissante, pleine de gaité  
esprit, d'amour et de délices! mais sage!... (Il marche vivement et  
frottant les mains) Ah! Monseigneur! Moncher monseigneur! vous vo  
m'en donner. à garder? Je cherchais aussi pourquoi, m'ayant nommé  
cierge, il m'emmene a son ambassade et m'établit courrier de dépréc  
J, entends, Monsieur le Comte! Trois promotions à la fois: vous, comp  
nion Ministre; moi Casse-cou poltique, et Suzon, Dame du lieu, l'Am  
sadrice de noche et puis foute courrier! Pendant que galoperais d'un c  
vous feriez faire de l'autre a ma belle un joli chemin! me crottant, m'échin  
peur la gloire de votre famelli; vous, daignant concourir à l'acàroissement  
la miennel Quelle douce reciprocité! Mais Monseigneur, ya de l'abus. F  
à Londres, en même temps, les affaires de votre Maitre et celles de vo  
Valet! représenter la fois le Aoi est moi, dans une Cours entrangère,  
est trop de moitié, c'est trop. — Pour toi, Bazile! fripon mon cadet! je veu  
apprendre a clocher devant le boiteux; je veux... Non, dissimulons a  
eux, pour les enferrer l'un par l'autre. Attention sur la journée, Monsi  
Figaro! D'abord, avancer l'heure de votre petite fête, pour épouser p  
surement; écarter une Marceline, qui de vous est friande en diable; é  
pocher l'or et les présents; donner le change aux petites passions de M  
sieur le Comte; étriller rondement Monsieur du Bazile, et...

Susana, joven y honrada doncella, se decide a poner al tanto a su ar  
de las galantes intenciones del Conde hacia ella y desde entonces nace u  
estrecha amistad entre ellas dos y Figaro, todos unidos, para hacer fraca  
los planes del Sr. Conde.

SUZANNE? LA COMTESSE? entrent par la porte à droite.

LA COMTESSE (se jette dans une bergère — Ferme la porte, S  
zanne, et conte-moi tout dans le plus grand détail.

SUZANNE — Je n'ai rien caché à Madame.

LA COMTESSE — Quoi, Suzon, il voulait te séduire?

SUZANNE — Oh! que non! Monseigneur n'y met pas tant de façon  
c sa servante; il voulait m'acheter.

LA COMTESSE — Et le petit page était présent?

SUZANNE — C' est-à-dire, cache derrière le grand fauteuil. Il venait  
prier de vous demander sa grâce.

LA COMTESSE — He pourquoi ne pas s'adresser à moi-même; est-ce  
je l'aurais refusé, Suzon?

SUZANNE — C'est ce que j'ai dit: mais ses regrets de partir, et surtout  
quitter Madame! Ah! Suzon, qu'elle est noble et belle! mais qu'elle est  
posante!

LA COMTESSE — Est-ce que j'ai cet air-là, Suzon? moi qui l'ai tou-  
rs protégé.

SUZANNE — Puis il a vu votre ruban de nuit que je tenais, il s'est  
é-dessus...

LA COMTESSE? (souriant) Mon ruban? Quelle enfantillage.

SUZANNE — J'ai voulu le lui ôter; Madame, c'était un lion; ses yeux  
llaient... " Tu ne l'auras qu'avec ma vie" disait-il en forçant sa petite  
x douce et grêle.

LA COMTESSE — (rêvant) — Laissons... laissons ces folies... En-

SUZANNE; Eh bien; Madame, est-ce qu'on peut faire finir ce petit  
-mon-là? Ma marraine par-ci; je voudrais bien par l'autre; et parce qu'il  
oserait seulement baiser la robe de Madame, il voudrait toujours m'embras-  
; moi.

LA COMTESSE — (évant) — Laissons... laissons ces folies... En-  
-i, ma pauvre Suzanne, mon époux a fini par te dire...?

SUZANNE — Que si je ne voulais pas l'entendre, il allait protéger Mat-  
fine.

LA COMTESSE (se lève et se promène en se servant fortement de  
n éventail) — Il ne m'aime pas du tout.

SUZANNE — Pourquoi tant de jalousie?

LA COMTESSE — Comme tous les maris, ma chère! uniquement par  
gueil. Ah! je l'ai trop aimé! je l'ai lassé de mes tendresses et fatigué de  
on amour; voilà mon seul tort envers lui; mais je n'entends pas que cet

honnête aveu te nuise, et tu épouseras Figaro. Lui seul peut nous y ai viendra-t-il?

SUZANNE — Dès qu'il verra partir la chasse.

LE COMTESSE? (se servant de l'éventail) — ouvre un peu la croc sur le jardin, Il fait une chaleur ici! . . .

SUZANNE — C'est que Madame parle avec animation 9 (Elle va ou la croisée).

LA COMTESSE (rêvant longtemps) Sans cette constance à me fui hommes sont bien coupables!

SUZANNE (crie de la fenêtre) — Ah voilà Monseigneur qui trav à cheval le grand potager, suivi de Pédrille, avec deux, trois, quatre lévri

LA COMTESSE — Nous avons du temps devant nous (Elle s'assis On frappe, Suzon?

SUZANNE (courant ouvrir en chantant) — Ah! c'est mon Figaro c'est mon Figaro!

En el Castilol de Aguas Frescas, vive también Querubín, primer paje Conde, este adolescente, casi un niño, pues sólo cuenta 13 a 14 años, altamente estimado por todos los que lo rodean. Es ágil y travieso; se esc de de su amo, cuando hace una diablura; lo molesta a menudo con su atol dramiento y distracciones y esto da lugar algunas veces a incidentes n graciosos en la pieza.

LE COMTE-, en dehors — Seule! Avec qui parlez- vous donc?

LA COMTESSE (troublée, se lève) — C'est mon époux? grands Dieux! (A Chérubin qui s'est levé aussi) Vous sans manteau, le col et le bras n seul avec moi! cet air de désordre, un billet reçu, sa jalousie! . . .

LE COMTE (En dehors — Vous n'ouvrez pas?

LA COMTESSE — C'est que je suis seule.

LE COMTE?, en dehors — Seule! Avec qui parlez-vous donc?

LA COMTESSE, (cherchant) — . . . Avez vous, sans doute.

CHCERUBIN, (à part — Après les scènes d'hier et de ce matin, il tuerait sur la place! (Il court vers le cabinet de toilette, entre et, tire la por sur lui).

LA COMTESSE, (seule en ôte la clé, et court ouvrir au Comte) — A quelle faute! quelle faute!

FIGARO — On le dit.

SUZANNE — Mais c'est qu'on ne veut pas le croire!

FIGARO — On a tort.

SUZANNE — Apprends qu'il la destine à obtenir de moi, secrètement, un quart d'heure, seul à seule, qu'un ancien droit du Seigneur... Tu s'es-tu s'il était triste!

FIGARO — Je le sais tellement; que si Monsieur le Comte, en se mariant, n'eût pas aboli ce droit honteux, jamais je ne t'eusse épousée dans ses domaines.

SUZANNE — Eh bien! s'il l'a détruit, il s'en repent; et c'est de ta main qu'il veut le racheter en secret aujourd'hui.

FIGARO, se frottant la tête — Ma tête s'amollit de surprise, et mon cœur s'est fertilisé...

SUZANNE — Ne le frotte donc pas!

FIGARO — Quel danger?

SUZANNE, riant — S'il y venait un petit bouton, des gens superstitieux...

FIGARO — Tu ris, friponne! Ah! s'il y avait moyen d'attraper ce grand empereur, de le faire donner dans un bon piège et d'emporter son or!

SUZANNE — De l'intrigue et de l'argent; te voilà dans ta sphère.

FIGARO — Ce n'est pas la honte qui me retient.

SUZANNE — La crainte?

FIGARO — Ce n'est rien d'entreprendre une chose dangereuse, mais d'échapper au péril en la menant à bien: car, d'entrer chez quelqu'un la nuit, de lui souffler sa femme et d'y recevoir cent coups de fouet pour la peine, il n'est rien plus aisé; mille sots coquins l'ont fait. Mais... (On entend le bruit de l'intérieur).

SUZANNE — Voilà Madame éveillée; elle m'a bien recommandé d'être la première à lui parler le matin de mes noces.

FIGARO — Y a-t-il encore quelque chose là-dessous?

SUZANNE — La berge dit que cela porte bonheur aux épouses désolées. Adieu, mon mon petit fi, fi Figaro. Rêve à notre affaire.

FIGARO — Pour m'ouvrir l'esprit, donne un petit baiser.

SUZANNE — A mon amant aujourd'hui! Je t'en souhaite! Et qu'en aura-t-il demain mon mari? (Figaro l'embrasse).

SUZANNE — Hé bien, hé bien!

FIGARO — C'est que tu n'as pas d'idée de mon amour.

SUZANNE, de loin, les doigts unis sur sa bouche — Voilà votre baron Monsieur; je n'ai plus rien à vous.

FIGARO court après elle — Oh! mais ce n'est pas ainsi que vous l'avez reçu.

Figaro el simpático ayuda de cámara, se propone decididamente intervenir en el far de las intrigas del Conde y de Basilio y admira grandemente a su novia Susana.

La charmante fille! toujours riante, verdissante, pleine de gaieté, esprit, d'amour et de délices! mais sage!... (Il marche vivement en frottant les mains) Ah! Monseigneur! Mon cher monseigneur! vous voulez m'en donner... à garder? Je cherchais aussi pourquoi, m'ayant nommé courrier, il m'emmena à son ambassade et m'établit courrier de déprêcher. J'entends, Monsieur le Comte! Trois promotions à la fois: vous, Compagnon Ministre; moi Casse-cou politique, et Suzon, Dame du lieu, l'Ambassadrice de noche et puis foutte courrier! Pendant que galoperais d'un côté vous feriez faire de l'autre à ma belle un joli chemin! me crottant, m'échinant pour la gloire de votre famille; vous, daignant concourir à l'acaroissement de la mienne! Quelle douce reciprocité! Mais Monseigneur, ya de l'abus. Faute à Londres, en même temps, les affaires de votre Maître et celles de votre Valet! représenter la fois le Roi est moi, dans une Cour étrangère, est trop de moitié, c'est trop. — Pour toi, Bazile! fripon mon cadet! je veux apprendre à clocher devant le boiteux; je veux... Non, dissimulons avec eux, pour les enfermer l'un par l'autre. Attention sur la journée, Monsieur Figaro! D'abord, avancer l'heure de votre petite fête, pour épouser plus sûrement; écarter une Marceline, qui de vous est friande en diable; enlever le pocher l'or et les présents; donner le change aux petites passions de Monsieur le Comte; étriller rondement Monsieur du Bazile, et...

Susana, joven y honrada doncella, se decide a poner al tanto a su amor de las galantes intenciones del Conde hacia ella y desde entonces nace una estrecha amistad entre ellas dos y Figaro, todos unidos, para hacer fracasar los planes del Sr. Conde.

SUZANNE? LA COMTESSE? entrent par la porte à droite.

LA COMTESSE (se jette dans une bergère — Ferme la porte, Suzanne, et conte-moi tout dans le plus grand détail.



SUZANNE — Je n'ai rien caché à Madame.

LA COMTESSE — Quoi, Suzon, il voulait te séduire?

SUZANNE — Oh! que non! Monseigneur n'y met pas tant de façon sa servante; il voulait m'acheter.

LA COMTESSE — Et le petit page était présent?

SUZANNE — C' est-à-dire, cache derrière le grand fauteuil. Il venait prier de vous demander sa grâce.

LA COMTESSE — He pourquoi ne pas s'adresser à moi-même; est-ce je l'aurais refusé, Suzon?

SUZANNE — C'est ce que j'ai dit: mais ses regrets de partir, et surtout quitter Madame! Ah! Suzon, qu'elle est noble et belle! mais qu'elle est osante!

LA COMTESSE — Est-ce que j'ai cet air-là, Suzon? moi qui l'ai toujours protégé...

SUZANNE — Puis il a vu votre ruban de nuit que je tenais, il s'est dessus...

LA COMTESSE? (souriant) Mon ruban? Quelle enfantillage.

SUZANNE — J'ai voulu le lui ôter; Madame, c'était un lion; ses yeux laient... Tu ne l'auras qu'avec ma vie" disait-il en forçant sa petite voix doucé et grêle.

LA COMTESSE — (rêvant) — Laissons... laissons ces folies... En-

SUZANNE, Eh bien, Madame, est-ce qu'on peut faire finir ce petit non-là? Ma marraine par-ci; je voudrais bien par l'autre; et parce qu'il serait seulement baiser la robe de Madame, il voudrait toujours m'embrasser moi.

LA COMTESSE — (évant) — Laissons... laissons ces folies... En, ma pauvre Suzanne, mon époux a fini par te dire...?

SUZANNE — Que si je ne voulais pas l'entendre, il allait protéger Madame.

LA COMTESSE (se lève et se promène en se servant fortement de éventail) — Il ne m'aime pas du tout.

SUZANNE — Pourquoi tant de jalousie?

LA COMTESSE — Comme tous les maris, ma chère! uniquement par orgueil. Ah! je l'ai trop aimé! je l'ai lassé de mes tendresses et fatigué de mon amour; voilà mon seul tort envers lui; mais je n'entends pas que cet

honnête aveu te nuise, et tu épouseras Figaro. Lui seul peut nous y a  
viendra-t-il?

SUZANNE — Dès qu'il verra partir la chasse.

LE COMTESSE? (se servant de l'éventail) — ouvre un peu la cr  
sur le jardin, Il fait une chaleur ici! . . .

SUZANNE — C'est que Madame parle avec animation 9 (Elle va o  
la croisée).

LA COMTESSE (rêvant longtemps) Sans cette constance à me fu  
hommes sont bien coupables!

SUZANNE (crie de la fenêtre) — Ah voilà Monseigneur qui tra  
à cheval le grand potager, suivi de Pédrille, avec deux, trois, quatre lév

LA COMTESSE — Nous avons du temps devant nous (Elle s'ass  
On frappe, Suzon?

SUZANNE (courant ouvrir en chantant) — Ah! c'est mon Figaro  
c'est mon Figaro!

En el Castilol de Aguas Frescas, vive también Querubín, primer paje  
Conde, este adolescente, casi un niño; pues sólo cuenta 13 a 14 años  
altamente estimado por todos los que lo rodean. Es ágil y travieso; se es  
de de su amo, cuando hace una diablura; lo molesta a menudo con su at  
dramiento y distracciones y esto da lugar algunas veces a incidentes  
graciosos en la pieza.

LE COMTE?, en dehors — Seule! Avec qui parlez-vous donc?

LA COMTESSE (troublée, se lève) — C'est mon époux? grands Dieu  
(A Chérubin qui s'est levé aussi) Vous sans manteau, le col et le bras  
seul avec moi! cet air de désordre, un billet reçu, sa jalousie! . . .

LE COMTE (En dehors — Vous n'ouvrez pas?

LA COMTESSE — C'est que je suis seule.

LE COMTE?, en dehors — Seule! Avec qui parlez-vous donc?

LA COMTESSE, (cherchant) — . . . Avez vous, sans doute.

CHCERUBIN, (à part — Après les scènes d'hier et de ce matin, il  
tuerait sur la place! (Il court vers le cabinet de toilette, entre et, tire la po  
sur lui).

LA COMTESSE, (seule en ôte la clé, et court ouvrir au Comte) —  
quelle faute! quelle faute!

LE COMTE? Vous n'êtes pas dans l'usage de vous enfermer!

LA COMTESSE?, (troublée) — Je... je chiffonnais      Oui, je chiffonne avec Suzanne; elle est passée un moment chez elle.

LE COMTE (l'examine) — Vous avez l'air et le ton bien altérés.

LA COMTESSE — Cela n'est pas étonnant      pas étonnant du tout... Vous assure... Nous parlions de vous... Elle est passée, comme je vous

LE COMTE — Vous parliez de moi!... Je suis ramené par l'inquiétude; montant à cheval, un billet qu'on m'a remis, mais auquel je n'ajoute aucune foi, m'a... pourtant agité.

LA COMTESSE — Comment, Monsieur?... quel billet?

LE COMTE — Il faut avouer, Madame, que vous ou moi sommés enrés d'êtres... bien méchants! On me donne avis que, dans la journée, quelqu'un que je crois absent doit chercher à vous entretenir.

LA COMTESSE — Quel que soit cet audacieux, il faudra qu'il pénètre car mon projet est de ne pas quitter ma chambre de tout le jour.

LE COMTE — Ce soir, pour la noce de Suzanne?

LA COMTESSE — Pour rien au monde; je suis très incommodée.

LE COMTE — Heureusement, le Docteur est ici. (Le page fait tomber une chaise dans le cabinet) — Quel bruit entends-je.

LA COMTESSE, (plus troublée) — Du bruit?

LE COMTE — On a fait tomber un meuble.

LA COMTESSE — Je... Je n'ai rien entendu, pour moi.

LE COMTE — Il faut que vous soyez furieusement préoccupée.

LA COMTESSE — Préoccupée! de quoi?

LE COMTE — Préoccupée! de quoi?

LE COMTE — Il y a quelqu'un dans ce cabinet, madame.

LA COMTESSE — Hé... qui voulez-vous qu'il y ait, Monsieur?

LE COMTE — C'est moi qui vous le demande: j'arrive.

LA COMTESSE — Hé mais... Suzanne apparemment qui range.

LE COMTE — Vous avez dit qu'elle était passée chez elle!

LA COMTESSE — Passée... ou entrée là; je ne sais lequel.

LE COMTE — Si c'est Suzanne, d'où vient le trouble ou' je vous vois?

LA COMTESSE — Du trouble pour ma camariste?

LE COMTE — Pour votre camariste, je ne sais; mais pour du trouble, surément.

LA COMTESSE — Assurément, monsieur, cette fille vous trouble vous occupe beaucoup plus que moi.

LE COMTE, (en colère) — Elle m'occupe à tel point, madame, je veux la voir à l'instant.

LA COMTESSE — Je crois, en effet, que vous le voulez souvent; i voilà bien le soupçons les moins fondés. . .

LE COMTESSE — Je crois, en effet, que vous le voulez souvent; i voilà bien les soupçons les moins fondés. . .

LE COMTE — Ils seront plus aisés à détruire. (Il crie en regardant—côte du cabinet) Sortez, Suzon, je vous l'ordonne. (Suzanne s'arrête au de l'alcôve, dans le fond).

LA COMTESSE — Elle est presque nue, Monsieur. Vient-on trouver ainsi des femmes dans leur retrait? Elle essayait des hardes que je lui donne en la mariant; elle s'est enfuie quand elle vous a entendu.

LE COMTE — Si elle craint tant de se montrer au moins elle parler. (Il se tourne vers la porte du cabinet) Répondez-moi, Suzanne; êtes vous dans ce cabinet?

(Suzanne, restée au fond, se jette dans l'alcôve et s'y cache)

LA COMTESSE (vivement, tournée vers le cabinet-) — Suzon, je vous défends de répondre. (Au comte) On n'a jamais poussé si loin la tyrannie.

LE COMTE (s'avance vers le cabinet) Oh! bien! puisqu'elle ne parle pas, vêtue ou non, je la verrai.

LA COMTESSE, (se met au devant) — Partout ailleurs je ne puis l'empêcher; mais j'espère aussi que chez moi. . .

LE COMTE — Et moi j'espère avoir dans un moment quelle est cette Suzanne mystérieuse. Vous demander la clef serait, je le vois inutile; mais il est un moyen sûr de jeter en dedans cette légère porte. Holà, quelqu'un!

LA COMTESSE — Attirer vos gens et faire un scandale public d'un soupçon qui nous rendrait la fable du château!

LE COMTE — Fort bien, Madame; en effet, j'y suffirai; je vais à l'instant prendre chez moi ce qu'il faut. . . (Il marche pour sortir et revient) Mais, pour que tout reste au même état, voudrez, vous bien m'accompagner sans scandale et sans bruit, puisqu'il vous déplaît tant? . . . Une chose au simple, apparemment, ne me sera pas refusée!

LA COMTESSE, (troublée) — Eh! monsieur, qui songe à vous contrarier?

LE COMTE — Ah! j'oubliais la porte qui va chez vos femmes; il faut je la ferme aussi, pour que vous soyez pleinement justifiée. (Il va fermer la porte du fond et en ôte la clé).

LA COMTESSE, (à part) — O ciel! étourderie funeste!

LE COMTE? (revenant à elle) — Maintenant que cette chambre est e, acceptez mon bras, je vous prie; (il élève la voix) et quant à la Suzanne du cabinet, in faudra qu'elle ait la bonté de m'attendre; et le moimnal qui puisse lui arriver à mon retour...

LA COMTESSE — En vérité, Monsieur, voilà bien la plus odieuse nature... (Le comte l'emmena et ferme la porte à clé).

SUZANNE (sort de l'alcôve, accourt vers le cabinet et parle à travers serrure) — Ouvrez, Chérubin, ouvrez, vite, c'est Suzanne; ouvrez et sortez.

CHERUBIN (sort) Ah! Suzon, quelle horrible scène!

SUZANNE — Sortez, vous n'avez pas une minute.

CHERUBIN? (effrayé) — Eh! par où sortir?

SUZANNE — Je n'en sais rien, mais sortez.

CHERUBIN — S'il n'y a pas d'issue?

SUZANNE — Après la rencontre de tantôt, il vous écraserait et nous ons perdues. — Copez conter à Figaro...

CHERUBIN — La fenêtre du jardin n'est peut-être pas bien haute. (Il part y regarder).

SUZANNE? (avec effroi) Un grand étage! Impossible! Ah! ma pauvre tresse! et mon mariage, ô ciel!

CHERUBIN (revient) — Elle donne sur le melonnière; quitte à gâter e couche ou deux.

SUZANNE (le retient et s'écrie) — Il va se tuer!

SUZANNE (le retient et s'écrie) — Il va se tuer!

CHERUBIN (exalté) — Dans un gouffre allumé, Suzon! oui, je m'y jetais, plutôt que de lui nuire... Et ce baiser va me porter bonheur. (Il l'embrasse et court sauter par la fenêtre).

SUZANNE? (seule, un cri de frayeur. — Ah! (Elle tombe assise un moment. Elle va péniblement regarder à la fenêtre et revient) Il est déjà bien n. Oh! le petit garnement! aussi leste que joli! Si celui-là manque de nmes... Prenons sa place au plus tôt. (en entrant dans le cabinet) Vous

pouvez à présent, monsieur le Comte, rompre la cloison, si cela vous arr au diantre qui répond un mot! (Elle s' y enferme).

LE COMTE (une pince à la main, qu'il jette sur un fauteuil) Tout bien comme je l'ai laissé. Madame, en m'exposant à briser cette porte, r chissez aux suites: encore une fois, voulez vous l'ouvrir?

LA COMTESSE — Eh! monsieur, quelle horrible humeur peut alt ainsi les égards entre deux époux? Si l'amour vous dominait au point de v inspirer ces fureurs, malgré leur déraison je les excuserais; j'oublierais p être, en faveur du motif, ce qu'elles on d'offensant pour moi. Mais la s vanité peut-elle jeter dans cet excès un galant homme?

LE COMTE — Amour ou vanité, vous ouvrirez la porte; ou je va l'instant...

LA COMTESSE. (au — devant) — Arrêtez, Monsieur, je vous prie. croyez-vous capable de manquer à ce que je me dois?

LE COMTE — Tout ce qu'il vous plaira, Madame; mais je verrai est dans ce cabinet.

LE COMTESSE?, (effrayée) — Hé bien, Monsieur, vous le ver Ecoutez-moi... tranquillement.

LE COMTE — Ce n'est donc pas Suzanne?

LA COMTESSE, (timidement) — Au moins n'est-ce pas non plus t personne... dont vous deviez rien redouter... Nous dispositions une plais terie... bien innocente en vérité, pour ce soir... et je vous jure...

LE COMTE — Et vous me jurez...?

LA COMTESSE — Que nous n'avions pas plus de dessein de v offenser l'un que l'autre.

LE COMTE, (vite) — L'un que l'autre? C'est un homme.

La COMTESSE — un enfant, monsieur.

LE COMTE — Hé, qui donc?

LA COMTESSE — A peine ose-je le nommer!

LE COMTE — Je le tuerai.

LA COMTESSE — Grands Dieux!

LE COMTE — Parlez donc!

LA COMTESSE — Ce jeune... Chérubin...

LE COMTE — Crérubin! l'insolent! Voilà mes soupçon et le bil expliqués.

LA COMTESSE? (joignant les mains) — Ah! Monsieur! gardez de  
oser...

LE COMTE (frappant du pied, à part) — Je trouverai partout ce maudit  
ge! (Haut) Allons, Madame, ouvrez; je sais tout maintenant. Vous n'au-  
z pas été si émue en le congédiant ce matin; il serait parti quand je l'ai  
tonné, vous n'auriez pas mis tant de fausseté dans votre conte de Suzanne;  
me se serait pas si soigneusement caché, s'il n'y avait rien de criminel.

LA COMTESSE — Il a craint de vous irriter en se montrant.

LE COMTE, (hors de lui, et criant, tourné vers le cabinet) Sors donc,  
dit malheureux!

LA COMTESSE (le prend à bras-le-corps, en l'éloignant — Ah! Mon-  
sur, votre colère me fait trembler pour lui. N'en croyez pas un injuste soup-  
n, de grâce, et que le désordre où vous l'allez trouver...

LE COMTE — Du désordre!

LA COMTESSE — Hélas! oui, prêt à s'habiller en femme, une coiffure  
noir sur la tête, en veste et sans manteau, le col ouvert, les bras nus: il allait  
ayer...

LE COMTE — Et vous vouliez garder votre chambre! Indigne épou-  
Ah! vous la garderez. longtemps; mais il faut avant que j'en chasse un  
solent, de manière à ne plus le rencontrer nulle part.

LA COMTESSE (se jette à genoux, les bras élevés — Monsieur le Comte,  
arguez un enfant; je ne me consolerais pas d'avoir causé...

LE COMTE — Vos frayeurs aggravent son crime.

LA COMTESSE — Il n'est pas coupable, il partait: c'est moi qui l'ai  
dit appeler.

LE COMTE, (furieux) — Levez-vous. Otez-vous... Tu es bien auda-  
cuse d'oser me parler pour un autre!

LA COMTESSE — Eh bien! je m'ôterai, Monsieur, je me lèverai; je  
vous remettrai même la clé du cabinet: mais, au nom de votre amour...

LE COMTE — De mon amour! Perfide!

LA COMTESSE (se lève et lui présente la clé) — Promettez-moi que  
vous laisserez aller cet enfant, sans lui faire aucun mal, et puisse, après, tout  
votre courroux tomber sur moi, si je ne vous convaincs pas...

LE COMTE, (prenant la clé) — Je n'écoute plus rien.

LA COMTESSE se jette sur une bergère,) O ciel! il va périr!

LE COMTE (ouvre la porte et recule) — C'est Suzanne!

SUZANNE (sort en riant) — Je le tuerai! Je le tuerai! Tuez le de ce méchant page!

LE COMTE, (à part) — Ah! quelle erreur j'ai faite! (Regardant la Comtesse qui est restée stupéfaite) Et vous aussi, vous jouez l'étonnement? Mais peut-être elle n'y est pas seule. Il entre).

SUZANNE (ACCOURT A SA MAITRESSE) — Remettez-vous, Madame, il est bien loin; il a fait un saut. . .

LA COMTESSE — Ah! Suzon, je suis morte.

El conde de Alnaviva se da al fin cuenta, de que se burlan de él y suelve vengarse, favoreciendo las absurdas y necias pretenciones de Marcelina.

ANTONIO, (demi gris, tenant un pot de giroflées écrasées) Monneur!

LE COMTE — Que me veux-tu, Antonio?

ANTONIO — Faites donc une fois griller les croisés qui donnent mes couches. On jette toutes sortes de choses par ces fenêtrés, et toute l'heure encore on vient d'en jeter un homme.

LE COMTE — par ces fenêtrés?

ANTONIO Regardez comme on arrange mes giroflées!

SUZANNE? (bas à Figaro) — Alerte, Figaro, alerte!

FIGARO — Monseigneur, il est gris dès le matin.

ANTONIO — Vous n'y êtes pas. C'est un petit reste d'hier. Voilà comment on fait des jugements. . . tenébreux.

LE COMTE, (avec feu) — Cet homme! cet homme! où est-il?

ANTONIO — Où il est?

LE COMTE — oui.

ANTONIO — C'est ce que je dis. Il faut me le trouvez déjà. Je suis votre domestique; il n'y a que moi qui prends soin de votre jardin; il y tombe un homme; et vous sentez. . . que ma réputation en est effleurée.

SUZANNE (bas à Figaro) — Détourne, détourne.

FIGARO — Tu boiras donc toujours?

ANTONIO — Ah! si je ne buvais pas, je deviendrais enragé.

LA COMTESSE — Mais en prendre ainsi sans besoin. . .

ANTONIO — Boire sans soif et faire l'amour en tout temps, Madame n'y a que ça qui nous distingue des autres bêtes.



LE COMTE (vivement) — Réponds-moi donc, ou je vais te chasser.

ANTONIO — Est-ce que je m'en irais?

LE COMTE? comment donc?

ANTONIO (se touchant le front) Si vous n'avez pas assez de ça pour  
en un bon domestique, je ne suis pas assez bête, moi, pour renvoyer un  
-on maître.

LE COMTE (le secouant avec colère) — On a, dis-tu, jeté un homme  
à fenètre.

ANTONIO — oui, mon Excellence, tout à l'heure, en veste blanche, et  
s'est enfui, jarni, courant. . .

LE COMTE (impatience) — Après?

ANTONIO — J'ai bien voulu courir après, mais je me suis donné contre  
-rille une si fière gourde à la main, que je ne peux plus remuer ni pied  
atte de ce doigt-là. (levant le doigt).

LE COMTE — Au moins, tu reconnaîtrais l'homme?

ANTONIO — Oh! que cui-dá . . . si je l'avais vu, pourtant!

SUZANNE (bas à Figaro) — Il ne l'a pas vu.

FIGARO — Voilà bien du train pour un pot de fleurs! Combien te  
-il, pleurard, avec ta giroflée? Il est inutile de chercher, Monseigneur,  
-t moi qui ai sauté.

ANTONIO — Combien te faut-il pleurard? Votre corps a donc bien grandi  
uis ce temps-là? car je vous si trouvé beaucoup plus moindre et plus fluet).

FIGARO — Certainement: quand on saute, on se pelotonne. . .

ANTONIO — M' est avis que c'était plutôt. . . qui dirait, le gringalet  
page.

LE COMTE — Chérubin, tu veux dire?

FIGARO — Oui, revenu tout exprès avec son cheval de la porte Séville,  
peut-être il est déjà.

ANTONIO — Oh! non, je ne dis pas ça, je ne dis pas ça; je n'ai pas vu  
ter de cheval, car je le dirais de même.

LE COMTE — Quelle patience!

FIGARO — j'étais dans la chambre des femmes, en veste blanche: il  
un chaud! J'attendais là ma Suzette, quand j'ai ouï tout à coup la voix  
Monseigneur et le grand bruit qui se faisait; je ne sais quelle crainte m'a

saisi à l'occasion de ce billet, et, s'il faut avouer ma bêtise, j'ai sauté réflexion sur les couches, où je me suis même un peu foulé le pied c (Il frotte son pied).

ANTONIO — Puisque c'est vous, il est juste de vous rendre ce brie- rion de papier qui a coulé de votre veste en tombant.

LE COMTE (se jette dessus) — Donne-le moi. (Il ouvre le papier le referme).

FIGARO? (à part) — Je suis pris.

LE COMTE — La frayeur ne vous aura pas fait oublier ce que cont- ce papier, ni comment il se trouvait dans votre poche?

FIGARO, (embarrassé, fouille dans ses poches et en tire des papi- — Non sûrement... Mais c'est que j'en ai tant; il faut répondre à tou' (Il regarde un des papiers) Ceci? ah! c'est lettre de Marceline, en qu- pages; elle est belle... Ne serait ce pas la requête de ce pauvre bracon- en prison?... Non, la voici... J' avais l'état des meublés du peti châ dans l'autre poche... (Le comte rouvre le papier qu'il tient).

LA COMTESSE — (bas á Suzanne) — Ah dieux! Suzon, c'es brevet d'officier.

SUZANNE? (bas á Figaro) — Tout est perdu, c'est le brevet.

LE COMTE (replie le papier — Eh bien! l'homme aux expédients, v ne devinez pas?

ANTONIO, (s'approchant de Figaro) — Monseigneur dit si vous devinez pas?

FIGARO — Fi donc! vilain qui me parle dans le nez!

LE COMTE — Vous ne vous rappelez pas ce que ce peut être?

FIGARO — A, a, a, ah! ce sera le brevet de ce malheureux enfant, q- m'avait remis, et que j'ai oublié de lui rendre. O, o, o, oh! étourdi que suis! que fera-t-il sans son brevet? Il faut courir.

LE COMTE — Pourquoi vous l'aurait-il remis?

FIGARO — Il désirait qu'on y fit quelque chose.

LE COMTE (regarde son papier) — Il n'y manque rien.

LA COMTESSE (bas à Suzanne) — Le cachet.

SUZANNE (bas à Figaro) — Le cachet manque.

LE COMTE (à Figaro) — Vous ne répondez pas?

FIGARO — C'est qu'en effet, il manque quelque chose. Il dit que c'est  
=ge...

LE COMTE — L'usage! l'usage! l'usage de quoi?

FIGARO) — D'y apposer le sceau de vos armes. Peut-être aussi que cela  
alacit pas la peine.

LE COMTE (rouvre le papier et le chiffonne de colère) — Allons il est  
que je ne saurai rien. (Apart) — C'est ce Figaro qui les mène, et je  
-à'en vengerais pas? (Il veut sortir de dépit)

FIGARO (l'arrêtant) — Vous sortez, sans ordonner mon mariage?

Empieza el Conde a desesperarse de convencer a Susana para que con-  
a en ser su amante; han resultado infructuosas sus tentativas e idea obli-  
-a Figaro a contraer matrimonio con la anciana ama de llaves. Natural-  
te el ayuda cámara está inconsolable. Pero cuando llega el momento en  
satisfecho se cree vengado, abusando de su poder como primer magistra-  
-le Andalucía. Recibe una gran sorpresa... Habíalo condenado a casarse  
Marcelina o a devolver a esta sus 100,000 fr. cosa imposible para el po-  
-Figaro.

BRID'OISON? à Double-Main. — Double-Main; a appelez les causes.

DOUBLE-MAIN (lit un papier) — "Noble, très noble, infiniment  
-le don Pedro George, hidalgo, barón de los Altos, y Montes Fieros,  
-tros montes; contre Alonzo Calderón, jeune auteur dramatique." Il  
question d'une comédie mort-née, que chacun désavoue, et rejette sur  
-tre.

LE COMTE — Ils ont raison tous deux. Hors de cour. S'ils font  
semble un autre ouvrage, pour qu'il marque un peu dans le grand  
ide, ordonné que le noble y mettra son nom, le poète son talent.

DOUBLE-MAIN (lit un autre papier) "André Petruccio, laboureur  
très le receveur de la province." Il s'agit d'un forçement arbitraire.

LE COMTE — L'affaire n'est pas de mon ressort. Je servirai mieux  
vassaux en les protégeant près du Roi. Passez.

DOUBLE-MAIN (en prend un troisième).. Bartholo en prend un  
sième. Bartholo et Figaro se lèvent) "Barbe-Agar-Raab-Madeleine-Ni-  
-Marceline de Verte-Allure, fille majeure (Marceline se lève et salue);  
tre Figaro..." Nom de Baptême en blanc.

FIGARO — Anonyme.

BRID'OISON — A-Anonymé? Què-el patron est-ce là?

FIGARO — C'est le mien.

DOUBLE-MAIN (écrit) — “Contre Anonyme Figaro” (Le greffier écrit) Qualités?

FIGARO — Gentilhomme?

LE COMTE — Vous êtes gentilhomme? (Le greffier écrit)

FIGARO — Si le ciel l'eût voulu, je serais le fils d'un Prince.

LE COMTE? (au greffier) — Allez.

L'HUISSIER (glapissant) — Silence, Messieurs!

DOUBLE-MAIN (lisant “...Pour cause d'opposition faite au mariage du dit Figaro par ladite de Verte-Allure. Le Docteur Bartholo plaide pour la demanderesse, et ledit Figaro pour lui-même., si la Cour le perçoit contre le vœu de l'usage et la jurisprudence du siège.”

FIGARO — L'usage, maître Double-Main, est souvent un abus; client un peu instruit sait toujours mieux sa cause que certains avocats qui, suant à froid, criant à tue-tête, et connaissant tout, hors le fait, s'embarrassent aussi peu de ruiner le plaideur que d'ennuyer l'auditoire d'endormir Messieurs; plus boursoufflés qu'après que s'ils eussent composé l'“oratio pro Murena” Moi, je dirai le fait en peu de mots. Messieurs

DOUBLE-MAIN — En voilà beaucoup d'inutiles, car vous n'êtes pas demandeur, et n'avez que la défense. Avancez, Docteur, et lisez promesse.

FIGARO — Oui, promesse!

BARTHOLO, (mettant ses lunettes) — Elle est précise.

BRID-OISON I-il faut la voir.

DOUBLE-MAIN — Silence donc, Messieurs!

L'HUISSIER (glapissant) — Silence!

BARTHOLO (lit) “Je soussigné reconnais avoir reçu de Damoise. etc... Marceline de Verte-Allure, dans le château d'Agua Frescas, la somme de deux mille piastres fortes cordonnées laquelle somme je lui rendrai à sa réquisition, dans ce château, et je l'épouserai, par forme de reconnaissance, etc. Signé: Figaro, l'exécution de la promesse, avec dépe (Messieurs... jamais cause plus intéressante ne fut soumise au jugement de la Cour! et depuis Alexandre le Grand, qui promit mariage à la belle Thalestris... ”

LE COMTE — (interrompant) — Avant d'aller plus loin, avouez-vous convient-on de la validité du titre?

BRID'OISON (à Figaro) — Qu'oppo-osez-vous à cette lecture?

FIGARO — Qu'il y à, Messieurs, malice, erreur ou distraction dans manière dont on a lu la pièce; car il n'est pas dit dans l'écrit: "laquelle me je lui rendrai, et je l'épouserai" mais: "laquelle somme je lui rendrai, ou je l'épouserai"; ce qui est bien différent.

LE COMTE — Y a-t-il dans l'acte, ou bien ou?

BARTHOLO — Il y a et.

BRID'OISON — Dou-ouble-Main, lisez vous-même.

DOUBLE-MAIN, (prenant le papier) — Et c'est le plus sûr; car vent les parties déguisent en lisant. (Il lit) "E.e.e.e. Damoiselle e.e.e. Verte-Allure e.e.e. Ha laquelle somme je lui rendrai à sa réquisition, ce château... ET OU.. ET OU..." Le mot est si mal t... il y a un pâte.

BRID'OISON — Un pâ-pâté? je sais ce que c'est.

BARTHOLO, (plaidant) — Je soutiens, moi, que c'est la conjonction copulative ET qui lie les membres corrélatifs de la phrase; je payerai la damoiselle, ET je l'épouserai.

FIGARO — (plaidant) Je soutiens, moi que c'est la conjonction alternative OU qui sépare les dits membres; je paierai la donzelle, ou je l'épouserai: à pédant, pédant et demi; qu'il s'avise de parler latin, j'y suis grec; je l'extermine.

LE COMTE — Comment juger pareille question?

BARTHOLO — Pour trancher, Messieurs, et ne plus chicaner sur le mot, nous passons qu'il y ait OU.

FIGARO — J'en demande acte.

BARTHOLO — Et nous y adhérons. Un si mauvais refuge ne sauvera pas le coupable: examinons le titre en ce sens (Il lit) "Laquelle somme je lui rendrai dans ce château je l'épouserai" C'est ainsi qu'on dirait, Messieurs: "vous vous ferez saigner dans ce lit, où: vous resterez chaudement"; c'est: dans lequel, "Il prendra deux grains de rhubarbe où vous mangerez un peu de tamarin": dans lesquels on mêlera. Ainsi château où l'épouserai", Messieurs, c'est "château dans lequel..."

FIGARO — Point du tout; la phrase est dans le sens de celle-ci: "ou la maladie vous tuera, ou ce sera le médecin"; ou bien la médecin, c'est incontestable. Autre exemple: "ou vous n'écrirez rien qui plaise, ou les

sots dénigreront” ou bien les sots, le sens est clair; car. au dit cas, ou méchants sont le substantif qui gouverne. Maître Bartholo croit-il donc que j’aie oublié ma syntaxe? Ainsi, je la paierai dans ce château, virg ou je l’épouserai.

BARTHOLO (vite) — Sans virgule.

FIGARO, (vite) Elle y est. C’est virgule, Messieurs, ou bien je l’épouserai.

BARTHOLO, (regardant le papier, vite) Sans virgule, Messieurs.

FIGARO (vite) — Elle y était, Messieurs. D’ailleurs, l’homme épouse est-il tenu de rembourser?

BARTHOLO? (vite) Oui; nous nous marions séparés de biens.

FIGARO, (vite). — Et nous de corps, dès que le mariage n’est ; quittance. (Les juges se lèvent, et opinent tout bas).

BARTHOLO — Plaisant acquittement.

DOUBLE-MAIN — Silence, messieurs.

L’HUISSIER (glapissant) — Silence!

BARTHOLO — Un pareil fripon appelle cela payer ses dettes!

FIGARO — Est-ce votre cause, avocat, que vous plaidez?

BARTHOLO — Je défends cette Demoiselle.

FIGARO — Continuez à déraisonner, mais cessez d’injurier. Lorsqu’ craignant l’emportement des plaideurs, les tribunaux ont toléré qu’ appellât des tiers, ils n’ont pas entendu que ces défenseurs modérés e viendraient impunément des insolents privilégiés. C’est dégrader le p noble institut. (Les juges continuent d’opiner tout bas).

ANTONIO, (à Marceline, montrant les juges) — qu’ont-ils à b bucier?

MARCELINE — On a corrompu le grand juge, il corrompt l’autre et je perds mon procès.

BARTHOLO? (bas d’un ton sombre) — J’en ai peur.

FIGARO (gaiement) — Courage Marceline!

DOUBLE-MAIN (se lève; à Marceline) — Ah! c’est trop fort! vous dénonce et, pour l’honneur du tribunal, je demande qu’avant fait droit sur l’autre affaire, il soit prononcé sur celle-ci.

LE COMTE (s’assied) — Non, greffier, je ne prononcerai point a mon injure personnelle. Un juge espagnol n’aura point à rougir d’un e cèsigne au plus des tribunaux asiatiques; c’est assez des autres abus! J’e vais corriger un second en vous motivant mon arrêt: tout juge qui s

se est un grand ennemi des lois! Que peut requérir la demanderesse? — iage à défaut de paiement; les deux ensemble impliqueraient.

DOUBLE-MAIN — Silence, Messieurs!

L'HUISSIER (glapissant) — Silence!

LE COMTE — Que nous répond le défenseur? Qu'il veut garder sa — onne; à lui permis.

FIGARO, (avec joie) — J' ai gagné.

LE COMTE — Mais comme le texte dit: "laquelle somme je paierai première réquisition, ou bien j'épouserai, etc." la cour condamne le — nseur à payer deux mille piastres fortes à la demanderesse, ou bien — épouser dans ce jour. (Il se lève).

FIGARO (stupéfait) J'ai perdu.

ANTONIO, (avec joie) — Superbe arrêt!

FIGARO — En quoi superbe?

ANTONIO — En ce que tu n'es plus mon neveu. Grand merci, — nseigneur.

L'HUISSIER (glapissant) Passez, messieurs (Le peuple sort).

ANTONIO — Je m'en vais tout conter à ma nièce.

Sabe a ciencia cierta, pero con gran pena, que Marcelina es nada — os que la madre de Fígaro, aunque desconocida.

MARCELINE (s'assied) — Ah! je respire.

FIGARO — Et mai, j'étouffe.

LE COMTE, (à part) — Au moins, je suis vengé; cela soulage.

FIGARO, (à part) — Et ce Bazile qui devait s'opposer au mariage — Marceline, voyez comme il revient! — (Au comte, qui sort). Monseig- — ar, vous nous quittez?

LE COMTE — Tout est jugé.

FIGARO à Brid'oison — C'est ce gros enflé de Conseiller...

BRID'OISON — Moi, gro-os enflé!

FIGARO — Sans doute. Et je ne l'épouserai pas: je suis gentilhomme — s fois (Le Comte s'arrête).

BARTHOLO — Vous l'épouserez.

FIGARO — Sans l'aveu de mes nobles parents?

BARTHOLO — Nommez-les, montrez-les.

FIGARO — Qu'on me donne un peu de temps; je suis bien près — les revoir; il y a quinze ans que je les cherche.

BARTHOLO — Le fat! c'est quelque enfant trouvé!

FIGARO — Enfant perdu, Docteur, ou plutôt enfant volé.

LE COMTE — (revient) — Volé, perdu, la preuve? Il crierait qu'on lui fait injure.

FIGARO — Monseigneur, quand les langes à dentelles, tapis br et bijoux d'or trouvés sur moi par les brigands n'indiqueraieht pas haute naissance, la précaution qu poh avait prise de me faire des mar distinctives témoignerait assez combien j'étais un fils précieux: et hiéroglyphe à mon bras... (Il veut se dépouiller le bras droit).

MARCELINE, (se levant vivement) — Une spatule à ton droit?

FIGARO — D'où savez-vous que je dois l'avoir?

MARCELINE — Dieu! C'est lui!

FIGARO — Oui c'est moi.

BARTHOLO, (à Marceline) — Eh qui lui!

MARCELINE (vivement) — C'est Emmanuel.

BARTHOLO, (à Figaro) — Tu fus enlevé par des bohémiens?

FIGARO (exalté) Tout près d'un château. Bon Docteur, si vous rendez à ma noble famille, mettez un prix à ce service; des monce d'or n'arrêteront pas mes illustres parents.

BARTHOLO (montrant Marceline) — Voilà te mère.

FIGARO — Nourice?

BARTHOLO — Ta propre mère.

LE COMTE — Sa propre mère.

FIGARO — Expliquez-vous.

MARCELINE (Montrant Bartholo) — Voilà ton père.

FIGARO — O o oh! aïe de moi.

MARCELINE — Est-ce que la nature ne te l'a pas dit mille fo

FIGARO — Jamais.

LE COMTE (à part) — Sa mère!

BRID'OISON — C'est clair, i-il ne l'épousera pas.

BARTHOLO — Ni moi non plus.

MARCELINE — Ni vous! Et votre fils? Vous m'aviez juré...

BARTHOLO — J'étais fou. Si pareil souvenir engageait, on ser tenu d'épouser tout le monde.

BRID'OISON — E-et si l'on y regardait de si près personne n'ép serait personne.

BARTHOLO — Des fautes si connues! une jeunesse déplorable?



MARCELINE (s'échauffant par degrés) — Oui déplorable, et plus on ne croit! Je n'entends pas nier mes fautes, ce jour les a trop bien punies! Mais, qu'il est dur de les expier après trentans d'une vie modeste! J'ai été née, moi, pour être sage, et je le suis devenue sitôt qu'on m'a permis d'être de ma raison. Mais dans l'âge des illusions, de l'inexpérience et des séductions, ou les séducteurs nous assiègent, pendant que la misère nous opprime, que peut opposer une enfant à tant d'ennemis rassemblés? Tel est le jugement que je juge ici sévèrement, qui, dans sa vie à perdu dix infortunées!

FIGARO — Les plus coupables sont les moins généreux; c'est la règle.

MARCELINE — Hommes plus qu'ingrats, qui flétrissez par le mépris les jouets de vos passions, vos victimes! c'est vous qu'il faut punir des séductions de notre jeunesse; vous et vos magistrats, si vains du droit de nous juger, et qui nous laissent enlever, par leur coupable négligence, tout le seul moyen de subsister. Est-il un seul état pour les malheureuses? Elles avaient un droit naturel à toute la parure des femmes; on y a formé mille ouvriers de l'autre sexe.

FIGARO (En colère) — Ils font broder jusqu'aux soldats!

MARCELINE (éxaltée) — Dans les rangs même plus élevés, les femmes n'obtiennent de vous qu'une considération dérisoire: leurrées de respects, dans une servitude réelle, traitées en mineures pour nos biens, punies en majeures pour nos fautes! Ah! sous tous les aspects, votre conduite avec nous fait horreur ou pitié.

FIGARO — Elle a raison!

LE COMTE (à part) — Que trop raison!

MARCELINE — Mais que nous font, mon fils les refus d'un homme riche? Ne regarde pas d'où tu viens, vois où tu vas; cela seul importe à aucun. Dans quelques mois ta fiancée ne dépendra plus que d'elle-même et t'acceptera, j'en réponds: vis entre une épouse, une mère tendres qui chériront à qui mieux mieux. Sois indulgent pour elles, heureux pour moi mon fils; gai, libre et bon pour tout le monde; il ne manquera rien à ta mère.

FIGARO — Tu parles d'or, maman, et je me tiens à ton avis. Qu'on soit sot, en effet! Il y a des milles et mille ans que le monde roule, et dans tout l'océan de durée où j'air, par hasard, attrapé quelques chétifs trente ans si ne reviendront plus, j'irais me tourmenter pour savoir à qui je les dois!

Tant pis pour qui s'en inquiète. Passer ainsi la vie à chamailler, c'est p— sur le collier sans relâche, comme les malheureux chevaux de la remc des fleuves, quoiqu'ils cessent de marcher, ils ne reposent même Ils tirent toujours. Nous attendrons.

LE COMTE — Sot événement qui me dérange!

BRID'OISON (à Figaro) Et la noblesse et la château? vous ir siez à la justice.

FIGARO — Elle allait me faire faire une belle sottise, la just après que j'ai manqué, pour ces maudits cent écus d'assommer vingt Monsieur, qui se trouve aujourd'hui mon père, agrèez mes excuses... Et v sauvé ma vertu de ces dangers, mon père, agrèez mes excuses... Et v ma mère, embrassez-moi ...le plus maternellement que vous pour (Marceline lui saute au cou).

Este acontecimiento inesperado echa en tierra los planes del Cor que ya no puede considerarse satisfecho de su innoble venganza. Hacia ta misma época la buena condesa ha perdido la dulce esperanza, de prender a su esposo, con las manos en la masa, es decir cometiendo falta; con el fin de volverlo al buen camino y se pone de acuerdo c Susana.

BAZILE (à lui-même) — Ah! je n'irai pas lutter contre le pot fer, moi qui ne suis...

FIGARO — Qu'une cruche.

BAZILE? (à part) — Au lieu d'aider à leur mariage, je m'en v assurer le mien avec Marceline. (à Figaro) Ne conclus rien, crois m que je ne sois de retour. (Il va prendre la guitare sur le fauteuil fond).

FIGARO (le suit) — Conclure! oh! va, ne crains rien; quand mê tu ne reviendrais jamais... Tu n'as pas l'air en train de chanter; veux que je commence?... Allons, gai! haut la-mi-la pour ma fiancée. (Il met en marche à reculons, danse en chantant la séguedille suivante; B zile accompagne, et tout le monde le suit).

Je préfère à richesse  
La sagesse  
De ma Suzon  
Zon, zon, zon,  
Zon, zon, zon,  
Zon, zon, zon,

Zon, zon, zon,  
Aussi sa gentillesse  
Est maîtresse  
De ma raison  
Zon, zon, zon,  
Zon, zon, zon,  
Zon, zon, zon,  
Zon, zon, zon.

(Le bruit s'éloigne, on n'entend pas le reste).

LA COMTESSE? (dans sa bergère) — Vous voyez, Suzanne, la scène que votre étourdi m'a value avec son billet.

SUZANNE — Ah! Madame, quand je suis rentrée du cabinet; si vous aviez vu votre visage! il s'est terni tout à coup; mais ce n'a été qu'un nuage, et par degrés, vous êtes devenue rouge, rouge, rouge!

LA COMTESSE — Il a donc sauté par la fenêtre?

SUZANNE — Sans hésiter, le charmant enfant! Léger... comme une abeille.

LA COMTESSE — Ah! ce fatal jardinier! Tout cela m'a à peine remuée le point... que je ne pouvais rassembler deux idées.

SUZANNE — Ah! Madame, au contraire; et c'est là que j'ai vu combien l'usage du grand monde donne d'aisance aux dames comme à moi, pour mentir sans qu'il y paraisse.

Sin embargo, algo completamente inesperado, hace saber a Figaro que su prometida tiene una cita importante.

FIGARO — Eeeh..., ma petite cousine qui nous écoute!

FANCHETTE — Oh! pour ça, non: on dit que c'est malhonnête.

FIGARO — Il est vrai; mais comme cela est utile, on fait aller souvent l'un pour l'autre.

FANCHETTE — Je regardais si quelqu'un était là.

FIGARO — Déjà dissimulée, friponnet! vous savez bien qu'il n'y a rien à être.

FANCHETTE — Et qui donc?

FIGARO — Chérubin.

FANCHETTE — Ce n'est pas lui que je cherche, car je sais fort bien où il est; c'est ma cousine Suzanne.

FIGARO — Et que lui veut ma petite cousine?

FANCHETTE — A vous, petit cousin, je le dirai.—C'est... ce r  
qu'une épingle que je veux lui remettre.

FIGARO, (vivement) Une épingle! Un épingle!... et de qu  
part, coquine? A votre âge, vous faites déjà très bien tout ce que v  
entrepreniez, Fanchette; et ma jolie cousine est si obligeante...

FANCHETTE — A qui donc en a-t-il de ser fâcher? Je m'en v

FIGARO, (l'arrêtant) — Non, non, je badine; tiens, ta petit  
épingle est celle que Monseigneur t'a dit de remettre à Suzanne,  
qui servait à cacheter un petit papier qu'il tenait; tu vois que je  
au fait.

FANCHETTE — Pourquoi donc le demander quand vous le sa-  
si bien?

FIGARO, (herchant) — C'est qu'il est assez gai de savoir ce  
ment Monseigneur s'y est pris pour te donner la commission.

FANCHETTE, (naïvement) — Pas autrement que vous le dit-  
Tiens, p e tite Fanchette, rends cette épingle à ta belle cousine, et dis  
seulement que c'est la cachet des grands marronniers.

FIGARO — Des grands...?

FANCHETTE — Marronniers. Il est vrai qu'il a ajouté: Pre  
garde que personne ne te voie.

FIGARO — Il faut obéir, ma cousine: heureusement personne  
vous à vue. Faites donc joliment votre commission, et n'en dites pas p  
à Suzanne que Monseigneur n'a ordonné.

FANCHETTE — Et pourquoi lui en dirais-je? Il me prend p  
une enfant, mon cousin. (Elle sort en sautant).

En el colmo del furor, cree que ha sido objeto de un vil engai-

FIGARO — He bien, ma mère?

MARCELINE — Hé bien, mon fils?

FIGARO, (comme étouffé) — Pour celui, ci. il y a réelleme  
des choses...

MARCELINE — Il y à des choses! hé, qu'est-ce qu'il y a?

FIGARO, (les mains sur sa poitrine) — Ce que je viens d'ente  
dre, ma mère, je l'ai là comme un plomb.

MARCELINE — Ce coeur plein d'assurance n'était donc qu'un b  
lon gonflé? une épingle a tout fait partir!

FIGARO, (furieux) — Mais cette épingle, ma mère, est celle qu  
a ramassée...!

MARCELINE?, (rappelant ce qu'il a dit) — La jalousie! oh! j

issus, ma mère, une philosophie... imperturbable; et si Suzanne trape un jour, je lui pardonne...

FIGARO?, (vivement) — Dh, ma mère! on parle comme on sent: cez le plus glacé des juges à plaider dans sa propre cause, et voyez-le iquer la loi! Je ne m'étonne plus s'il avait tant d'humeur sur ce feul ur la mignonne aux fines épinflés, elle n'en est pas où elle le croit, —mère, avec ses marronniers. Si mon mariage est assez fait pour légitimiser ma colère, en revanche il ne l'est pas assez pour que je n'en en puisse user une autre, et l'abandonner...

MARCELINÉ — Bien conclu! abîmons tout sur un soupçon! Qui rouvé, dis-moi, que c'est toi qu'elle joue et non le comte? L'astucieuse liée de nouveau pour la condamner sans appel? Sais-tu si elle se ira sous les arbres? à quelle intention elle y va; ce qu'elle y dira? Je croyais plus fort en jugement!

FIGARO, (lui baisant la main) — Elle a raison, ma mère; elle a raison, raison! toujours raison! Mais accordons, maman, quelque chose à la mère; on en vaut mieux après. Examinons en effet avant d'accuser: et jir. Je sais où est le rendez-vous. Adieu, ma mère! Il sort.

Se informa bien del sitio de la cita, y sin más, se esconde ahí cautamente con el fin de sorprender al Conde y a Susana, y cuando está listo de ira y de despecho:

FIGARO, (seul, se promenant dans l'obscurité dit du ton le plus libre.) O femme! femme! femme! créature faible et décevent!... nul animal crée ne peut manquer à son instinct; le tien est-il donc de tromper?... Après m'avoir obstinement refusé quand je l'en pressais devant ma maîtresse; à l'instant qu'elle me donne sa parole; au milieu même de la cérémonie... Il riait en lisant, le perfide et moi, comme un benêt... Non, Monsieur le Comte, vous ne l'aurez pas... vous ne l'aurez pas... ce que vous êtes un grand Seigneur, vous vous croyez un grand général!... Noblesse, fortune, un tañg des places: tout cela rend si fier! Vous avez-vous fait pour tant de biens! Vous vous êtes donné la peine de vivre, et rien de plus; du reste, homme assez ordinaire! tandis que moi, humble! perdu dans la foule obscure, il m'a fallu déployer plus de science et de calculs pour subsister seulement, qu'on en a mis depuis dix ans à gouverner toutes les Espagnes: et vous voulez jouter... On voit... C'est elle... Ce n'est personne. La nuit est noire en diable, me voilà faisant le sot métier de mari, quoique je ne le sois qu'à moitié! (s'assied sur un banc). Est-il rien de plus bizarre que ma destinée!

Fils de je ne sais pas qui, volé par des bandits, élevé dans leurs moeurs je m'en dégoute et veux courir une carrière honnête; et partout je repoussé! J'apprends la chimie, la pharmacie, la chirurgie, et tout le dit d'un grand Seigneur peut à peine me mettre à la main une larve vétérinaire! — Las d'attrister des Bêtes malades et pour faire un tiers contraire, je me jette à corps perdu dans le théâtre: me fustige-je une pierre au cou! Je broche une comédie dans les moeurs du sévère auteur espagnol, je crois pouvoir y fronder Mahomet sans scrupule l'instant, un envoyé... de je ne sais où, se plaint de ce que j'offre dans mes vers la Sublime-Porte, la Perse, une partie de la presque-Inde, toute l'Égypte, les royaumes de Barca, de Tripoli, de Tunis d'Alger et de Maroc: et voilà ma comédie flambée, pour plaire aux princes mahométans, dont pas un je crois ne sait lire, et qui nous maltraitent l'omoplate, en nous disant: Chiens de chrétien! — Ne pouvant avilir l'esprit, on se venge en le maltraitant. Mes joues creusaient; mon terme était échu; je voyais de loin arriver l'affreux recors, la plus fichée dans sa perruque: en frémissant je m'évertue. Il s'élève une question sur la nature des richesses, et, comme il n'est pas nécessaire de traiter ces choses pour en raisonner, n'ayant pas un sol, j'écris sur la valeur de l'argent et sur son produit net; sitôt je vois, du fond d'un fiacre, baisser pour moi le pont d'un château fort, à l'entrée duquel je laissai l'espérance de quatre jours, si légers sur le mal qu'ils ordonnent, quand une bordure disgrâce a couvé son orgueil! je lui dirai... que les sottises imprimées n'ont d'importance qu'aux lieux où l'on en gêne le cours; que, sans liberté de blâmer, il n'est point d'éloge flatteur et qu'il n'y a que les petits hommes qui redoutent les petits écrits. (Il se rassied) Las de nous un obscur pensionnaire, on me met un jour dans la rue; et comme il faut dîner quoiqu'on ne soit plus en prison, je taille encore ma plume et demande à chacun de quoi il est question: on me dit que pendant la retraite économique il s'est établi dans Madrid un système de liberté sur la vente des productions qui s'étend même à celles de la presse; que, pourvu que je ne parle en mes écrits ni de l'autorité, ni du culte ni de la politique, ni de la morale, en mes écrits, ni des gens en place ni des corps en crédit, ni de l'Opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose, je puis tout imprimer librement sous l'inspection de deux ou trois censeurs. Pour profiter de cette double liberté, j'annonce un écrit périodique, et, croyant n'aller sur les brisées d'aucun autre, je le nomme Journal inutile. Pou-ou! je vois s'élever con-

mille pauvres diables à la feuille; on me supprime, et me voilà chef sans emploi! Le désespoir m'allait saisir; on pense à moi pour place, mais par malheur j'y y étais propre; il fallait un calculateur, et un danseur qui l'obtint. Il ne me restait plus qu'à voler; je me fais pharaon: alors, bonnes gens! je soupe en ville, et les peres dites comme il faut m'ouvrent poliment leur maison en retenant elles les trois quarts du profit. J'aurais bien pu me remonter; je mençais même à comprendre que, pour gagner du bien, la savoir-vaut mieux que le savoir. Mais comme chacun pillait autour de en exigeant que je fusse honnête, il fallut bien périr encore. Pour coup je quittais le monde, et vingt brasses d'eau m'en allaient séparer, qu'un Dieu bienfaisant m'appelle à mon premier état. Je reprends trousse et mon cuir anglais; puis, laissant le fumée aux sots qui s'en trissent, et la honte au milieu du chemin, comme trop lourde à piéton, je vais resant de ville en ville, et je vis enfin sans souci. Un id seigneur passe à Séville; il me reconnaît, je le marie, et pour prix voir en par mes soins son épouse, il veut intercepter la mienne! Intriorage à ce sujet. Prê à tomber dans un abîme, au moment d'épouser mère, mes parents m'arrivent à la file. (Il se lève en s'échauffant) On lébat; c'est vous, c'est lui, c'est moi, c'est toi: non, ce n'est pas nous: mais, qui donc? (Il retombe assis) Pourquoi ces choses et non pas itres? Qui les a fixées sur ma tête? Forcé de parcourir la route où suis entré sans le savoir, comme j'en sortirai sans le vouloir, je l'ai chée d'autant de fleurs que ma gaité me l'a permis: encore je dis gaieté, sans savoir si elle est à moi plus que le reste, ni même quel ce moi dont je m'occupe: un assemblage informe de parties inconnues, s un chétif être imbécile, un petit animal folâtre, un jeune homme ent au plaisir, ayant tous les goûts pour jouir, faisant tous les métiers r vivre: maître ici, valet là, selon qu'il plaît à la fortune? ambitieux vanité, laborieux par nécessité, mais paresseux... avec délices, ora selon le danger, poète par délassement, musicien par occasion, amou- x por folles bouffées, j'ai tout vu, tout fait, tout usé. Puis l'illusion it détruite, et trop désabusé!... Suzon, Suzon, Suzon! que tu me mes de tourments! — J'entendes marcher... on vient. Voicé l'instant la crise. (Il se retire près de la première coulisse à sa droite).

Recibe una sorpresa de lo más agradable que pueda suponerse enterarse de que todo has ido un hábil ardid planeado entre su novia

y la condesa, para sorprender al infiel conde; y acaban por demostrar que está veraderamente complacido con la broma.

FIGARO (cherche à voir où vont le comte et la comtesse, comprend pour Suzanne) — Je n'entends plus rien ils sont entrés; m'y voyez (d'un ton altéré) Vous autres, époux maladroits, qui tenez des esp. à gages, et tournez des mois entiers autour d'un soupçon, sans l'assure que ne m'imitiez-vous? Dès le premier jour je suis ma femme, et je l'épouse en un tour de main on est au fait, c'est charmant; plus de doute on sait à quoi s'en tenir. (marchant vivement) Heureusement que ne m'en soucie guère, et que sa trahison ne me fait plus rien du tout. Je les tiens donc enfin).

SUZANNE (qui s'est avancée doucement dans l'obscurité) — (à part) — Tu vas payer tes beaux soupçons (Du ton de voix de la comtesse) Qui va là?

FIGARO (extravagant) — Qui va là? Celui qui voudrait de tout son cœur que la peste eût étouffé en naissant...

SUZANNE, (du ton de la comtesse) Eh! mais, c'est Figaro!

FIGARO (regarde ça dit vivement) — Madame la Comtesse!

SUZANNE — Parlez bas.

FIGARO — Ah! Madame la Comtesse que le ciel vous amène propos! Où croyez-vous qu'est Monseigneur?

SUZANNE — Que m'importe un ingrat? Dis moi...

FIGARO — Et Suzanne mon épouse; où croyez-vous qu'elle se cache?

SUZANNE — Mais parlez bas.

FIGARO (très vite) — Cette Suzon qu'on croyait si vertueuse qui faisait la réservée! Ils sont enfermés là-dedans. Je vais appeler.

SUZANNE, (lui fermant la bouche avec sa main, oublie de déglutir sa voix) — N'appellez pas.

FIGARO (à part) Eh! c'est Suzon! God-dam!

SUZANNE? (du ton de la comtesse) — Vous paraissez inquiet.

FIGARO, (à part) — Traîtresse! qui veut me surprendre!

SUZANNE — Il faut nous venger, Figaro.

FIGARO — En sentez-vous le vif désir?

SUZANNE — Je ne serais donc pas de mon sexe! Mais les hommes en ont cent moyens.

FIGARO? (confidemment) — Madame, il n'y a personne ici trop. Celui des femmes... les vaut tous.

SUZANNE, (à part) — Comme je le souffletterais!



FIGARO, (à part) — Il serait bien gai qu'avant la noce!...

SUZANNE — Mais qu'est-ce qu'une telle vengeance, qu'un peu pour n'assaisonne pas?

FIGARO — Partout où vous en voyez point, croyez que le respect imule.

SUZANNE (piquée) — Je ne sais si vous le pensez de bonne foi, s vous ne le dites pas de bonne grâce.

FIGARO (avec une chaleur comique à genoux) — Ah! Madame, je s adore. Examinez le temps, le lieu, les circonstances, et que le dépit plée en vous aux grâces qui manquent à ma prière.

SUZANNE (à part) — La main me brûle!

FIGARO (à part) — Le cœur me bat!

SUZANNE — Mais Monsieur, avez-vous songé...?

FIGARO — Oui, Madame; oui, j'ai songé.

SUZANNE? — Que par la colère et l'amour...

FIGARO — Que pour la colère et l'amour...

FIGARO — Tout ce qui se diffère est perdu. Votre main, Marie?

SUZANNE?, (de sa voix naturelle), en lui donnant un soufflet — voilà.

FIGARO — Ah! demonio! quel soufflet!

SUZANNE (lui en donne un autre) — Quel soufflet! Et celui-ci?

FIGARO — Et ques-à-propos de par le diable! est-ce ici la jour-des tapes?

SUZANNE (le bat à chaque phrase) — Ah! ques-à-quo? Suzanne: voilà tes soupçons; voilà pour tes vengeances et pour tes trahison, expédients, tes injurés et tes projets. C'est-il ça de l'amour? Dis ic comme ce matin.

FIGARO, (En se relevant) — Santa Barbara! oui, c'est de l'amour. -bonheur! ô délices! ô cent fois heureux Figaro! Frappe, ma bien-aimée, is te lasser. Mais quand tu m'auras diapré tout le corps de meurtrissures, arde avec bonté, Suzon, l'homme le plus fortune qui fut jamais battu une femme.

SUZANNE — Le plus fortuné! Bon fripon, vous n'en séduisiez pas ins-la comtesse, avec un si trompeur babil que, m'oubliant moi-même, vérité, c'était pour elle que je cétais.

FIGARO-Ai-je pu me méprendre au son de ta jolie voix?

SUZANNE, (en riant) Tu m'as reconnue? Ah! comme je n—  
vengerais!

FIGARO — Bien rosser et garder rancune est aussi par trop fé  
nin! Mais, dis-moi donc par quel bonheur je te vois là, quand je te  
yais avec lui; et comment cet habit, qui m'abusait, te montre er  
innocente...

SUZANNE — Eh! c'est toi qui es un innocent, de venir te pren—  
au piège apprêté pour un autre! Est-ce notre faute, à nous, si voul  
museler un renard, nous en attrapons deux?

FIGARO — Qui donc prend l'autre?

SUZANNE — Sa femme.

FIGARO — Sa femme?

SUZANNE — Sa femme.

FIGARO?, (follement) — Ah! Figaro, pends-toi; tu n'as pas  
viné celui-là — Sa femme? O douze où quinze mille fois spirituel—  
femelles! A insi les baisers de cette salle...?

SUZANNE — Ont été donnés à Madame.

FIGARO — Et celui du page?

SUZANNE?, (riant) — A monsieur.

FIGARO — Et tantôt, derrière le fauteuil?

SUZANNE — A personne.

FIGARO — En êtes-vous sûr?

SUZANNE, (riant) — Il pleut des soufflets Figaro.

FIGARO (lui baisant les mains) — Ce sont des bijoux que les tie  
Mais celui du comte était de bonne guerre.

SUZANNE — Allons, superbe! humilie-toi.

FIGARO (fait tout ce qu'il annonce) Cela est juste; à genoux( bi—  
courbé, prosterné, ventre à terre.

SUZANNE, (en riant) — Ah! ce pauvre comte! quele peine il s'e  
donnée...

FIGARO (se relève sur ses genoux) — ..Pour faire la conqu  
te de sa femme!...

El Conde, que a pesar de todo, posee un corazón noble y gener  
so; reconoce sus faltas e implora de rodillas el perdón de la condes  
ésta se lo concede sin dificultad y riendo alegremente. Después Fíga  
lograr calizar el sueño más grande de su vida, casándose con Susana.

LA COMTESSE (se jette a genoux) — Au moins je ferai nomb-

LE COMTE? (regardant la comtesse et Suzanne) — Ah! est-ce que  
ois!

BRID'OISON (riant) — Et pardi, c'èst Madame.

LE COMTE (veut relever la comtesse) — Quoil C'était vous,  
—tesse? (d'un ton suppliant) Il n'y a qu'un pardon généreux...

LA COMTESSE, (en riant) — Vous diriez non, non à ma place;  
noï, pour la troisième fois aujourd'hui, je l'accorde sans codition.  
e se relève).

SUZANNE (se relève) — Moi aussi.

MARCELINE (se relève) — Moi aussi.

FIGARO (se relève) — Moi aussi. Il y à de l'écho ici! Tous se  
vent).

LE COMTE — De l'écho! — J'ai voulu ruser avec eux; ils m'ont  
é comme un enfant!

LA COMTESSE, (en riant) — Ne le regrettez pas, Monsieur le  
—nte.

FIGARO, (s'essuyant les genoux avec son chapeau) — Une petite  
née comme celle-ci forme bien un ambassadeur!

LE COMTE? (à Suzanne). — Ce billet fermé d'une épingle?...

SUZANNE — C'est Madame qui l'avait dicté.

LE COMTE — La réponse lui en est bien due. (Il baise la main de  
comtesse).

LA COMTESSE — Chacun aura ce qui lui appartient (Elle donne  
—bourse à Figaro et le diamant à Suzanne).

SUZANNE, (à Figaro) — Encore une dot.

FIGARO, (frappant la bourse dans sa main) — Et de trois. Celle-ci  
rude à arracher!

SUZANNE — Comme notre mariage.

GRIPE-SOLEIL — Et la jarretière de la mariée, l'aurons-je?

LA COMTESSE (arrache le ruban qu'elle a tant gardé dans son  
1, et le jette à terre) — La jarretière? Elle était avec ses habits; la  
là.

(Les garçons de la noce veulent la ramasser).

CHERUBIN, (plus alerte court la ramasser, et dit) — Que celui  
i la veut vienne me la disputer!

LE COMTE (en riant) — Pour un Monsieur si chatouilleux, qu'avez-  
is trouvé de gai à certain soufflet de tantôt?

CHERUBIN (recule en tirant à moitié son épée) — A moi, n Colonel?

FIGARO, (avec une colère comique) — C'est sur ma joue q l'a reçu: voilà comme les grands font justice!

LE COMTE, (riant) — C'est sur sa joue? Ah! ah! ah! qu'en tes-vous donc, ma chère Comtesse?

LA COMTESSE, (absorbée, revient à elle, et dit avec sensibili —Ah! Oui, cher Comte, et pour la vie, sans distraction, je vous le j

LE COMTE, (frappant sur l'épaule du juge) — Et vous de Brid'oison, votre avis maintenant?

BRID'OISON — Su-ur tout ce que je vois, monsieur le Com Ma-a foi, pour moi, je-e ne sais que vous dire: voilà ma facon de pen

TOUS (ensemble) — Bien jugé!

FIGARO — J'étais pauvre, on me méprisait. J'ai montré quelc esprit, la haine est accourue. Une jolie femme et de la fortune...

BARTHOLO, (En riant) — Les coeurs vont te revenir en foul

FIGARO — Est-il possible?

BARTHOLO — Je les connais.

FIGARO, (saluant les spectateurs) — Ma femme et mon bien r à part; tous me feront honneur et plaisir.

## VAUDEVILLE

### Premie Couplet

#### BAZILE

Triple dot, femme superbe;  
Que de biens pour un époux!  
D'un Seigneur, d'un page imberbe,  
Quelque sot serait jaloux.  
Du latin d'un vicux proverbe  
L'homme adroit fait son pati.

FIGARO — Je le sais... (Il chante) Gaudeant bene nati.

BAZILE — Non. (Il chante) Gaudeant bene nanti.

### Deuxième Couplet

#### SUZANNE

Qu'un mari sea foi trahisse,

Il s'en vante, et chacun rit;  
Que sa femme ait un caprice,  
S'il l'accuse, on la punit.  
De cette absurde injustice  
Faut-il dire le pourquoi?  
Les plus forts ont fait la loi. (Bis)

Troisième Couplet  
FIGARO

Jean Jeannot, jaloux risible,  
Veut unir femme et repos;  
Il achète un chien terrible;  
Et le lâche en son enclos.  
La nuit, quel vacarme horrible!  
Le chien court, tout est mordu;  
Hors l'amant qui l'a vendu. (Bis)

Quatrième Couplet  
LA COMTESSE

Telle est fière et répond d'elle,  
Qui n'aime plus son mari;  
Telle autre, presque infidèle,  
Jure de n'aimer que lui.  
La moins folle, hélas! est celle  
Qui se veille en son lien,  
Sans oser juger de rien. (Bis)

Cinquième Couplet  
LE COMTE

D'une femme de province,  
A qui ses devoirs sont chers,  
Le succès est assez mince;  
Vive la femme aux bons airs!  
Semblable à l'écu du Prince,  
Sous le coin d'un seul époux (Bis)  
Elle sert au bien de tous.

Sixième Couplet  
MARCELINE

Chacun sait la tendre mère

Dont il a reçu le jour;  
Tout le reste est un mystère  
C'est le secret de l'amour.

FIGARO (Continue l'air)

Ce secret met en lumière  
Comment le fils d'un butor  
Vaut souvent son pesant d'or. (Bis)

Septième Couplet

Par le sort de la naissance,  
L'un est roi, l'autre est berger;  
Le hasard fit leur distance;  
L'esprit seul peut tout changer.  
De vingt rois que l'on encense,  
Le trépas brise l'autel,  
Et Voltaire est immortel! (Bis)

Huitième Couplet

CHERUBIN

Sexe aimé, sexe volage,  
Qui tourmentez nos beaux jours,  
Si de vous chacun dit rage,  
Chacun vous revient toujours.  
Le parterre est votre image:  
Tel paraît le dédaigner,  
Qui fait tout pour le gagner. (Bis)

Nouvième Couplet

SUZANNE

Si ce gai, ce fol ouvrage,  
Renfermait quelque leçon,  
En faveur du badinage  
Faites grâce à la raison.  
Ainsi la nature sage  
Nous conduit, dans nos désira,  
A son but par les plaisirs. (Bis)

Dixième Couplet

BRID'OISON

Or, messieurs, la co-omédie,

Que l'on juge en cè-èt instant,  
 Sauf erreur, nous pein-cint la vie  
 Du bon peuple qui l'entend.  
 Qu'on l'opprime, il peste, il crie:  
 Il s'agite en cent fa-acons:  
 Tout fini-it par des chansons (Bis)  
 BALLET GENERAL

## E L E S T I L O

—El estilo en que fué escrita esta magnífica pieza, es muy claro y preciso. Llama la atención alguna, el autor puso en ella, tanto arte y originalidad como en “El Barber de Séville”. Se caracteriza por la exquisita naturalidad, el ardor creciente y el diálogo vivísimo y lleno de color.

Otro de los aspectos más brillantes de esta obra inmortal, es su increíble audacia, que tiene alcances nunca imaginados.

Beaumarchais, al escribir es ligero como una pluma, y al impulso del momento se mueve, se levanta muy alto, y vuelve a caer. Suele emplear palabras elegantes y rebuscadas, términos técnicos, antiguos vocablos, que ha sacado de los muchos libros que ha leído o voces populares; con los cuales da a su obra un hábilmente notas muy pintorescas y novedosas. A menudo, él mismo forja sus ideas y las expresa brillantemente, según se presenta el caso; o por necesidad, ya por gusto.

Así como sucede en “El Barber de Séville”, los actos que forman esta obra, están tan ingeniosamente combinados entre sí, que continuamente mantienen el interés del espectador, el cual sin darse cuenta, llega al final de la obra que constituye desde luego un verdadero triunfo.

## L A A C C I O N

En realidad, el tema que desarrolla Beaumarchais en esta pieza genial es muy sencillo y a primera vista vulgar. Se trata de un gran señor de la época, que se ha enamorado hasta la locura de una jovencita hermosa y noble, a la que trata de seducir a toda costa, y de los esfuerzos que esta hace, su novio y la esposa del rico caballero, asocian para hacer fracasar los planes de éste. Y a pesar de la inmensa fortuna, del rango elevadísimo y de las prerrogativas que lo hacen poderoso, y desde todos los

puntos de vista deseable; hábilmente hacen rodar por tierra todos sus proyectos. Este es en síntesis el tema que trata el autor; nada más.

Pero Beaumarchais supo transformar este asunto aparentemente trivial y poco interesante, en una obra magnífica, seductora y en extremo genial. La construcción es perfecta y los distintos acontecimientos se suceden y encadenan unos a otros con gran naturalidad y variación.

A medida que la trama se desarrolla, el interés va creciendo más y más. Bromas inteligentes y geniales, terribles celos y sospechas y en ocasiones, el autor magistralmente hacen desaparecer la filosofía más profunda bajo la ira más elocuente o más legítima. La progresión varía constantemente, y como antes dije esta es desde luego una de las características que convierten esta bella obra en una de las más bien logradas y perfectas del arte Dramático Francés.

## L O S   C A R A C T E R E S

Sin duda alguna, el más nuevo y encantador de los personajes que incluye esta bella comedia, es el Pajecito "Cherubín" Es un adolescente seductor, casi un niño, que se distingue entre todos por su tierna edad, sus salidas ingenuas e inesperadas, su vigorosa pasión y la gracia innata que tiene. Tiene gustos exquisitos y en extremo delicados. Ama lo bello, lo atraen las flores, el viento, el sol, los árboles, las flores; en una palabra la Naturaleza toda y los lazos de las damas. Este personaje, representa claramente la bella Adolescencia, el entusiasmo, la alegría del vivir.

LA CONDESA.—Ha dejado de ser aquella Rosina ingenua, de corazón sencillo y se ha convertido en una respetable dama. Aunque sólo cuenta 23 años, ha sufrido demasiado y está envejecida y triste a causa de tantas decepciones. Lo único que la alienta y consuela es la esperanza de que su infiel marido vuelva un día hacia ella y se convierta en el dulce compañero de su vida. Aparece en la escena como una señora de gran bondad y virtud.

EL CONDE.—Tan amable y dispuesto a enamorarse como costumbre. Nació noble, como ya sabemos, pero en el fondo es como cualquier otro. Su espíritu es árido y seco, a pesar de que ha inflamado tantos corazones. Es sabido conservar su distinción y porte elegante en medio de todas las situaciones, aún las más difíciles y poco elevadas. Su buen humor es constante y reconoce sus errores a pesar de todo.



—SUZANNE.—Es encantadora, siempre alegre y sonriente, llena de amor nobleza. En realidad es el más razonable de todos los personajes que aparecen en la escena. Es inteligente y distinguida y su virtud se pone de manifiesto, cuando rechaza las torcidas insinuaciones del Conde. —na doncella prudente, hacendosa, y llena de tacto; que se revela como la prometida de Fígaro, al que idolatra.

FIGARO.—Como siempre, alegre y vivaracho, sigue con sus intrigas, vistas a través de su alma noble, carecen de perversidad en el fondo. Conocido hasta perder el juicio de Suzanne, su linda novia; casi siempre opuesta y pendiente de lo que lo rodea. A veces, sin embargo, se pone tacio y pierde la alegría y el valor que lo caracterizan a causa del amor. Su conciencia es profundamente espiritual y mordaz. Es un personaje convencional, que representa nada menos que al hombre intrigante de todas las épocas.

BARTHOLO, BAZILE y MARCELINE, forman un trío muy suivo. Los dos primeros, no desempeñan un papel tan importante como el “Barbier de Séville” Sin embargo, el autor, los caracteriza en forma brillante y magistral.

BARTHOLO.—Sigue siendo egoísta hasta el extremo. Su corazón es frío y no conoce la compasión, ni mucho menos el desprendimiento.

BAZILE.—Dulzón e hipócrita, conserva su actitud cautelosa y sin escrupulos a través de la pieza.

MARCELINE.—Al principio poco simpática y agradable; se convierte en un instante en una madre noble y bondadosa. Su dualidad es verdaderamente magnífica.

Después aparecen dos personajes de la clase campesina, que tienen por detalles muy pintorescos.

ANTONIO.—Es el jardinero necio y tonto, borracho en exceso, que en un momento dado, no tiene reparos en golpear a su amo.

FANCHETTE.—La hija de Antonio el jardinero. Es una joven que imita instintos perversos bajo una aparente ingenuidad. La vida de campo que ha llevado y el continuo espectáculo de las costumbres licenciosas de criados del Castillo, han madurado precozmente sus malas inclinaciones.

BRID'OISON.—Es un magistrado que respeta mucho las formas y en donde es de lo más estúpido. Al crear este personaje, Beaumarchais hace una genial caricatura del Consejero Goëzman, aquel hombre poco honrado que tan tristes recuerdos dejó en la historia de este sin par autor.

## INTERES LITERARIO

Con ingenio verdaderamente admirable, supo Beaumarchais crear obra inmortal, que constituye una magnífica comedia de caracteres y costumbres al mismo tiempo.

Las notas que distinguen especialmente a esta pieza, son sin duda alguna: La Alegría, la Juventud, el Movimiento y sobre todo el Amor.

Una Alegría llena de ingenio y de intensa ironía, a través de la cual se dibuja netamente la silueta del gran escritor. Aún en esos días aciagos en que ya se empezaba a sentir la proximidad del periodo revolucionario— Beaumarchais hacía reír a todo el mundo, y arrancaba carcajadas a un público, que sentía en esos momentos verdadera e intensamente la inquietud y el miedo de vivir.

La Juventud; pues aunque el autor escribió esta pieza en plena edad madura, dió en ella la preferencia a los jóvenes. Todos los protagonistas principales, cuentan entre los 20 y los 30 años, a excepción de Cherubin, que sólo tiene 13. Los ancianos, desempeñan en esta obra, papeles secundarios ridículos. Hasta el simpático Fígaro, que conoce tantos oficios diferentes y tiene tan gran experiencia de la vida y de los hombres, es sumamente joven. Esta pieza magistral, se caracteriza pues, por la hermosa juventud.

## M O V I M I E N T O

La acción se desarrolla en medio de un movimiento continuo y vitaliginoso. El incomparable Beaumarchais, encuentra constantemente ideas nuevas y distintas y salidas completamente inesperadas. Con una agilidad verdaderamente admirable expresa pensamientos diversos y muy originales. Este movimiento es otra de las características principales de “Le Mariage de Fígaro” El monólogo es un ejemplo clásico que pone de manifiesto la verba incomparable del escritor y su excepcional talento literario.

El Amor es desde luego la característica principal de esta magnífica pieza. Beaumarchais tuvo la originalísima idea de pintarlo en forma diferente de la acostumbrada. Ahora es un simpático sirviente, un mozo, que contrae nupcias; a despecho de su amo y señor. Y así todos los personajes que toman parte en esta brillantísima comedia, de un modo o de otro sienten el Amor; ese sentimiento sublime e inefable que constituye nada menos que la Ley de nuestra vida. Solo el estúpido magistrado Brid’Oisor hace excepción a este simpático grupo.

Todas estas notas características, nos hacen ver claramente, que "Le Mariage de Figaro", constituyó una pieza genial, cuya originalidad es verdaderamente admirable. Es además esta obra, un auténtico monumento histórico, pues nos da a conocer el momento culminante de esa gran evolución de la sociedad, anterior a la Revolución Francesa. Es nada menos que un episodio de la gran epopeya que tuvo lugar hacia 1789.

## LA VERBA Y LA AUDACIA SATIRICA DE

### "Le Mariage de Figaro".

Como de costumbre en su obra maestra, Beaumarchais vuelve a reencarnar en sus personajes; o a depositar en ellos los más caros recuerdos de su vida.

El Paje Cherubin, representa nada menos que al propio Pierre Augustin de Marivaux, en plena adolescencia: alegre, travieso y vivaracho; enamorado a los ojos de una joven mayor que él, la cual por fin se casó con otro, dejándolo inconsolable y decidido matarse. También recuerda Beaumarchais al lector a este gracioso personaje, aquellos inolvidables tiempos en que él mismo era adorado por las mujeres más hermosas de la Corte y por las cuales se sentía capaz de hacer todas las tonterías posibles y de correr hasta las más peligrosas aventuras.

Beaumarchais ha depositado cuidadosamente estos recuerdos de su vida inquieta e interesante, en casi todos sus personajes, pero sin duda alguna, el más es el que más se le parece: En primer lugar por su existencia llena de aventuras de todas clases: Figaro, de condición humilde; de padres desconocidos, fue robado por unos bandoleros y educado por ellos en sus malas y reprobables costumbres. Conoció los oficios más diversos: Veterinario, Autor de Comedia, Periodista, Barbero y finalmente ayuda de Cámara de un gran señor, conservando la esperanza de llegar a ser diplomático.

Beaumarchais: también de baja condición, hijo de un relojero, consiguió después de una azarosa juventud, introducirse y hacerse popular en la corte de Luis XV, y a partir de esta época, correr las aventuras y riesgos de todas clases, que ya de sobra conocemos. Y más tarde, este infatigable y excepcional espíritu, nos presenta la imagen de lo que es preciso hacer para conseguir el triunfo decisivo en medio de la Sociedad del Siglo XVIII; decir: saber manejar el dinero sin escrúpulos. Esto lo comprobamos fá-

cilmente si recordamos aquel ostentoso palacete que Beaumarchais hacia gala de sus riquezas, hizo edificar precisamente frente a la Bastille.

Al igual que Fígaro, Pierre Augustin Caron de Beaumarchais es gran conocedor del Arte y lejos de huír el escándalo, va resueltamente a buscarlo: A través de la vida de este hombre original, encontramos un sinnúmero de célebres procesos empezando con aquel que ganó en plena juventud al relojero Lepaute, y cuyo enorme triunfo lo llenó de vanidad. Años más tarde el de los acreedores de su primera esposa; luego el célebre proceso que siguió a la muerte de París-Duverney y principalmente el que ya demasiado conocemos, es decir el del Consejero Goëzman y varios otros.

Por esta especie de deseo incontenible por lo escandaloso, Beaumarchais nos demuestra claramente, que según él, el éxito en la vida pertenece sólo a los audaces, que conservan su actitud franca y arrogante ante los poderosos y valientes, haciéndolos temblar.

FIGARO.—Ambicioso, especulador poseído por la más increíble vanidad, representa notablemente al gran escritor, así como en los siguientes aspectos que pongo a continuación:

Es un hombre tierno y delicado; decidido partidario de la intriga, sólo por pasar el rato. Le repugna sobre manera causar penas y dolores a semejantes y siente por sus hermanas, un amor fraternal que no conoce límites.

En "Le Mariage de Fígaro", encontramos el desbordamiento de su vida personal; y un vivo e intenso reflejo de su vida aventurera y singular. Al mismo tiempo, Beaumarchais condena sin compasión a la Sociedad de su época. Tal vez a causa de las vejaciones que sufrió por parte de los nobles o por las injusticias de que fue objeto por parte de los Magistrados. Todas las penas y contradicciones que tuvo que sufrir son presa de una burla irónica y despiadada a través de sus obras, y es el público el que se ha encargado de prolongar a través del tiempo esta sátira hiriente como un puñal y es la condenación del régimen social entero. Fue precisamente hacia 1785, cuando esta desigualdad de clases, penetraron y se desarrollaron definitivamente en los espíritus burgueses. Un individuo hasta entonces totalmente desconocido: Marat, comentó "Le Contrat Social", sobre las plazas públicas. Y en "Le Barbier de Séville", vimos como Beaumarchais quiso poner de manifiesto el triunfo de la astucia fina e inteligente, sobre la fuerza injusta y cruel. Esto lo vemos también en una obra de Molière cuando canta la Victoria de un amor joven y oprimido sobre la vejez injusta y dominante.

Los pasajes satíricos de este escritor tienen un alcance moral mucho grande que social, ya lo vemos por ejemplo en la parte magistral de la comedia de Bazile: "qui germe, rampe, chemine . . . , et siffle, s'enfle, dit, irresistible.

Fígaro, es en síntesis, el hombre salido del pueblo y sublevado a causa de tanta injusticia; a propósito del cual dirá años después el revolucionario Danton: "Fígaro a tué la noblesse" Y hacia 1869, los violentos y ruidosos seguidores de este criado impertinente, harán afirmar a Alexandre Dumas hijo; Beaumarchais, enfantant le "Mariage de Fígaro" au nez de son époque; "pas aidé d'un mouvement des idées et des faits extérieurs au Théâtre; n'a pas été révolutionnaire émeutier comme un journaliste ou un tribun comme Camille Desmoulins ou Mirabeau, je ne sais pas ce que je dis.

No cabe duda que la sátira de Fígaro hiere profundamente a la sociedad. a) Sátira mordaz contra los médicos poco aptos; contra las mujeres jóvenes para disimular, contra los viejos sin escrúpulos y llenos de envidia con los jóvenes dichosos.

b). Sátira cruel contra los jueces en la cual se mofa sin piedad de su hipocresía. Aparecen en la escena, abogados, magistrados, secretarios y todos son tratados con la misma dureza e ironía. Beaumarchais hace eco a Fontaine en una de sus fábulas más célebres, al afirmar que: "la Justicia indulgente con los grandes y dura con los pequeños" ("La raison du plus fort est toujours la meilleure").

c). Sátira dura y penetrante contra la nobleza, a la que juzga con inaudita crueldad; atacando principalmente los abusos que ésta comete.

El monólogo de Fígaro, es desde luego, el pasaje satírico más violento de la obra. Es sumamente espiritual; en él, protesta Beaumarchais, por una parte, contra la desigualdad de condiciones, y por otra, contra el poder del dinero. Es una interesantísima disertación que ataca muy especialmente la tolerancia y que encierra un gran número de verdades clarísimas. Y sorprendente el gran éxito que alcanzaron dichas verdades, es que fueron recibidas por el pueblo como tales.

"Parce que vous êtes un grand seigneur; dit d'un air sombre Fígaro, mais vous croyez un grand génie! . . . noblesse fortune un rang, des places; tout cela fait pour tant de biens? Vous vous êtes donné la peine de naître, rien de plus; du reste, homme assez ordinaire!

## ACTO 5o., ESCENA III

El autor consigue explotar sus propios infortunios en forma verdaderamente magistral. Según él, los cortesanos y los nobles nos dan el ejemplo de la intriga y el abuso, en tres palabras: recibir, tomar y pedir. Y tendrán otros tantos Almagros o algo peor. Figaro posee un gran oportunismo que constituye, según él mismo expresa: “el fruto de la experiencia del frimiento” Siempre optimista y alegre, obtiene a través de las intrigas complicadas, el éxito de todos sus proyectos.

“Le Mariage de Figaro” es considerado por el éxito que alcanzó, la Comedia Maestra del Siglo XVIII. Es una pieza verdaderamente extraordinaria, que revela mejor que ninguna otra la difusión del espíritu Revolucionario hacia 1780. Todos proclamaron la pieza escandalosa, peligrosa y revolucionaria. Se le discutía con gran ardor en los salones y círculos literarios, se le aplaudía en los teatros. Penetró poco a poco en el alma del pueblo, hasta convertirse en una auténtica y viviente realidad. Esta realidad fue en 1789 el triunfo del pensamiento libre.

### POSTERIDAD DE LA OBRA

A pesar de que esta pieza sufrió gran número de influencias, es en profundidad sólida y original. Encierra además, una gran novedad.

“Le Mariage de Figaro”, por su exquisito lirismo, su honda filosofía y el gran amor que predomina en ella, prepara el drama romántico. Es una comedia social de costumbres y de caracteres que inspirará más tarde a Eugène Augier y a Alexandre Dumas hijo.

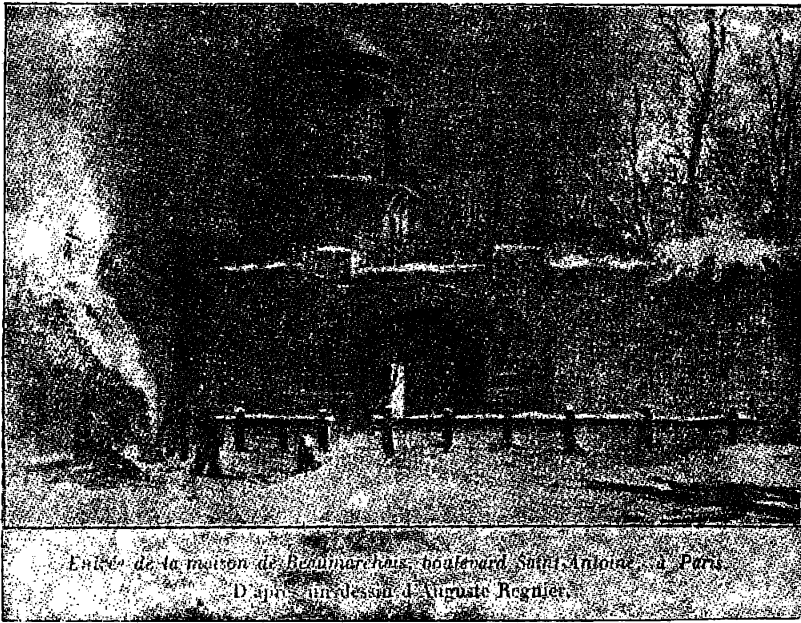
Está escrita en cinco actos, en prosa, extraordinariamente movidos, que serán imitados posteriormente por notables escritores como Scribe y Sardou.

El increíble realismo y los cuadros vivientes, pueden reconocerse, sin dificultad ninguna en las bellas Operetas de Offenbach.

El diálogo vigoroso y magnífico, la gran vehemencia contenida en los monólogos de Figaro, puede ser fácilmente reconocidos en la comedia bufo de Flers y Caillavert.

Los cuadros de Beaumarchais son profundamente fuertes y realistas. Logró pintar a lo vivo a la Sociedad del Siglo XVIII, así como Molière lo hizo en el Siglo XVII.

No cabe duda que este inmortal escritor, produjo obras, que nunca morirán. Han transcurrido ya muchísimos años y siguen siendo actuales y seguramente lo seguirán siendo:



Entrée de la maison de Beaumarchais, boulevard Saint-Antoine, à Paris.  
D'après un dessin d'Auguste Regnier.

La Comedia de Beaumarchais es la más decidida, la más ardiente y por-  
-raste, la más vana e inútil de las protestas que se han lanzado en con-  
-le la desigualdad social de todas las épocas.

Figaro, es, sin dejar lugar a dudas, el personaje único que ha quedado  
o verdadero intérprete de la lastimera y profunda queja del orgullo hu-  
o pisoteado y despreciado por las leyes y la Sociedad.

La Obra imperecedera de Pierre Augustin Caron de Beaumarchais conse-  
-re algo así como un espejo enorme dividido en tres partes en las que se  
-jan con intensa claridad: el espíritu excepcional del escritor; el ardiente  
-peramento de todo un pueblo y las tradicionales costumbres de un siglo  
ro. (1)

## TARARE

1787

El insigne autor dramático Pierre Augustin Caron de Beaumarchais,  
o la suerte de conocer a Gluck, el célebre compositor alemán autor de  
"feo" y de otras óperas famosas, hacia 1774.

Como ya sabemos, este gran genio de la escena lírica, simpatizó mucho,  
nuestro literario, y ambos planearon escribir una ópera. Beaumarchais  
-scribiría. Gluck, pondría la música.

El autor empezó su pieza en 1775, con gran entusiasmo. Gluck, sintién-  
e viejo y enfermo, designó en su lugar a Salieri, su distinguido discípulo,  
-a trabajar al lado de Beaumarchais.

Esta notable obra, de fondo netamente filosófico, fue representada por  
primera el 8 de junio de 1787. El éxito que obtuvo es verdaderamente  
escriptible.

El alto costo de esta pieza fue ampliamente compensado, en las 33 re-  
-sentaciones consecutivas, que siguieron a la primera.

Cuando la Revolución Francesa, estaba en todo su apogeo, el incansable

---

LE MARIAGE DE FIGARO	Acto 1o.	Escena I, II, XIII
	Acto 2o.	Escena I, II, X XVIII, XXX
	Xcto 3o.	Escena XI, XV, XVI
	Acto 4o.	Escena XIV, XV
	Acto 5o.	Escena III, VII, XIX





autor dramático, produjo una nueva versión de "Tarare" y la presentó público el 3 de agosto de 1790.

En esta última versión, gran número de ideas completamente nuevas encuentran. El público exigente las declaró, sin embargo poco ardientemente y le silbó fuertemente, durante las últimas representaciones.

Esta pieza encierra una intriga en realidad poco interesante. Compuesta de cinco actos, a través de los cuales se traslucen las ideas del autor, acerca de la sociedad.

Podemos hacer una síntesis de esta pieza en la forma que sigue:

El rey Atar logra arrebatarse al general Tarare a su esposa, llamada Astasie (Acto 1º) Poco a poco se siente acercarse al general en jefe. Entonces el sumo sacerdote, quiere obligarlo a que designe a su propio hijo llamado Altamort; mas a pesar suyo el niño señala a Tarare (Acto 2º).

Se hace amplia narración de cómo Tarare dió muerte a Altamort en un duelo.

El rey Atar ordena una gran fiesta en honor de su mujer Astasie y nombra Sultana. Poco después aparece Tarare, fingiéndose mudo y disimulado. Atar, al ver que Astasie lo desprecia, la entrega al que cree mudo (Acto 3º).

Para escaparse del odioso mudo, Astasie deja en su lugar una sirvienta. Pero el malvado Atar ha decidido ya asesinar al mudo. Este revela entonces a la joven que es nada menos que Tarare (Acto 4º).

El tirano rey Atar desea ardientemente la muerte de Tarare y Astasie. Pero en ese tiempo sus tropas se sublevan contra él. Atar se suicida desesperado y Tarare es proclamado y coronado rey.

En la escena que pongo a continuación y que constituye el final de esta pieza, fácilmente podemos adivinar las intenciones sociales de Beaumarchais.

LE GENIE DU FEU — Au moins, vous employez des éléments purs.

Pour former les Puissants et les Grands de l'Empire?

LA NATURE ) C'est leur langage, il faut bien en sourire:

Un noble orgueil les en rend presque sûrs.

Maiz voyez comme la Nature.

Les verse par milliers, sans choix et sans mesure.

LE GENIE DU FEU, (aux deux ombres) — Un de vous deux est Roi: lequel veut l'être?

L'OMBRE D'ATAR — Roi?

L'OMBIE DE TASARE — Roi?

TOUS DEUX — Je ne m'y sens aucun empressement.

LA NATURE — Enfants, il vous manque de naître.

Pour penser bien différemment.

LE GENIE DU FEU, (les examine) —

Mon oeil, entre eux, cherche un Roi préférable;

Mais que je crains mon jugement!

Nature, l'erreur d'un moment

Peut rendre un siècle misérable!

Toutes les ombres( en choeur).

O Bienfaisante Dêité!

Ne souffrez pas que rien altère

Notre touchante égalité;

Qu'un homme commande à son frère!

LA NATURE ET LE GENIE DU FEU (dans les nauges, à l'unisson  
parlant fortement)

Mortel, qui que tu sois, Prince, Brave ou Soldat,

Homme! la grandeur sur la terre

N'appartient point à ton état:

Elle est à ton caractère.

## LA MERE COUPABLE

1792

Esta es la última pieza que escribió Beaumarchais.

Constituye una intensa tragedia; en la cual aparecen, aunque tristes y rechazados, los mismos personajes de "Le Barbier de Seville" y de "Le Mariage de Figaro". Como esta pieza apareció precisamente, en un momento difícil y lleno de preocupaciones para todo el mundo; pasó casi inadvertida.

La escena se desarrolla mucho tiempo después de los acontecimientos que tuvieron lugar en "Le Mariage de Figaro", ya éste último y Suzanne tienen por lo menos veinte años de casados y continúan siendo fieles servidores del conde de Almaviva. Del lindo pajecillo Cherubin, sólo queda ya el recuerdo, pues lo mataron en la guerra.

Florestine, es nada menos que una hija natural del conde y que él le pasar por su pupila.

Hay un intruso llamado Bégearss, que ha intimado con el conde y domina por completo. Los proyectos de este malvado Bégearss son verdad sumamente tenebrosos pues desea casarse con Florestine y encaja a la condesa en un convento. Hace desaparecer del castillo a León, hijo la ya mencionada condesa y de Cherubin y también a Figaro, tratándole mismo tiempo de seducir a Suzanne. Desgraciadamente todos estiman infame Bégearss y están de su parte. Sin embargo el buen Figaro logra, después de no pocos trabajos desenmascarlo y deshacer sus criminales proyectos.

La escena que viene en seguida se muy fuerte e interesante. El conde descubre una carta de Cherubin. Yo creo que puede constituir un magnífico epílogo a "Le Mariage de Figaro"

LE COMTE — Puisque enfin je suis seul, lisons ce étonnant écrit qui a par hasard presque inconcevable a fait tomber entre mes mains. (Il tire de sa poche la lettre de l'écrin, et la lit en pesant sur tous les mots) "Malheureux et insensé! notre sort est rempli. La surprise nocturne que vous avez osé faire, dans un château où vous fûtes élevé, dont vous connaissiez les détours, la violence qui s'en est suivie; enfin votre crime, le mien... (Il s'arrête) Ce crime, meurtre, recoit sa juste punition. Aujourd'hui, jour de Saint-León, patron de ce lieu et le vôtre, je viens de mettre au monde un fils, mon opprobre et mon désespoir. Grâce à de tristes précautions, l'honneur est sauf; mais la vertu n'est plus — Condamnée désormais à des larmes intarissables, je suis sûr qu'elles n'effaceront point un crime... dont l'effet reste subsistant. Ne me voyez jamais; c'est l'ordre irrévocable de la misérable Rosine... Ce nom n'ose plus signer un autre nom!... Ah! Rosine! où est le temps? Mais tu t'es avilie!... (Il s'agite) Ce n'est point là l'écrit d'une méchante femme. Un misérable corrupteur... Mais voyons la réponse écrite sur la même lettre. (Il lit) "Puisque je ne dois plus vous voir, la vie m'est odieuse, je vais la perdre avec joie dans la vive attaque d'un fort, où je ne suis point commandé. Je vous renvoie tous vos reproches; le portrait que j'ai fait de vous, et la boucle de cheveux que je vous dérobai. L'ami qui vous rendra ceci quand je ne serai plus est sûr. Il a vu tout mon désespoir. Si la mort d'un infortuné vous inspirait un reste de pitié, parmi les noms qu'on donne à l'héritier... d'un autre plus heureux! puis-je espérer que le nom de León, vous rappellera quelquefois le souvenir du malheureux... c"

ire en vous adorant, et signe pour la dernière fois, CHERUBIN LEON, storga?"

Puis, en caractères sanglants... "Blessé à mort, je rouvre cette lettre, vous écris avec mon sang, ce douloureux, cet éternel adieu. Souvenez-s..." Le reste est effacé par des larmes... (Il s'agite) Se n'est point là plus l'écrit d'un méchant homme! Un malheureux égarement... (Il sied et reste avsorbé) Je me sens déchiré!

## CONCLUSION

Sin duda alguna, la figura curiosa de Pierre Agustin Carron de Beaumarchais, constituye la más extraordinaria expresión del siglo XVIII, que se caracteriza sobre todo por su complejidad.

Este hombre original, supo desarrollar en la forma más pintoresca y ún su capricho, su admirable y única individualidad, fuera de las clases aiales, que la jerarquía agonizante del siglo XVII conservaba aún.

Beaumarchais, practicó todas las carreras y evolucionó en todos los ndos, como lo expresa tan sabiamente Lanson:

"Il part d'une boutique de la rue Saint Denis et le voila tour à tour: -rloger, musicien, officier de la maison du Roi, gentilhomme, agent demi-licier et demi-politique, homme de Finances, négociant, homme de lettres, -al à toutes les affaires par son esprit, à toutes les conditions par son imper-ence; empoisonné, calomnié, deshonoré, réhabilité, applaudi, populaire, -istre, envié, plaint, jamais sincèrement respecté ou simplement considéré. -est une nature complexe, agissante, sensible, joyeuse, courageuse, tapa-ase: un mélange inimaginable de polissonnerie et de fierté, de rouerie et -générosité, de puffisme et de candeur, de bouffonnerie et d'enthousiasme"

Este hombre que llenó por un momento de su intensa personalidad la ena hirviente de su época, es un tipo de aventurero que tiene en su género misterio y el atractivo de un Cagliostro. Representa admirablemente la in-herencia y la descomposición de una sociedad. Encarna maravillosamente el fin de un régimen y la primera anunciación de la Revolución. De ahí ene la importancia de la repercusión de su teatro, repercusión que sobre-esa singularmente el valor intrínseco.

Sería un estudio interesante considerar hasta qué punto Beaumarchais retrató a sí mismo en Figaro; este personaje que el público acogió desde primera aparición, como a la verdadera personificación de las reivindicaciones de la Revolución.

Efectivamente el autor supo unir admirablemente en su obra la ale de la intriga y el escándalo del éxito. A través de Figaro, el escritor, l sentir directa y poderosamente su ironía mordaz, que es la caracterís esencial de las doctrinas enciclopedistas. El "Mariage de Figaro" es una sátira contra la nobleza.

¿Mas qué queda hoy día de esta sátira? Los terribles y duros ataq tienen, ahora sólo un interés histórico. El privilegio de la noble cuna— gue existiendo. Las causas que verdaderamente han terminado la obra filósofos del siglo XVIII, son las leyes revolucionarias, la creación de nueva aristocracia por Napoleón y sobre todo la omnipotencia del din aún en medio de la democracia.

Debemos reconocer que hay una gran exageración en la apreciac política de la obra de este insigne escritor. El gran público que aspir a la Revolución, ha dado al teatro de Beaumarchais, que las circunstan favorecieron, un plan mucho más elevado de lo que se merecía realme

Son pues, dichas circunstancias las que contribuyeron más que intenciones mismas del autor a crear un teatro revolucionario. Pues el descontento general que rugía desde lo más profundo del pueblo, el c se apoderó de la crítica amarga de Beaumarchais, dirigida, no en favor la defensa popular, sino en este espíritu Volteriano de crítica destruct y despiadada contra los financieros y todos los que trataban de aprovech se de este fin de régimen. Pero donde más debemos fijar nuestra atenci es en la parte artística, en que Beaumarchais pone fin a la fórmula de comedia clásica y nos proporciona la de la comedia en prosa, más pin resca, más divertida, con intrigas llenas de interés. Crea el auténtico ti de la comedia alegre, llena de sentimentalismo e ideas de actualidad. E género ardiente, novedoso, viviente e irresistible fue el origen de la ot de los grandes autores dramáticos modernos como Scribe, Sardou, Augi y Alejandro Dumas hijo, que son los principales representantes del nue teatro francés. (1)

---

(1) Lanson (Gustave.) "Histoire de la Littérature Française. Pag. 801

## BIBLIOGRAPHIA

- 1.—André Hallays. "Beaumarchais" Paris. Hachette, 1897.
- 2.—Ferdinand Brunetière. "Le Mariage de Figaro". Paris, 1892.
- 3.—Paul Bonnefon. "Etude sur Beaumarchais" Paris, 1887.
- 4.—Eugène Lintilhac. "Beaumarchais et ses œuvres". Précis de sa vie et histoire de son esprit, d'après des documents inédits. Paris. Hachette, 1877.
- 5.—Louis de Loménie. "Beaumarchais et son temps" Troisième édition. Paris, Michel Lévy. 2 vol. 1873.
- 6.—G. Lanson et P. Tuffrau. "Histoire de la Littérature Française" origines à l'époque contemporaine. Buenos Aires, 1943.
- 7.—René Dalsème. "La vie de Beaumarchais". Paris, 1928.
- 8.—M. René Marchand. "Cours de Littérature Française Moderne", (texte dactylographié). Université Nationale Autonome du Mexique, 1944.
- 9.—M. René Marchand. "Cours de Littérature Supérieure Française", (texte dactylographié). Université Nationale Autonome du Mexique, 1944.
- 10.—René Lalou. "Histoire de la Littérature Française Contemporaine" Paris, 1923.
- 11.—"Histoire de la Littérature Française Illustrée" Publiée sous direction de M. M. Joseph Bédier de l'Académie Française, professeur Collège de France et Paul Hazard, maître de Conférences à la Sorbonne. 2<sup>e</sup> édition. Larousse. Paris, 1924.
- 12.—"Oeuvres complètes de Beaumarchais". Nouvelle édition, augmentée de quatre pièces de théâtre et de documents divers inédits, avec une introduction par M. Edouard Fournier. Paris. Laplace, Sánchez et Cie, 1876.
- 13.—"Vie privée, politique et littéraire de Beaumarchais", suivie de ses bons mots, réparties, satires épigrammes et autres pièces propres à faire connaître le caractère et l'esprit de cet homme célèbre et singulier. Paris. Michel, 1802.
- 14.—Ch. M. des Granges et Ch. Charrier. "La Littérature Française illustrée". Paris. Hatier, 1936.
- 15.—Félix Gaiffe. "Le drame en France au XVIII<sup>e</sup> siècle" Paris, 1910.
- 16.—M. E. A. Bouchiout. "Conformisme et Pensée libre dans la Lit-

térature Française au XVIIIe. siècle”, (texte dactylographié). Unive Nationale Autonome du Mexique. 1939.

17.—Beaumarchais. “Théâtre de Beaumarchais” Le Barbier de S lle. Le Mariage de Figaro. Eugénie. Paris. Editeur Ernest Flammar 1917.

18.—Faguet Emile. “Dix huitième siècles” Etudes Littéraires. ris, 1890.

19.—“Grand Dictionnaire Universel” Pierre Larousse. Tome II. P

20.—Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literat Ciencias, Artes, Etc. Tomo III. Londres. W. M. Jackson.

21.—Pardo Bazán Emilia. “La Literatura Francesa Moderna” mo II. Madrid, 1911.

22.—Enciclopedia Ilustrada. Espasa Calpe. Tomo 7. Barcelona, 1365. 1922.

23.—Leo Claretie. “Historia de la Literatura Francesa” Versión C tellana por Miguel del Toro y Gómez. París. Soc. de Eds. Lits. y A— 1908-1911.

24.—Beaumarchais, Pierre Agustin Caron. “El Barbero de Sevil Trad. de I. de Alberti y E. López Alarcón. Madrid. Espasa Calpe. 1919.

25.—Encyclopaedia Britannica. Vol. III. London, Toronto. 1947.

26.—Blanche Evans Hazard. “Beaumarchais and the American volution”. Boston, 1910.

27.—Margaret Leah Johnson. “Beaumarchais and his apponents” chmond, 1936.

28.—John Rivers. “Figaro: the life of Beaumarchais” Londres, 19

## INDICE

Aspecto general del Siglo XVIII.....	.....Pág.	7
Beaumarchais, el hombre y el escritor.....		15
Eugénie .....		49
Les deux amis.....		58
Le Barbier de Séville.....		63
Le Mariage de Figaro .....		116
Tarare .....		159
La Mere Culpable.....		161
Conclusión .....		163
Bibliografía.....		165



OFIA